

Bô Yin Râ

EL LIBRO
DEL
DIOS VIVIENTE

Título del original alemán: «Das Buch vom lebendigen Gott»

Traducción al español:

Eduardo Cicari-Neumann en colaboración con Jan A. Schymura

Buenos Aires, 2010

Sobre la versión no modificada, nueva y ampliada de 1927,
editada por Kober Verlag AG, Berna, Suiza.

Última revisión realizada en febrero de 2026.

Todos los derechos reservados.

Esta traducción está dedicada
a los buscadores dignos de la verdad,
con respeto y gratitud.

ÍNDICE

PREFACIO.....	5
«EL TABERNÁCULO DE DIOS CON LOS HOMBRES»	9
LA «LOGIA BLANCA».....	17
EXPERIENCIA SUPRASENSORIAL.....	23
EL CAMINO.....	33
EIN SOF	56
DE LA BÚSQUEDA DE DIOS	61
DE LA ACCIÓN Y EL OBRAR.....	64
DE LA SANTIDAD Y EL PECADO.....	67
EL MUNDO «OCULTO»	72
EL TEMPLO ESCONDIDO	79
KARMA.....	83
GUERRA Y PAZ.....	90
LA UNIDAD DE LAS RELIGIONES.....	96
LA VOLUNTAD HACIA LA LUZ.....	102
LAS ELEVADAS FUERZAS DEL CONOCER.....	107
DE LA MUERTE.....	113
DEL ESPÍRITU.....	119
LA SENDA DE LA PERFECCIÓN	126
DE LA VIDA ETERNA.....	134
EN EL ESTE HABITA LA LUZ.....	139
FE, TALISMÁN E ÍDOLO.....	146
LA MAGIA DE LAS PALABRAS.....	153
UN LLAMADO DESDE HIMAVAT.....	159
EUCARISTÍA	164
EPÍLOGO.....	168

PREFACIO

Que no lea este libro quien sea devoto y creyente.

Que no lea este libro quien nunca haya dudado de Dios.

Este libro está escrito para *aquellas* personas que, en duras luchas internas, quisieron *alcanzar* a su Dios, pero no lo han logrado...

Este libro está escrito para todos aquellos que se encuentran atrapados en las espinas de la duda...

A esos les ayudará.

A esos les será una guía en el camino.

Antiquísima sabiduría es la que aquí doy a conocer.

Los pocos que en sus épocas pudieron experimentarla la mantuvieron *en secreto* desde remotos tiempos.

Solo ocasionalmente, solo en momentos elegidos y únicamente a través de oscuros símbolos, se pudo hablar en épocas anteriores y al mundo de ella.

Pero ahora ha llegado el momento de hablar *más claramente* sobre ella, luego de que *deformadas* imágenes de esta sabiduría hayan sido y sean difundidas por personas no autorizadas en el mundo.

Ahora, en lo «*más interno del Oriente*», se decidió abrirles a los seres humanos de Occidente el «cofre sagrado», que fuera larga y cuidadosamente ocultado a los profanos.

Quien aquí lo abre, está facultado para ello.

Sin embargo, todavía se le exige al que busca una *prueba rigurosa*, y nadie podrá *entrar* al Templo si antes no ha *aprobado* esa prueba.

Solo entonces, y solamente *desde la distancia*, se le podrá mostrar al digno lo que algún día deberá *asir y comprender...*

Aquello que puede *ser dicho* acerca de los misterios del Templo se le dirá.

Si desean *ahondar* en ellos, deberán prestar atención y esforzarse por *experimentarlos* en el interior de sí mismos.

Solo se le manifiestan realmente *a aquel* que con *todas sus fuerzas* logra su comprensión.

Con la «*lectura*» de mis palabras, poco habrán logrado...

Lo que aquí deviene en *palabra* debe encontrar *corazones dispuestos* —corazones que sepan *recibirla y conservarla* dentro de sí— si no, la palabra habrá sido *en vano*.

No obstante, ninguno puede *juzgar* la validez de lo percibido antes de haberse sometido a la exigente prueba que le es propuesta, si quiere *por sí mismo entrar* en el Templo.

Solo a quienes se hallan en el *interior* de este Templo les es *posible* formarse aquí un juicio.

Aquí solo puedo mostrar *desde afuera* lo que una vez deberá evidenciarse *en el interior* del ya instruido.

Para que ello se haga evidente, es necesaria una *voluntad* elevada y de largo aliento, y solo quien logre forzar en sí esta voluntad debe esperar la confirmación de mis palabras dentro de sí.

Él encuentra el camino hacia su *Dios Viviente*.

Él encuentra en sí mismo el Reino del Espíritu y sus elevados poderes.

Su Dios «nacerá» en él mismo.

Está muy lejos de mi ánimo introducir *«demostraciones»*.

Si mis palabras anuncian *verdad*, corresponde a cada uno *comprobarlo en sí mismo*.

Solo *dentro de sí mismos* habita aquel silencioso juez, que les confirmará lo que mi palabra les suscita.

No podrían comprender mis demostraciones o pruebas, pues no han recorrido los caminos que con mucho esfuerzo una vez tuve que recorrer.

Aquí no hay tampoco demostraciones válidas *«comunes a todos»*.

Aquí, cada uno encuentra la prueba concluyente para *sí mismo*, solo *dentro de sí*.

No les ofrezco tampoco ninguna *«ciencia»*, ni les anuncio ninguna *«fe»*.

Les muestro solamente aquello que *puede* ser mostrado de *la sabiduría de «lo más interno del Oriente»*, acerca del alto secreto del *Templo de la Eternidad*.

Que mi palabra mueva a un *despertar definitivo hacia sí mismos*, ya que aún *ninguno* sabe *quién es*.

Bendición y fuerza tendrán *todos* aquellos que sean de *buena voluntad* y de *decisión firme*.

«EL TABERNÁCULO DE DIOS CON LOS HOMBRES»

Revelación 21:3

Ya en tiempos pasados, llegó desde el sol naciente una silenciosa nueva hasta el Occidente, que expuso ante los ojos, en forma de imágenes de piadosa fe cristiana, *una prodigiosa Comunidad de unión espiritual de sabientes realizadores*. Sin embargo, los seres humanos del Occidente *no supieron interpretar* tal forma que les alcanzaba.

El velo de la *leyenda* se tejió en torno al «*Santo Grial*» y su augusta «caballería»...

Un saber lleno de consuelo se convirtió en oscuro mito y quedó como una poesía piadosa con un trasfondo de fábula.

Sin embargo, en nuestros días sucedió que, a través de fantasiosos y floridos relatos de aventureros mistagogos, se habló ante todo el mundo *de ocultos iniciados, conocedores de los secretos, que vivían en el interior del Oriente*. Pero, a la vez, el mismo mito se contradecía, pues sus difusores, si bien habían tenido conocimiento de *la existencia* de los ocultos, jamás habían visto a ninguno; de lo contrario, *nunca habrían podido suponer* que ciertos *prodigiosos* faquires y *extraños* santos que encontraron fueran miembros de aquel círculo espiritual...

Dado que en el *inconsciente* de muchas almas ha prevalecido un oscuro y último *presentimiento* sobre una posible conexión espiritual en algún lugar de la Tierra con un santuario aún oculto, lleno del espíritu de Dios, pronto surgieron varios inclinados a la fe, con la esperanza de alcanzar dicha conexión.

Por desgracia, buscaron por *falsos caminos* y aún hoy siguen buscando por esos equívocos senderos.

A partir de fragmentos de sabiduría encontrados a lo largo del camino, erigieron una extravagante obra de apariencias a la que llamaron la «*ciencia*» del Espíritu, ciegamente sumidos en la ilusión de que el verdadero conocimiento del espíritu de la Eternidad pudiera *aprenderse* de igual modo que el entendimiento de la ciencia terrenal.

Ellos viven como ascetas para, según creen, «espiritualizarse», y así se hunden en sombríos y venenosos pantanos de una «mística» originada en la afiebrada atmósfera de cálidas junglas tropicales, buscando, trastornados por la pasión, viejas o nuevas indicaciones para obtener «*poderes ocultos*», creyendo que de esta forma podrían acercarse a *aquellos* que, para todo esto, *solo* les pueden *ofrecer una compasiva sonrisa llena de perdón y comprensión*.

Ninguno de ellos quiere pisar los pedregosos acantilados que conducen a las refulgentes y soleadas cimas cubiertas de nieve de la «Gran Cordillera», y todos vagan por anchas y polvorientas calles hacia sombríos valles, lugares de peregrinación ya profanados hace tiempo...

Muchos se creyeron ya *en el camino* hacia los sobrios y esclarecidos guías en el reino del alma, y ahora exploran los bosques, con la esperanza de descubrir —a un «santo»...

Otros, a su vez, creen que *las enseñanzas religiosas de los pueblos orientales* son *idénticas* a la sabiduría de aquellos silenciosos y ocultos guías...

Así pues, se dicen a sí mismos, no sin razón:

«También entre nosotros ha habido en tiempos remotos videntes y sabios, también nosotros tenemos *nuestros* libros sagrados desde la remota antigüedad.»

«Pues lo divino es igual en todas partes.»

«¿Por qué, entonces, deberíamos nosotros, hijos del *Occidente*, buscar nuestra salvación solamente *en el Oriente?*»

Ellos dicen la *verdad*, si se trata solo de *lo* que, con un corazón piadoso, se puede aprender a percibir por doquier en sí mismo, como si solo se tratara de aquellas antiguas enseñanzas que todavía en Oriente son parte de las representaciones de fe. Entonces, todo aquel que busca la pacificación la encontraría por sí mismo y en las sabias enseñanzas que los videntes y profetas de su pueblo les habían legado.

Pero la sabiduría y el obrar de aquellos silenciosos guías tienen poco que ver con las enseñanzas de los pueblos orientales, y los ocultos auxiliares espirituales guían *más allá*, no solo hacia *los cielos* que cada época se ha creado como expresión de sus anhelos devotos.

Los Guardianes de la antigua herencia de toda la humanidad son los más poderosos protectores de *lo espiritual* en el ser humano y, al mismo tiempo, *los verdaderos amigos del ser humano, colmados de comprensión y consejo*.

Desde los tiempos más remotos, han enviado Hermanos a todos los países de la Tierra, para formar *centros de irradiación espiritual* donde fuera necesario.

De todos los pueblos, ellos han elegido, a lo largo de los tiempos, sus Hijos y Hermanos espirituales conforme a lo que dicta la ley espiritual.

A todos los así elegidos se les concedió una morada en el interior de Asia, como patria espiritual; sin embargo, quienes deseen ir no podrán encontrar la entrada sin antes ser invitados.

Los pocos que, desde los primeros tiempos, viven allí en unión nunca se muestran visibles en el mundo de la actividad externa.

Para ello, encomiendan solamente a *aquellos* de sus Hijos y Hermanos espirituales que la ley espiritual ha determinado como «*realizadores*».

Ellos son los fieles guardianes de un tesoro espiritual que el ser humano *poseyó* una vez, antes de la caída en el mundo de la materia física.

Ellos *generan* el poder a partir del cual los realizadores pueden *obrar* para el bien de la humanidad terrenal.

¿Acaso no es una *enorme insensatez* creer que estos elevados guías pudieran ser «*budistas*», «*brahmanes*», «*lamas*» o incluso «*faquires*»?

No obstante, tampoco se debe suponer que esto tenga algo que ver con «*eruditos*» de una supuesta «*ciencia*» oculta.

Creer que eso sea así es una gran equivocación.

Los Radiantes de la Luz Primordial son ante todo «creadores».

Los más «Ancianos» o los «Padres» *nunca conocieron* la «sed de saber» y jamás *podrían* llegar a conocerla.

Sus «Hijos» en el Espíritu, al igual que sus «Hermanos», también han *olvidado*, desde *hace mucho tiempo*, todo «afán de saber».

Todos ellos tampoco quieren, sin duda, convertir al mundo a las enseñanzas de la mística y filosofía oriental.

A todos ellos les es igual que tú «creas» en la *Biblia*, en el *Corán*, en los *Vedas* o en las enseñanzas de *Buda*.

Sin embargo, ellos siempre vuelven a encontrar, en *todos* estos círculos de fe, seres humanos, a quienes pueden servir como *auxiliares* y *guías espirituales*, aun cuando los protegidos y aconsejados frecuentemente no tomen consciencia alguna ni perciban en sí mismos los necesarios procedimientos para ello...

Los Radiantes de la Luz Primordial no pretenden darte *dogmas de fe*, sino *construirte los «puentes»* que habrán de unirte a ti, al ser humano atado a su naturaleza animal en este mundo, con el Reino del Espíritu sustancial.

Pero ellos están muy lejos de *aquellas* enseñanzas que buscan impulsar al ser humano hacia el *éxtasis*, para que entonces, sin dominio de sus *sentidos*, imagine erróneamente poder hacer descender y atraer lo *divino* hacia sí.

Ellos saben, ciertamente, que a través del *pensar* jamás podrá reconocerse *aquello* que es condición previa a todo pensar y que existe *por encima* de todo pensar.

Y sonríen cuando escuchan de aquellos que creen ser *dioses* ocultos.

No obstante, ellos ayudarán, invisiblemente, a todo aquel que desee *recibir* en sí mismo a *su Dios*.

Ellos son los verdaderos altos sacerdotes que extienden la copa de la bendición a todo peregrino que, desde el ardor más profundo de su corazón, *reclama a Dios dentro de sí*.

¿Acaso no te das cuenta de que aquí se trata de *otra cosa*, que de esos presuntos sabios de «ocultas ciencias», que, tomando las místicas y oscuras enseñanzas de todos los pueblos, han elaborado un guisado al que llaman «*sabiduría de Dios*», «*Teo-sofía*»?

Con *tal* «sabiduría de Dios», de pobres extraviados y autoengañados, tú, con tanto «*ejercicio*», *meditación, ayuno, y a pesar de la pureza de tus acciones y pensamientos*, con un conocimiento de cosas innecesarias, jamás te aproximarás, *ni un ápice, a la meta* que, a través del sentir más profundo de tu corazón, intuyes como *la más elevada de todas tus aspiraciones*.

Quizá te conviertas en *un bufón*, tal vez incluso en *un «santo»* para ti y para otros, pero así jamás llegarás hasta *tu Dios*.

Si solo deseas encontrar lo que, en todo momento, puedes hallar en ti mismo, *sin* ayuda espiritual, *entonces* ciertamente *no* necesitas volver tu mirada hacia el «*Gran Oriente*».

Quienes desde *allá* te guían, aun cuando conviven contigo en el mismo país o incluso en la misma casa, tienen *algo muy distinto* que ofrecer.

Ellos pueden *crear* en ti algo que tú por ti mismo *no puedes* crear...

Algo, que eche raíces en ti, algo que tú le seas de alimento...

Algo que *aún no tienes* y que *jamás podrías* tener *de ti mismo*.

Ciertamente, tampoco *los Radiantes de la Luz Primordial* lo tienen *de sí mismos*.

Ellos solo te *devuelven* lo que una vez *fue tuyo*, antes de que tuvieras que *perderlo* a causa de tu afán por este mundo de la materia física.

Los «*más ancianos*» de los Hermanos *nunca lo perdieron*, pues jamás sucumbieron a la profunda caída hacia este ser humano animal terrenal...

Ellos no conocen la muerte y viven aquí sobre esta Tierra, al igual que hace milenios, *en indestructible* formación desde las fuerzas de la más pura *sustancia espiritual*.

Ellos *nunca* estuvieron unidos a un cuerpo similar al de los *animales*, como *tú y yo*.

Sin embargo, ellos se formaron en seres humanos que un día habían caído y que, en su momento, tuvieron que unirse al cuerpo mortal de esta Tierra —sus «*Hermanos*» *en planos espirituales*— para que, una vez nacidos en el mundo terrenal, pudieran obrar aquello que solo se puede realizar aquí, *cuando se habita en un cuerpo mortal*...

Así, también hoy en día, siguen preparando a *futuros* «Hermanos» para un tiempo *venidero*.

Pero el lugar de su acción *en esta Tierra*, que existe desde tiempos remotos, cuando los primeros *seres humanos animales* fueron portadores del *ser humano espiritual*, allí donde se eleva la más alta cadena montañosa de la Tierra, es inaccesible a todo aquel que no sea guiado espiritualmente por ellos mismos hasta su centro.

Aquí se encuentra, en verdad, «*el tabernáculo de Dios con los hombres*» de esta Tierra.

Aquí se extiende el Reino del Espíritu, a través de las fuerzas de la más pura sustancia espiritual, adentrándose en los acontecimientos físicos de esta Tierra.

Desde *aquí*, *los rayos de la más pura sustancia espiritual* llegan a todos los que habitan esta Tierra.

Mas veo aún a demasiados seres humanos buscar *en vano* la luz del Espíritu, porque andan por *falsos* caminos.

Solo puedo exhortar a todos ellos *al regreso*, pues *la activa Luz* de lo «*más interno del Oriente*» difícilmente podrá llegar a llenarlos, si sus ojos siguen *encandilados* por los diversos tipos de luces de todas las épocas: los candelabros y antorchas, con los que el ser humano caído en la animalidad trata, por sí mismo, de alumbrar su camino.

Ciertamente, solo aquel que, sin dejarse *confundir* por las resplandecientes luces de la Tierra, dirige su mirada al «*Oriente*», encuentra la luz *viva* sobre las altas montañas.

Quien la *haya encontrado*, le *iluminará* su camino hasta alcanzar su *meta*... hasta *alcanzar su meta*.

LA «LOGIA BLANCA»

Bajo el nombre de «*Logia Blanca*» se ha intentado designar, en el lenguaje de uso corriente, al círculo de auxiliares espirituales. Por lo tanto, esta misma designación sería conservada también aquí. Y si bien los así llamados suelen *admitirla, bajo ningún concepto se llaman a sí mismos de este modo.*

Su *completo aislamiento del mundo externo* parece justificar que el concepto de «*logia*», conocido a través de la masonería, haya sido trasladado a su Comunidad *puramente espiritual.*

Se trata de la *más singular* de las comunidades en este planeta, y *no* se encuentra entre los seres humanos ninguna otra forma comunitaria semejante que pueda ofrecer posibilidad de comparación, así fuese solo *en sentido figurado.*

Los miembros de esta *Comunidad* se reúnen unos con otros en forma corporal y externa únicamente *en las circunstancias más excepcionales e importantes,* y casi nunca se comunican mediante escritos.

Sin embargo, están *continuamente conectados en forma espiritual, en un permanente intercambio de pensamientos, en una absoluta comunidad de almas...*

Esta Comunidad *no* posee leyes externas.

Cada uno de sus miembros es *par del otro* y, sin embargo, cada uno conoce el lugar que le corresponde, condicionado por el particular modo espiritual de cada cual.

Mas *todos* se subordinan voluntariamente a un mismo «*Superior*» espiritual que tienen en común.

Este «*Superior*» *no es ni «elegido» ni «nombrado»,* y, sin embargo, ninguno de los miembros de la Comunidad dudará jamás respecto de *quién* debe ser este «superior».

La «admisión» a esta Comunidad no puede ser adquirida, ni legal ni ilegalmente, ni por forzamiento.

Leyes espirituales ocultas —y las predisposiciones especiales de la naturaleza humana activadas por ellas— son lo *único* que determina si un ser humano está *destinado* a la «admisión».

En tal caso, ningún poder del mundo podrá impedir su «admisión».

Sin embargo, los admitidos no están obligados por *juramento alguno*, ni por *promesa alguna*...

Ellos mismos son ley y norma para sí mismos.

Por ningún rasgo externo, ni por alguna particularidad común en su forma de vida, pueden ser reconocidos los miembros de esta Comunidad espiritual.

Pero *se reconocen entre sí*, aun cuando sus semblantes les sean totalmente desconocidos; es decir, *sin* «signo, palabra o toque», y tan pronto como sea necesario encontrarse también en la vida externa.

Esta Comunidad, por su modo de ser, *debe* permanecer *oculta* al mundo externo como tal. Y sin embargo, muchos individuos —y aun pueblos enteros— se encuentran, a veces, bajo su influencia espiritual...

Ningún camino de ascenso hacia metas más altas y supramateriales ha sido iniciado jamás sin que uno de los miembros de esta Comunidad —o la Comunidad entera— se hubiese hecho cargo de su imperceptible conducción.

En la gran mayoría de los casos, aquellos que reciben guía espiritual no saben ni presienten *nada* de esta *influencia* invisible, a la cual deben lo mejor de sí mismos.

Donde se encuentran rastros de un *despertar espiritual*, allí se *percibe* claramente la influencia de una ayuda espiritual; no obstante, ya sea por desconocimiento o debido a representaciones supersticiosas, casi siempre se le atribuye a poderes *sobrenaturales*...

La imaginación poética del mundo, de todas las épocas y pueblos, le debe, por lo menos, a aquellas equívocas interpretaciones la riqueza de sus figuras.

Lo supersticioso siempre fue amigo de los poetas, ya que la verdad desnuda es demasiado exacta y simple, como para que ella esté dispuesta a dejarse mudar de ropaje por medio de los abundantes adornos de la fantasía del poeta.

No menor ha sido la interpretación equívoca acerca de la ayuda espiritual percibida, que proviene del silencioso círculo de los «*Hermanos mayores*» en la Tierra, dando motivo al acrecentamiento del *mundo de las leyendas religiosas*.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, uno que otro ha tomado *consciencia* de la existencia y del obrar de la *invisible* Comunidad, si bien *conectada a seres humanos* reales. No obstante, otros *cubrieron* nuevamente las huellas marcadas con toda clase de *dudas*, de modo tal que, al final, solo el murmullo de la leyenda atestigua que aquí y allá, mucho tiempo atrás, se supo *más* acerca de estas cosas, que ciertos seres humanos *debieron* haber llegado a experimentar algo *significativo*...

En nuestros días, almas *demasiado fervorosas* recibieron el *anuncio de la existencia* de la Comunidad. Sin embargo, *como su simple y espiritual existencia y accionar no satisfacían la vistosa fuerza imaginativa de estos entusiastas*, consideraron necesario adornar sus narraciones con los más extravagantes agregados. Exaltaron a los Hermanos «mayores» de la humanidad —mayores en el Espíritu— como *semidioses* o, al menos, como *grandes magos*, aduciendo que todo lo que la ciencia moderna apenas ahora intenta descubrir, «ellos lo sabían desde antiguo», y que estarían pródigamente dotados de *maravillosos poderes* con los cuales soñaron los más extravagantes escritores de cuentos de hadas.

Aquí, evidentemente, se incurrió en un error —*si bien no intencional*— queriendo que el fin justificara los medios, al intentar *eleva*r a los presuntos inalcanzables *por encima de toda la humanidad*. Esto se vio confirmado al practicar supuestos milagros de faquires, de un verdadero mal gusto, que se atribuyeron como pruebas de su pertenencia a la «*Logia Blanca*»...

No obstante, aquellos que realmente deben ser *designados* con ese nombre —los verdaderos *Radiantes de la Luz Primordial*, los *sacerdotes del Templo de la Eternidad en esta Tierra*— rechazan, con firme determinación, todo fantasioso adorno.

Saben que *son seres humanos iguales a otros seres humanos*, solo que, por tener *una elevada «edad» espiritual*, están capacitados para ocupar su lugar en la jerarquía espiritual y para transmitir *fuerzas espirituales* a sus semejantes, fuerzas de las cuales son *guías...no sus creadores*.

Mas la *realidad* muestra un cuadro mucho más digno, mucho más *sublime* que el que pudiera jamás imaginar la *fantasía* más antojadiza y multicolor...

El silencioso accionar de los miembros de la Comunidad abarca todos los aspectos de *la evolución espiritual* en la humanidad.

Por sus manos circulan los hilos que, con frecuencia, desembocan en expresiones de la más alta *fuerza creadora*, del más elevado *desarrollo de la potencia humana*...

Ellos *verdaderamente* ponen montañas en movimiento sin mover ni un solo dedo, ya que su voluntad —*guiada por el más puro conocimiento espiritual y completamente purificada de todo deseo personal*— se encuentra detrás de la voluntad de no pocos, que luego hacen que otras manos y mentes sean empleadas y activas.

Realmente, en el obrar de los «Hermanos mayores» de la humanidad *no hay espacio para el arte de los faquires*.

Ellos trabajan exclusivamente de manera puramente *espiritual* en la realización del inconmensurable plan evolutivo que una eterna ley cósmica ha predeterminado para la humanidad terrena. En su tarea no reconocen *ningún interés personal en particular*, ni tampoco muestran *preferencia por persona alguna*, aunque esta pudiera darse por los motivos más elevados.

Aquel que busque burdos «*milagros*», aquí no los encontrará.

Sin embargo, *los hechos reales* en el accionar de los «Hermanos mayores» podrían, a veces, ser verdaderamente «*milagrosos*». No obstante, cuanto más merecieron tal calificativo, tanto más permanecieron ocultos a las miradas externas...

Pero en el círculo de influencia de este obrar espiritual entra *todo* ser humano de la Tierra en cuyo corazón exista el serio propósito de alcanzar, en esta existencia terrena, *su máximo desarrollo espiritual posible*.

Cuanto más pura sea su voluntad, y cuanto más liberada esté de deseos egoístas, con mayor claridad podrá lo espiritual influir en él, y con mayor fuerza percibirá, bien pronto, esta influencia en sí mismo.

Innumerables son los que la sienten, sin saber de dónde proviene...

EXPERIENCIA SUPRASENSORIAL

Toda persona puede, en momentos oportunos, cuando ciertas *condiciones suprasensoriales* estén dadas y no existan *resistencias demasiado fuertes* en el mundo físico, tener *experiencias suprasensoriales*.

La mejor predisposición para ello la tienen las naturalezas *más simples y los artistas*, en tanto se trate de aquellos que poseen talentos *naturales: genuinos creadores*, verdaderos *«talentos de corazón»*.

La *«recepción»* interna de una *idea creadora*, de una *auténtica representación artística*, es ya, en sí, un tipo de *«experiencia suprasensorial»*.

No obstante, existe *una diferencia abismal* entre esa clase de *«inspiración» artística* o la ocasional y *auténtica* experiencia suprasensorial que toda persona con una naturaleza especialmente apta puede llegar a percibir intensamente, y *la clase* de experiencia suprasensorial practicada por *los pocos* para quienes *el legado del ser humano espiritual* es, sin duda, *más* que un simple objeto de satisfacción del *ansia de saber*. Por el contrario, ellos saben que esta solo se les ha confiado, para que, desde las altas montañas, puedan *señalar* el camino a sus hermanos *«menores»*.

No hablo aquí de lo que el mundo entiende por «místicos».

La *«Mística»* y el *«Arte Real»* de aquellos verdaderos y dignos *«iniciados»* en el Reino del Espíritu sustancial son, sin duda, cosas *muy* diferentes.

Al místico le sucede algo parecido a lo que le ocurre al artista...

A ambos, la *«inspiración»* les viene desde una esfera desconocida para ellos, y a la cual *nunca podrán acceder siendo conscientes de sí mismos y con los sentidos despiertos*.

«Ello» los toma, se les impone, y ellos se hacen *portavoces* de esta fuerza desconocida, o bien solo *experimentan* su acción en *«muda contemplación»*.

Pero al *«consagrado»* en el Reino del Espíritu sustancial, al verdadero *«iniciado en el Arte Real»*, al Hijo y Hermano de los *«Radiantes de la Luz Primordial»*, le es esencialmente diferente.

Él vive consciente de sí mismo, continuamente, en los tres mundos que confluyen en el mundo de la realidad: el mundo de la materia física, el mundo de las fuerzas supramateriales pero sustanciales del alma y el mundo sustancial del Espíritu puro.

Él nunca se encuentra, ni de ninguna manera, en estado de éxtasis, ni en ningún otro estado llamado «de trance», y está bien lejos de toda práctica misteriosa, ya que, de lo contrario, jamás podría pertenecer al círculo de sus Hermanos espirituales y elevados Padres.

Mientras él acopia sus experiencias en las regiones *suprasensoriales*, permanece consciente de todos los tres mundos *de su ser*. Así, su consciencia también está presente, en estado de vigilia, en este mundo material *externo* de todos los seres humanos, sin que *en ningún momento se oscurezca* lo más mínimo.

Su percepción de las cosas «externas» se ve, por el contrario, *ampliada y elevada, hasta alcanzar una claridad* que colma su mirada direccionada hacia lo suprasensorial...

Mientras «habla» en planos *suprasensoriales* con sus Hermanos espirituales, y ellos entablan «conversación» *con él*, está en condiciones de observar y sentir, al mismo tiempo, los más pequeños acontecimientos del mundo *material* que lo rodean, con *no menos claridad* que aquellos que solo pueden ser percibidos por los sentidos *espirituales*.

No hay ningún «estrechamiento», por el contrario, hay una casi infinita *expansión* de la consciencia...

Mucho de lo que «se habla» en el *Mundo del Espíritu esencial*, que a su vez incluye *innumerables* «mundos» dentro de sí, no podría jamás ser expresado en palabras de un lenguaje humano. No obstante, este «lenguaje» es claro, rico en ritmo y forma, lleno de sentido y verdad. Así, aunque sería posible encontrar palabras apropiadas en lenguas humanas, *no* se lograría transmitir simultáneamente mediante ellas la *comprensión* espiritual, que permite reconocer los hechos de la realidad espiritual de manera inmediata, *desde todos los ángulos*.

Por consiguiente, lo que pueda ser «traducido» en palabras humanas estará determinado por *la particularidad individual* del Hermano operante, así como también por *la época* en la cual actúa y el *contexto cultural* que lo rodea en la Tierra.

Sin embargo, todo lo que se transmita representará, en todo caso, la *verdad* más depurada, como límpida manifestación de la *Realidad* absoluta. Esta verdad se presenta de manera inmediata a los «iniciados en el Arte Real» ante sus ojos y *en todo momento*, libre de las innumerables *posibilidades de equívocos y errores* presentes en la investigación del mundo *físico-material*.

En los mundos del Espíritu sustancial, no hay lugar para «*especulaciones*» ni sutilezas filosóficas del *pensamiento humano atado a lo terrenal*.

No se trata, como en las *tentativas terrestres de conocimiento basado en la razón*, de «deducir» una «verdad» de otra.

Todas las verdades están en el Reino del Espíritu sustancial y puro, como *realidades* concretas ante el contemplador.

Las aparentes «*contradicciones*», que algunos, incapaces de comprobarlas, han intentado siempre encontrar en las revelaciones de los verdaderos «iniciados» a lo largo de los tiempos, se explican por sí mismas a través *del modo* suprasensorial de ver las cosas. Este modo permite siempre reconocer *simultáneamente* toda cosa *desde todos los ángulos*. Así, si el comunicador desea ser más o menos comprensible para aquellos que no ven las cosas de la misma manera, *deberá* mostrar primero *un* «ángulo» y luego el *otro*. Con demasiada frecuencia, se trata de cosas en las que toda comparación «*cojea*», ya que *nada* terrenal ofrece *una similitud adecuada* con lo *sustancial-espiritual* que se intenta describir.

El matiz local en la forma de hablar de un Hermano de los «*Radiantes de la Luz Primordial*» depende siempre de *su decisión personal*, la cual está determinada por el respeto hacia sus maestros anteriores, sus inclinaciones personales o por motivos relacionados con las exigencias de la forma literaria.

Aunque hoy en día, igual que hace milenios, el corazón de Asia sigue siendo la morada terrenal del Templo de las fuerzas espirituales sustanciales, es cierto también que a ninguno de los Hermanos que consideran a este centro espiritual en nuestro planeta como *su verdadero y terrenal hogar* se le exige, en sus enunciados, utilizar los conceptos religiosos y filosóficos del Oriente.

Sin embargo, si un miembro de este círculo, como ser humano de *Occidente*, utiliza *el modo de expresión de los pueblos del Sol Naciente*, es *por decisión propia*: por una preferencia por *la poesía* de Oriente, por gusto hacia ciertas imágenes expresivas que transmiten *mejor* lo espiritual que el lenguaje utilizado en Occidente, y finalmente, *para que la inolvidable vivencia conserve su colorido original...*

También el Hermano más altamente desarrollado es *un ser humano* contento de corazón por su naturaleza humana, *de ninguna manera libre de inclinaciones humanas, ni un asceta muerto a lo terrenal*, aunque ciertos *fanáticos negadores* de todo apego a lo terrenal, no puedan entenderlo, ya que jamás podrán liberarse de la hipnosis que los ata a sus creencias y doctrinas obtenidas del *submundo...*

¿Pero, qué ser humano de sentimientos afectuosos no se mostraría inclinado a hablar con gusto *de las cosas que ama* en *aquellas* formas en que, cierto tiempo atrás, bondadosos maestros le hablaron de ellas *por primera vez?*

Mas estas mismas verdades podrían expresarse con sencillez en un lenguaje *muy distinto*, sin perder un ápice de su *esencia*.

Solo la «*traducción*» realizada por quienes no están capacitados es peligrosa.

Es mucho más difícil de lo que uno podría imaginar: tomar una frase revestida de símbolos *cristianos*, pronunciada por un verdadero «*iniciado*», y ponerla *bajo un turbante hindú*, o verter la sabiduría del pensamiento *chino* en los moldes del razonamiento *europeo*.

Aun así, con frecuencia es necesario que *converjan* conceptos de cosmovisiones *muy distintas* para que una verdad espiritual, aunque *distante* del pensamiento occidental, pueda ser *comprendida* también por quienes viven en Occidente.

Ojalá que *ningún* buscador se deje inducir a creer jamás que *el uso de esta forma libre de exposición* tenga la intención de anunciar la propagación de *aquellas enseñanzas religiosas o filosóficas*, de cuyas *riquezas conceptuales* se extrajo únicamente lo que resultaba *útil* para *favorecer el conocimiento de la realidad eterna*.

Es bien conocido que las comunidades humanas que proponen a sus miembros objetivos *alejados de lo cotidiano* tienen la costumbre, dentro de sus círculos, de hacer que sus integrantes *renuncien* a su *nombre cotidiano* y de otorgarles «nuevos» y *diferentes* nombres.

El *origen* de esta costumbre, que se remonta a los *primeros días*, debería desprenderse con claridad de lo que a continuación se expresa...

Recordado sea también, y no sin razón, aquel pasaje del *Génesis*:

«Y no se llamará más tu nombre *Abram*, sino que será tu nombre *Abraham*...»¹.

E igualmente:

«No se dirá más tu nombre *Jacob*, sino *Israel*...»².

El «*nombre*» de un ser espiritual individual es algo completamente *distinto* a la denominación que se le asigna al ser humano, derivada de circunstancias externas, hábitos raciales y características idiomáticas.

¹ Cf. «Y no se llamará más tu nombre Abram, sino que será tu nombre Abraham, porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes» (Génesis 17:5, RVR).

² Cf. «No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido» (Génesis 32:28, RVR).

Aunque el ser humano *es una individualidad espiritual*, aún no conoce «su nombre», salvo en muy pocas excepciones que existieron en todas las épocas.

Solo cuando *haya tomado consciencia de su espiritualidad sustancial*, sabrá cuál es «su nombre».

Así es que el «nombre» de un verdadero «*iniciado*» en el Espíritu, que antaño solía mantenerse en gran secreto por temor a «*profanarlo*» si llegaba a estar en boca de todos, no es ciertamente *una designación arbitraria*, como la del llamado nombre «civil», que debe su conformación al lugar de residencia de sus ascendientes, a una profesión, a una cualidad de lejanos antepasados y, por último, a la arbitrariedad de los padres.

Este nombre le es otorgado al «admitido» Hijo y Hermano por los «*Mayores*» de los Hermanos, y designa, en el «*idioma de letras*» utilizado por los «*Hermanos sobre la Tierra*», aquellas fuerzas que se manifiestan en el ser espiritual del Hermano...

Sin embargo, su fuerza «*portadora*» descansa en ciertas «*letras*», de modo que su portador podría también «llamarse» con *otras* palabras, siempre que estas «*letras*», que forman su «*número cósmico*» —*su eterno «nombre» espiritual sustancial*— estén contenidas en él...

Existe aún una *envoltura* extendida, si bien santificada, alrededor del «nombre» *del eterno valor espiritual*, que *nadie puede «pronunciar»*, aun cuando *se conozcan* las «letras» portadoras, excepto el *Uno*, quien es él mismo este «nombre»...

En su «nombre», el Hermano es una «*Palabra*» dentro de la «*Palabra Primordial*», como *autopronunciación de la Palabra Primordial en una forma individual, consciente de sí misma, sustancial y espiritual*...

Sobre los «*métodos de exploración científica*» con el propósito de investigar *lo espiritual*, se sabe conceptualmente tan poco en la Comunidad de los «*Hermanos sobre la Tierra*» como entre sus «*Padres*» espirituales, que jamás «cayeron» desde la Luz primordial.

La sabiduría del verdadero consagrado al Espíritu no consiste en una acumulación y un continuo acrecentamiento de aquello que él «*sabe*», según el entendimiento terrenal, sino en *estar en posesión*

de ciertas fuerzas sagradas, a través de las cuales puede, en cualquier momento, reconocer en *realidad* al objeto investigado «en sí».

Su acumulación de conocimientos obtenidos de manera *mundana* es para él del todo *insignificante*, y solo en los casos más raros, compatible con la sabiduría espiritual.

Cuanto más poseyó tal cosa, tanto más difícil le fue, otrora, cuando aún era «discípulo», la superación de las dificultades causales que a toda legítima «iniciación» deben preceder...

No se debe preguntar por las «causas» si se quiere aprobar esta «instrucción», que, por último, le abrirá al legitimado la puerta que jamás ninguna erudición terrenal le podrá abrir.

El verdadero «iniciado» jamás proclama un «sistema» de conocimiento o de fe.

Para él, la realidad de las cosas en el mundo espiritual está *expuesta* ante sus ojos y, al enseñar, habla siempre de esta *realidad*, la cual ningún sistema de pensamiento o de creencia podría llegar a abarcar.

Tales «sistemas», cuando se extienden hacia las cosas del reino *espiritual*, son solo construcciones *secundarias* de otros cerebros, que se han apoderado de las revelaciones de un sabio, las cuales él ha obtenido *por contemplación* y a través de una transformación de sí mismo.

Presuntos «investigadores de los mundos superiores», que alardean mediante presentaciones «científicas» de los «resultados de sus investigaciones», no deben ser reconocidos, de ninguna manera, como «iniciados» espirituales.

Tal índole de «investigadores» de lo «oculto» no son otra cosa que esclavos engañados por la propia *fantasía creadora*, una fuerza sumamente funesta y peligrosa en el ser humano, que, cuando es violentamente incitada a la acción, *deja frecuentemente configurado* frente a su pobre víctima todo lo que antes ella tenía —frecuentemente en forma inconsciente— *como modelo* en sus pensamientos, deseos y temores.

De esta forma surgieron todas las monstruosas «incursiones en los planos superiores» y las representaciones de «los mundos superiores», que a más de un «investigador del Espíritu» y «maestro

secreto» le ha valido la fama de ser, entre sus adherentes, un «*vidente*» misterioso. Por lo cual se debe examinar en detalle aquello *que conscientemente ha sido adornado y añadido*, y que, la mayoría de las veces, se deja fácilmente reconocer.

Dado que estas representaciones de «fantasía creadora» *son fácilmente transmisibles por contagio anímico*, los adherentes y discípulos de tales «profetas» y fundadores de sectas creen haberse convencido espiritualmente a sí mismos de la *verdad* de las revelaciones de su «gran maestro», tan pronto como este logra, en su misteriosa «*enseñanza secreta*», *transmitir sus propias creaciones* a la consciencia de sus discípulos. Esto no es muy distinto a como cualquier hábil *hipnotizador* puede hacer que su sujeto de experimentación *vea y experimente* todo lo que él desee.

Un posterior *rescate* de tales engañados resulta *casi imposible*.

Por esta causa, incontables han devenido en autoengañados de buena fe, e incontables han devenido en engañados sin esperanza.

Si *aquí hablo* de todas estas cosas de manera clara y explícita, *dado que el tema trata sobre las posibilidades de la vivencia suprasensorial*, es para proporcionar a todo honesto buscador los criterios apropiados, a fin de que *su juicio sea certero*.

Hablo de cosas que *no requieren velos*, y al mismo tiempo *debo hablar de aquellas que deberían ser develadas, en interés de las almas que buscan la verdad como realidad.*

Ojalá que mis palabras *no* hayan sido pronunciadas *en vano*.

Ojalá se aprenda a comprender que *ninguno* de los seres humanos *que viven plenamente conscientes en el Espíritu sustancial y puro* jamás podría llegar a *profanar la sabiduría de la Luz* que él expone ante sus semejantes *a través de intentos de fundamentación «científica».*

Lo que enseña el «*iniciado*» en el Espíritu debe ser *comprobado* a través de la *acción* y la *devoción*.

Lo que él tiene para *dar* como mensaje a sus hermanos «*menores*», las almas de las generaciones que conviven con él y después de él en la Tierra —sean hombres o mujeres— *no debe ser fragmentado con*

el pensamiento, sino revivido en el alma, a fin de que los incontables buscadores puedan encontrar su camino hacia el Espíritu, su camino hacia la Realidad.

EL CAMINO

Todas las grandes cosas exigen *coraje* y *fe*.

No puedes «*resucitar*» sin antes haber pasado por «*la cruz*».

«La nube luminosa» no podrá acompañarte a través del mar «seco» sin antes tener *fe*.

Aún *tienes* mucho que *superar* en ti mismo, y más aún tendrás que *aprender* a superar, si deseas avanzar en tu camino...

El mar amenazará con tragarte y el desierto no te dará ningún alimento; no obstante, *ni el miedo ni la duda deben detenerte, ni por un solo instante*, tan pronto como resuelvas emprender definitivamente este camino *hacia ti mismo, hacia tu Dios interno*.

Cuán difícil es esto, lo verás solo una vez que *te encuentres* en este camino.

Mas no tengas miedo.

Tú *no estás solo* en este camino...

Todos aquellos que lo han recorrido *antes* que tú *te acompañan*.

También ellos, anteriormente, tuvieron que *pasar* por todos los peligros.

A ninguno el camino le resultó *más fácil* que a ti.

Mas ahora, han entrado en la «Tierra Prometida»...

Ahora, han alcanzado la *meta* de sus esfuerzos, y desde las «sagradas montañas» te envían *ayuda* y *fuerza*.

Desde *aquellos* que, en la más elevada luz de su Dios, *resplandecen cual soles —semejantes a dioses,* como *una* unidad, *un Sol de todos los soles* que a todos los soles y mundos ilumina—, descendiendo hasta quienes habitan esta Tierra en *conformación espiritual*, y finalmente hasta aquellos que *aún aquí portan el ropaje del animal terrenal*, discurre *una corriente de Luz sustancial y espiritual* por todas las inmensidades, unificando a quienes de ella se colman en una sublime comunión.

Pero en el peldaño *más bajo* y cercano a ti de esta «escala celestial», se encuentran *aquellos auxiliares* que *pueden* ofrecerte una mano de ayuda, si así lo *deseas*...

Ellos jamás *abandonan a nadie* que, a través de la noche de espanto, se esfuerza por abrirse camino hacia aquel silencioso y elevado Templo lleno de paz, dentro del cual su Dios, *de Luz a Luz*, puede «*nacer en él mismo*».

Ellos *no envían* su ayuda *desde afuera*, ya que *están unidos contigo en lo más profundo de ti*, una vez que tú, lleno de coraje, emprendas tu camino, el mismo camino que alguna vez *todo aquel* que encontró *a su Dios* tuvo que recorrer, y que ahora los que quieren ayudarte también tuvieron que transitar en su momento, aun cuando su espiritualidad, a lo largo de milenios, haya sido preparada hasta la más clara cognición espiritual.

Quien no sea *uno de ellos* no *podrá* ayudarte, aun cuando pudiera producir milagro tras milagro...

Habrà muchos falsos «maestros» que se cruzarán por tu camino, «maestros» *que necesitarían ellos mismos mucha enseñanza*, y muchos orgullosos oradores que se vanagloriarán ante ti de su «*saber*».

También te encontrarás con más de un arrogante «*santo*» que se consume en su *vanidad* y que considera *una gran cosa seducir* a otros a su «*santidad*» por su atribuida «*dignidad*».

Te asustarán los más extraños «*hierofantes*», los cuales intentan deslumbrar a cuantos se les acercan por medio de torcidos, relucientes e inquietantes signos que ellos mismos, en confuso delirio, han adornado con falso oro en sus «*túnicas de mago*»...

Si solo por *una vez* prescindes de la precaución, puedes caer con demasiada facilidad en *más de una oculta red*, y ciertamente, aquel que se dejó atrapar, rara vez escapa íntegro de las trampas del pajarero...

Solo la *atención permanente* puede *protegerte* del peligro.

Ten cuidado con todos aquellos que creen que su supuesta «sabiduría divina» es transmisible y alcanzable, *como el conocimiento de las cosas de este mundo*.

Ten cuidado con todos aquellos que quieren embaucar tus sentidos con «*fuerzas milagrosas*».

Todavía hay muchas cosas, incluso en esta aparentemente «iluminada» época, que pueden parecerte «*extraordinarias*», y ciertamente existen fuerzas milagrosas profundamente ocultas en el ser humano. Sin embargo, *el Espíritu de la Eternidad jamás podrá dudar de sí mismo tal que busque «demostrarse» a través de los «milagros»...*

Si realmente se manifiestan *fuerzas milagrosas* en un ser humano, esto solo será prueba *de que* tales fuerzas *existen*; pero *jamás* será una «prueba» de que esa persona sepa «*conscientemente*» respirar en lo espiritual, ni de que pueda dar *testimonio* de la eterna *Verdad*, la cual está fundada en la *Realidad espiritual*.

Tal manifestación solo puede verificarse mediante el «*milagro*» del *reconocimiento* que ocurre en el *alma*, y nada de lo que no *hayas experimentado como una confirmación* en lo más íntimo de tu ser debe considerarse válido para ti como *verdad*, una vez que *hayas alcanzado la condición* que *te da derecho* a obtener dicha confirmación.

Cuídate también de esa necesidad que cree que, *a través de la particularidad de la alimentación corporal* o alguna *práctica faquiresca*, es posible alcanzar una «*espiritualidad superior*» solo por *comer y respirar* de manera diferente.

Los Radiantes de la Luz que ilumina los mundos jamás te aconsejarán utilizar *tales* métodos.

Tampoco te exigirán que te aisles de tus semejantes para consagrarte a fascinantes ceremonias secretas o a misteriosos ritos.

Jamás te agraciarán con «*grados ocultos*», extraños títulos u «*honorés*», los cuales solo alimentarán la vanidad y podrían llevarte a una ridícula presunción...

Solo lo que se ha hecho *realidad* en ti, porque tú mismo *te lo procuraste*, tiene *validez* ante sus ojos y determina tu «*nivel*».

Tampoco los encontrarás con gestos teatrales *sobre tarimas de oradores*, ni en *plazas públicas* ante la muchedumbre.

Más bien, te darán su ayuda a través de palabras que tú podrás sopesar *en el silencio de tu soledad*, sin ser perturbado por seductoras artes retóricas...

Ellos te ayudarán en un accionar *interno* y nunca buscarán *mostrarse*.

No es necesario que tú los *reconozcas* si llegas a encontrarlos.

No es necesario que tú los encuentres *portando la vestidura terrenal*.

Ellos te encuentran *a ti* y saben cómo *ayudarte*, aun cuando tú jamás llegues a vislumbrar a los auxiliares.

Ciertamente, ellos operan con medios *distintos* a los de aquellos vanidosos necios, que pretenden atraer a su tropel de adherentes mediante gestos misteriosos y con retóricas huecas y altisonantes.

Ellos *jamás* pedirán ni esperarán *tributo* alguno por su enseñanza y guía, y *antes compartirían contigo hasta su último céntimo que aceptar de ti siquiera medio céntimo, a cambio de su ayuda*.

Lo que de *espiritual* tengan que dar es *un bien del Espíritu*, y ninguno de los que *pueda* darlo jamás querrá intercambiarlo por *valores terrenos*...

Solamente *el «trabajo»* que requiera *el mantenimiento terreno del cuerpo* tiene derecho a pedir retribución terrena.

Aquel que tenga ojos para ver y oídos para oír, se protege a sí mismo de ilusionistas y usurpadores.

Fácilmente los reconocerá.

En cambio, *los Radiantes de la Luz Primordial* son *más difíciles* de encontrar.

Apenas podrás distinguirlos entre otros seres humanos bajo la vestidura terrenal, y *nada singular* los delatará, pues aman *el silencio* y aprecian *pasar desapercibidos...*

Y aunque están obligados a vivir *en el ruidoso mundo*, ciertamente no se diferencian en nada de aquellos seres humanos de bien que allí llevan adelante su labor terrenal.

Dichoso aquel que confíe en ellos.

Y ahora, oh buscador, iremos *juntos* hacia la quietud, y te mostraré el *comienzo* del «camino».

Ahora, que seguramente estás preparado *para entender con los sentidos despiertos*, concéntrate en *ti mismo* y escucha lo que a continuación voy a decirte.

En primer lugar, oh buscador, tendrás que *olvidar* muchas cosas.

Se te dio *una falsa representación* de «Dios», y así, mediante vana enseñanza, se ahogó en ti el *germen* que, en las sagradas aguas de tu más profunda alma, debería haber hecho brotar alguna vez la «Flor de Loto», en la cual la *Luz*, que *eternamente* ha de iluminarte, puede llegar a «nacer»...

«El Espíritu que flota sobre las aguas»³ llena los espacios infinitos, pero no puedes acercarte a él de ninguna otra forma que no sea —en ti.

Solo entonces, cuando él llegue a formarse *en ti*, como *tu Dios*, de luz a luz, podrás dar a conocer su silencioso obrar.

Quienes quieren explorar *su infinitud*, erran *enormemente*...

Suponen, temerariamente, que se están *acercando a Aquel a quien todos los espacios del universo no podrían abarcar*, sin darse cuenta de que se han creado *una imagen deformada que ahora los domina*.

Sin embargo, ahora queremos nuevamente introducir en ti el germen de aquella eterna «Flor de Loto»...

Tal vez, a partir de ahora, ella encuentre alimento de tus fuerzas.

Cuando su flor se haya *abierto*, el *Espíritu*, *gestándose a sí mismo y viviendo por sí mismo*, descenderá dentro de ti y «nacerá» en ti como *tu Dios*, como *tu Dios Viviente*.

No sabrás de «Dios» hasta ese momento.

No creas a aquellos que te hablan del dios de sus sueños, un dios que se deja encontrar en un estado de *éxtasis asfixiante*.

Lo que de esta forma se puede llegar a encontrar es solo *un «espejismo»* del mundo interno.

Aún no conoces *la riqueza* que contienen las inmensidades de tu *alma*.

Aquí hay «*fuerzas*» y «*poderes*» ante los cuales te postrarías en *adoración*, igual que el profeta ante la zarza ardiente, si yo te las pudiera mostrar en forma manifiesta.

³ Cf. «Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas» (Génesis 1:2, RVR).

Tu alma es *un incommensurable océano*, y nadie aún ha sondeado *ni sus profundidades, ni las maravillas del mar de las fuerzas del alma*.

Tú piensas en tu *alma* como una *envoltura luminosa* y crees encontrarte solo *a ti mismo* dentro de ella.

Mas tu alma es *como un mar de miríadas de gotas llenas de poder latente*, o *como una nube viviente formada por miríadas de entidades cargadas de fuerza*, y deberás llegar a ser el *amo y señor* de todas esas entidades.

Mientras ellas no reconozcan en ti a *su firme soberano*, quedarás anestesiado por su fuerza, que te resultará atemorizante, y te convertirás en *su esclavo*.

Ellas deben *estar a tu servicio* una vez que las hayas *dominado*, pero si tú, en falsa humildad, *te doblegas ante* ellas, siempre *te engañarán* con las más extrañas e ilusorias argucias.

Ellas requieren *una fuerte voluntad* para *unificarse* bajo esta...

Antes de haberlas *unificado bajo una única* voluntad, jamás hallarás en tu alma la *serenidad* que solo el *florecer* de la sagrada «Flor de Loto» puede producir.

Solo entonces percibirás en ti, a través de tus fuerzas del alma, el anuncio de aquel silencioso *Reino del Espíritu*, que solo puede ser *reconocido y percibido* por medio de dichas fuerzas *unificadas en una sola voluntad*. Y, en ocasiones, incluso puede hacerse *visible y audible*, pues vive *en ti*, como *en todo lugar*, a través de esas *mismas* fuerzas...

Solo entonces recibirás *una señal cierta* de *aquel* que te guía *desde el Espíritu*, ni antes percibirás en ti los altos guías espirituales, *los Radiantes de la Luz Primordial*...

Por ello, oh buscador, aspira, ante todo, a crear en ti *una voluntad fuerte y clara hacia ti mismo*.

Tú debes *afirmarte a ti mismo*, si deseas experimentar la *afirmación del Espíritu* en el Espíritu.

Solo en tu «Yo» te encuentras *a ti mismo*, y solo *en ti mismo* encuentras a tu *Dios*.

Intenta, *con serena alegría y en silenciosa calma, afirmarte en ti mismo, lleno de paz*. Aparta tu mirada de todas aquellas *imágenes* internas que tu excitado sentido, aún no unificado en sí, quiere mostrarte.

Primeramente, *en alegría y lleno de confianza*, debes volverte completamente *hacia ti mismo*.

Antes de haberte vuelto hacia ti mismo y haber recogido todas tus fuerzas —como el mar que se limita a sí mismo, como la nube que se conforma— tratarás en vano de *ser dueño* de tu alma, pues sus fuerzas solo *se entregan* a quien sea verdaderamente *digno* de su respeto...

Pero no creas que podrás alcanzar este objetivo si te mantienes siempre *inactivo en una calma externa*.

Como ser humano del *mundo externo*, en el cual has nacido, *debes actuar día a día*, como *toda* naturaleza externa, que actúa permanentemente y crea siempre nuevas formas, si es que deseas aprender a *fortalecer* en ti la *voluntad*, para que las fuerzas de tu alma puedan *llegar a obedecerle*.

Ningún objeto del mundo externo es tan insignificante que no pueda servirte *de instrucción*.

De toda experiencia puedes obtener una *enseñanza*, y ninguna actividad es tan despreciable que no puedas *aprender* de ella.

Sin embargo, ante todo, debes aprender a encauzar tus pensamientos y, eventualmente, poder *concentrarlos en un solo punto*.

Ni la soledad del desierto, ni la vida entre las bestias salvajes de la jungla te son más propicias para tu propósito que *el ajetreo de una ciudad populosa, en la cual estás dedicado a tu quehacer diario*.

Cuando, en el mayor bullicio, aprendas a permanecer *en ti mismo*; cuando con absoluta seguridad puedas *gobernar* tus *pensamientos* y tu *voluntad*; cuando tus *deseos* solo puedan ir y venir tal *como tú*

mismo les permitas —solo entonces podrás comenzar el primer intento de unificar en ti las fuerzas de tu alma.

Aún entonces, encontrarás en ti más de una resistencia...

No obstante, durante mucho tiempo utilizarás tu voluntad, ahora fortalecida, *en vano*, para doblegar bajo ella todas las fuerzas opuestas de tu alma.

Cada fuerza individual del alma querrá poseer tu voluntad para sí misma, y ninguna de ellas estará dispuesta a entregarse a tu voluntad como su propiedad...

Comprenderás esto cuando tengas en claro que *cada una de las fuerzas de tu alma* —aunque las consideres todas como tus «*propiedades*»— es *una entidad autónoma*, dotada de voluntad *propia* y del deseo de manifestarse *solo a sí misma*, a costa *de todas las otras* fuerzas del alma.

Nunca deberás *desalentarte* en tu, a menudo, *vana* lucha por la supremacía de *tu propia* voluntad sobre las *muchas* voluntades en tu alma, que *solo* se quieren *a sí mismas*.

Jamás debes *desconfiar* de ti mismo.

Jamás debes perder *la alegría de tu corazón*, ni *tu silenciosa serenidad*.

Toda tu lucha no es más que una continua *prueba* de tu *paciencia* y de la *fuerza* que ya has adquirido en *tu propia voluntad*...

Debes saber, entonces, que así llegarás, *con certeza*, a ser finalmente *el vencedor*.

Llegará un día en el que verdaderamente *experimentarás en ti*, colmado de felicidad, *la gran alegría del vencedor*.

Entonces, será cuando el germen de la «Flor de Loto» *se haya abierto*, y en los sagrados estanques del Templo —que ningún ojo *terrestre* jamás contemplará— el *ojo espiritual* de tu invisible *guía*, a quien los antiguos llamaban tu «*Ángel de la Guarda*», percibirá un *capullo* sobre la inmóvil y misteriosa superficie de las aguas...

Él llamará a sus compañeros en sagrada alegría, y un grupo de guardianes elegidos custodiará, a partir de ese día, las sagradas aguas.

Un milagro aconteció.

Un milagro que *un ser humano* ha logrado, ya que es más fácil conducir a un elefante furioso, atado a una cuerda, a través del gentío en una feria, que unificar las *muchas* voluntades de las *fuerzas del alma* que *conforman* el «*alma*» de un ser humano bajo su voluntad *única*.

Ahora, sin embargo, la atenuada luz del día debe bañar el capullo con sus tibios rayos, para que, a su tiempo, pueda desplegarse hasta alcanzar la completa y brillante magnificencia de la *flor*.

Altos y centenarios árboles rodean el misterioso estanque del Templo, protegiendo al delicado capullo de las abrasadoras flechas del sol, que, por el momento, abrasarían y destruirían de inmediato esa formación recién nacida...

Altas murallas del Templo detienen el ardiente viento del desierto...

Ahora, oh buscador, comienza para ti *una nueva actividad*.

Mas *ese* quehacer requiere ahora también de la tranquilidad *externa* y de la *más silenciosa meditación*.

Ahora, lo que deberás emprender, podrás realizarlo *una vez finalizada* tu labor diaria, o tal vez *antes*, en las *silenciosas horas del amanecer*...

Ha llegado el momento para ti en el que deberás aprender *a preguntar* en voz baja y suave *a tu interior*, y luego *a escucharlo*.

No podrás estar para ello lo suficientemente tranquilo.

Lo que en ti *se esconde* y pronto debe *descubrirse*, no se encuentra *en la ruidosa conversación de los pensamientos*.

Ello está en el centro de tu corazón; no obstante, aún no percibes su palabra, pues su voz es suave, cual el lejano trinar del pájaro...

No ahuyentes su palabra de ti.

Presta atención al más leve sonido.

Su palabra puede *pasar* muy fácilmente *inadvertida* en ti si no sabes mantener *el silencio* en tu interior.

Al principio, te contestará a tus silenciosas preguntas en voz tan baja que se dispersaría con la más leve brisa en ti.

Pero un día, *escucharás* su voz y aprenderás *a distinguirla entre todas* las demás voces internas.

Tú percibirás la voz, *no como si ella hablase desde afuera*.

Tampoco te hablará a ti *con palabras en el idioma de tu país, ni en ningún otro idioma humano* de esta Tierra.

Y, no obstante, aquello que la voz tenga que decirte, te será *mucho más comprensible* que *todo* lo que hayas escuchado alguna vez, desde tu niñez, *por boca humana, en lenguaje humano*.

Ahora tendrás que *seguir* a esta voz...

Todo tu avance en el camino estará determinado únicamente *por tu lealtad*.

Poco a poco aprenderás a reconocer que tu voluntad ya no está solo al servicio de *tu entendimiento terrenal*, sino que, casi sin darte cuenta, sabrás *guiarla* según la elevada instrucción del *Espíritu*, de acuerdo con la voluntad de esa «voz»...

Te irás sumergiendo, cada vez más profundamente, en el secreto de tu alma.

Cuanto más llegues a *reconocer*, tanto más *intuirás* en dimensiones no reveladas.

Con agradecimiento y diligencia, rescata *aun la más ínfima* vivencia que experimentes en el alma, pues tu *gratitud por lo pequeño* te traerá mucho más pronto *la plenitud* de la vivencia.

Por último, contemplarás *un reino de maravillas internas*, del cual *ninguna* descripción podría darte hoy ni siquiera *una vaga sospecha*.

Sucedrán cosas en tu vida que hoy, *con razón*, te parecen «*imposibles*».

Sin embargo, como *el mayor* de los milagros, sucederá que todo esto te será dado *en tu poder*, de modo que ya no tengas que esperar con incertidumbre la realización de tu anhelo, pues *con toda seguridad*, este se cumplirá de inmediato por *su propia fuerza*...

Si hasta aquí has sido *fiel y obediente a los consejos internos*, entonces la «Flor de Loto», en el estanque espiritual del Templo, se *abrirá* poco a poco, cada vez más.

Muy pronto, o al menos en un tiempo no tan lejano, presenciarás el día en que la flor, completamente abierta, *brillará* sobre las aguas, radiante de una luz que ciertamente no provendrá del sol de esta Tierra...

Mira, el día ha llegado, oh buscador, en el que *tu Dios* se revela *en ti mismo* como *tu Dios*, en tu «Yo».

Él «nace» *en ti*, y tú «naces» en Él...

La manera en que esto sucede espiritualmente sigue siendo un *misterio*, incluso para el *contemplador* en el Espíritu.

Ciertamente, aún no podrás prescindir del *guía interno*, pero a partir de ahora, estarás unido a él de un modo *nuevo*...

Una vez que el *capullo* de la «Flor de Loto» haya aparecido, *puede* que te sea posible contemplar ante ti a tu *guía espiritual* en una imagen *mágica*, si tienes la *predisposición* para tal visión.

Él no es él mismo.

Son ciertas fuerzas «*mágicas*» de tu *alma* que él configura por medio de *su* voluntad en *su imagen*.

Sé agradecido si tu «*guía*» puede manifestarse visiblemente de tal manera, si desde su imagen te enseña, de modo que tú creas estar oyéndolo.

Pero no te preocupes si *jamás*, durante esta vida terrenal, llegas a contemplar su imagen como aparición externa.

Solo en casos excepcionales será *posible* que se te represente en imagen, y *solo entonces aprovechará* tal posibilidad si es *para tu bien* y si no existe el peligro de que utilices *de forma impropia las fuerzas «mágicas» de tu alma para otras «imágenes»*...

Sería mejor no ver *nunca* ante ti la imagen de tu guía, que *su* uso de las fuerzas de tu alma sea *la causa* de que se vuelvan *complacientes*, incluso ante fuerzas engañosas.

Sentirás tanto más su orientación con seguridad *en lo más íntimo de tu ser*, y lo que no puedas *percibir* en lo externo, te será *aprehensible como propio* en lo profundo de ti mismo...

Ahora, pues, una vez que tu *Dios «nació» en ti* y tú *en Él*, solo se te revelará tu guía espiritual en unión con la voz de tu Dios y contigo también, en la *más alta* existencia de su espíritu.

Tú creerás estar *totalmente identificado* con él, en tanto él se encuentre contigo...

Ya no te guiará más *enseñándote*, sino que *él mismo se te abrirá*, y tú *podrás tomar por ti mismo* lo que aún te haga falta de su tesoro de vida interna.

Por encima de todo eso, brillará el sol de la *alegría divina*, y todas las luchas por alcanzar la Luz y la Iluminación, que una vez anhelaste *antes* de encontrarte en el camino, te parecerán ahora las otrora sufridas «torturas del infierno».

Verás ante ti una *eternidad*, cuyas profundidades más hondas *siempre permiten intuir mayores profundidades aún*, y sabrás que tú, *unido con tu Dios*, marcharás eternamente a través de las más profundas de sus maravillas.

Si aquí, *en este mundo externo*, te percibes a ti mismo en el sufrimiento y la alegría terrenal, te encontrarás, como siempre, ante *un ser humano*. No obstante, tu *espíritu*, en tu *Dios*, será *elevado* por encima de todo lo humano terrenal, pues tu alma se habrá convertido en un «Reino de la Eternidad»: *un cielo dentro de los cielos*.

Este, oh buscador, es el recorrido del «camino», el camino que debes iniciar y transitar si quieres llegar a *tu Dios*.

El «camino» está *en ti mismo*, en tu propio «Yo».

Este es el camino que solo te conduce a tu *meta más elevada*: el «despertar» *en el Mundo del Espíritu*.

Si *aquí* aún no estás «despierto», entonces «*allá*», al *término* de esta vida terrenal, *seguirás «durmiendo»* por largo tiempo, hasta que *puedan* despertarte de los sueños que tú mismo te has forjado y que, *durante eones*, pueden mantenerte *bajo su hechizo*.

Escucha ahora lo que aún se te puede aconsejar.

Desde el mismo día en que te encuentres decidido a recorrer este «camino», deberás tallarte un fuerte bastón para el viaje.

Encontrarás entonces «la madera apropiada» si sabes descubrir *la fuerza de la palabra*, sintiéndola tal como se manifiesta en todo lenguaje humano.

Elige palabras que hablen *a tu corazón*, palabras que puedan «*conmoverte*», «*elevarte*» y «*penetrarte*».

Dedica *un breve tiempo cada día* y, de ser posible, *a la misma hora*, un momento en el que puedas unirte en meditación *al espíritu* de esas palabras, *sin* que seas *perturbado* por requerimientos *externos*.

Retén entonces una palabra que te «*conmueva*» por largo tiempo para tu «*hora silenciosa*», como un ejercicio para tu *pensamiento*, así como un flautista «*practica*» siempre la misma melodía hasta alcanzar la mayor pureza de sus tonos.

Encontrarás en este libro muchas palabras que podrán serte útiles para tal «*ejercicio*» de tu pensamiento.

En *otros* lugares he proporcionado otras.

Pero no debes necesariamente atarte a *mis* palabras.

Los «*libros sagrados*» de la humanidad están *llenos* de palabras que pueden «*conmoverte*» y «*elevarte*» hacia ellas mismas.

Poetas y sabios han proporcionado tales palabras *en abundancia*.

El *peligro* radica únicamente en que tú, al mismo tiempo, encuentres en ellas *la falsa enseñanza* que la incomprensión o la tradición popular *suele asignarles*.

Por eso, te aconsejo que, al comienzo, lo mejor sea elegir *palabras de mis escritos*, si deseas confiar en mi enseñanza.

Comienza entonces tal como ya te lo he dicho, tratando primero de descubrir *en el «pensamiento»* el significado de esas palabras.

Luego, trata de encontrar en ellas una forma de pensar que sea «*sin palabras*».

No descanses hasta que tú, en una comprensión «*sin palabras*», sepas *hacer tuyo* el *sentido* más profundo de las palabras elegidas.

Grábalas *en tus ojos, desligadas de otras palabras*, escritas en claras letras por tu propia mano.

Siente las palabras de tu elección como si fueran *tus propias palabras*.

Trata de producir en ti el estado espiritual de quien, por primera vez, escribió esas palabras.

Busca despertar *tu oído interno*, mientras intentas «*escuchar*» el *sonido* de las palabras en lo más profundo de ti.

Una vez que, en todas estas formas de comprensión, hayas logrado *éxitos seguros*, entonces sigue adelante; pero *solo entonces*, aunque necesites *un largo tiempo*, hasta que te encuentres preparado.

Te prevengo de «concluir lo más rápido posible» con el fin de seguir avanzando.

Puede llegarte a parecer que tú, *en «pocas horas»*, podrías alcanzar todo esto...

Tal vez ya hoy creas que, al recibir mi orientación, no necesitas de ninguna manera más tal ejercicio de comprensión...

Muchos que una vez quisieron iniciar el camino quedaron detenidos ya *al comienzo*, porque pensaron de esta manera.

Aquí se exige *más* de lo que tú, en un primer momento, hubieras querido suponer.

Con frecuencia, es necesario expresar muchas cosas *con palabras semejantes* que, en sí mismas, son *muy diferentes*.

No se te pide aquello que los poetas llaman «*sensibilidad lingüística*», si bien un ser humano habituado a percibir el tono y el ritmo del idioma, y a sentir el valor de las palabras, ya se encuentra *a medio camino de comprender* la tarea que aquí se propone...

Mas si *verdaderamente* has alcanzado todo cuanto se te pide, entonces *una nueva y vasta expansión de tu sensibilidad —una vivencia mucho más despierta de tu existencia—* te otorgará la certeza de que estás *protegido contra todo autoengaño*.

Entonces sigue avanzando, tú que aspiras a la *más alta* de las metas humanas.

Ahora debes *tratar de sentir* aquellas palabras *en ti mismo con todo tu ser*.

Es preciso que esas palabras *cobren vida* en ti.

No solo *tu alma* debe estar *compenetrada* del «espíritu» de las palabras, sino que *tu cuerpo terrenal* debe ahora aprender a *sentirlas en cada fibra*.

Las palabras deben *fundirse* en ti, junto con tu alma y tu cuerpo, en *un solo ser*.

Tu cuerpo terrenal tiene que llegar a ser *el cuerpo de las palabras elegidas*, como si no existiera *ninguna otra cosa viva*.

Las fuerzas de tu alma, ya *unificadas* firmemente *en tu voluntad*, deben ahora también unirse *a las palabras* que has elegido, y *tú* debes sentirte *como la consciencia* de esas palabras.

Entonces habrás logrado *algo grande* en tu camino.

Por primera vez, vas a comprender lo que es la «*Vida*», que te mueve *a ti* como *a todo* lo viviente.

Te parecerá como si estuvieras *sobre una nueva Tierra, en un nuevo mundo jamás antes vislumbrado...*

Al reconocerlo, te darás cuenta de que todo aquello que los seres humanos de la Tierra suelen llamar «*estar despierto*» no es otra cosa que un *dormir* profundo y un *sueño* confuso.

Aquí puede comenzar ya una clara percepción del mundo espiritual, si desde el principio las fuerzas emplazadas en ti lo permiten, y si eres un ser humano *de contemplación* y no uno *de comprensión abstracta*.

Si tú, no obstante, según tu forma *particular*, solo «te percatas» de aquello que quieres reconocer cuando lo «comprendes», apenas alcanzarás lo «contemplativo», si bien llegarás a una *experiencia* comprensible...

Te habrás *transformado* en un *nuevo* ser humano y habrás alcanzado *una consciencia de ti mismo* que *apenas podrá compararse* a tu consciencia *actual*.

Así como el brillante sol del mediodía hace desaparecer, con su luz, la luz de una pequeña lámpara de aceite, así se unirá y se desvanecerá, en una *nueva* consciencia, eso que tú aún llamas tu «consciencia»...

Entonces sabrás por qué el sabio habla de la «*vida*» como de la «*Luz*» de los seres humanos, y comprenderás el magnífico sentido de las palabras, muchas veces interpretadas:

«En el principio es el *Verbo* y el *Verbo* está con *Dios* y *Dios* es el *Verbo*»⁴.

«En él todo tiene *Vida*, y su *Vida* es la *Luz* de los seres humanos»⁵.

«Y la *Luz* *brilla* en la oscuridad, y la oscuridad *no puede extinguirla*»⁶.

Quien escribió estas palabras *sabía muy bien* lo que decía, y *también tú* lo sabrás cuando hayas llegado a este punto de tu camino...

Sin embargo, «el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan»⁷.

Sin el esfuerzo por dominar tu impaciencia, sin la aplicación constante de tus fuerzas, jamás debes esperar obtener éxito.

⁴ Cf. «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1:1, RVR).

⁵ Cf. «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres» (Juan 1:4, RVR).

⁶ Cf. «La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella» (Juan 1:5, RVR).

⁷ Cf. «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» (Mateo 11:12, RVR).

No creas tampoco que *un deseo furioso de forzar*, o *un esfuerzo compulsivo*, podrían acercarte a tu objetivo.

Así *no* debe ser entendida aquella palabra.

Siempre debe envolverte un estado lleno de *alegre serenidad* y *silenciosa alegría*, y toda tu preocupación debe estar dirigida a alcanzar, con indecible cuidado, aquella *delicada percepción interna* de la cual te hablé antes.

Te costará *más* «esfuerzo» y «autocontrol» de esta manera que el que podría demandarte alguna acción *heroica* de *gran repercusión* externa...

Si has considerado cuidadosamente lo que te he dicho y estás dispuesto a *realizar* de aquí en adelante lo que se te exige, puedo darte entonces *la certeza* de que *tú también* pertenecerás un día a quienes tienen reservado *conocer* dentro de sí *el secreto del «reino del cielo»*.

Entonces, comienza pues tu empinado camino.

Que una *perseverancia incansable* te acompañe hasta el final.

Elevada ayuda estará cerca de ti en todo momento...

No mires hacia atrás, hacia la vida llena de sufrimientos y alegrías, culpas y merecimientos que pueda yacer *tras de ti*.

Sabe también que, para tu tarea, tiene el *mismo* valor haber sido poseedor *de toda la erudición de la Tierra* que ser *el más bajo entre los ignorantes*.

No trates *de aislarte* de los seres humanos, y no creas que una *forma de vida diferente*, ajena a la de tu época y de tu país, pudiera *favorecerte*.

Mucho menos aún puede servirte o dañarte *el tipo de alimentación* que sigas en tu camino, *siempre que esta solo mantenga a tu cuerpo sano y con fuerzas*.

Si quieres evitar *la carne de animales sacrificados*, entonces evítala y si quieres renunciar *al vino*, entonces renuncia a él, pero no creas que por ello llegarías a convertirte en un ser humano «más puro» o incluso «más elevado».

Lo mismo vale para *el amor sensual entre hombre y mujer*.

No te rebajes hasta lo completamente animal, y mantén siempre tus impulsos dominados con mano firme, para que jamás puedan *someterte* contra tu voluntad; pero tampoco mancilles, mediante la difamación, *un misterio* que solo podrás comprender en forma «*pura*» cuando pertenezcas a los *despiertos en el Espíritu*.

No sin haber explorado en profundidad, los sacerdotes de los más antiguos cultos proclamaron *sagrados* los símbolos de la procreación, y, verdaderamente, veneraron en ellos *algo más* que una simple representación de la eterna y procreadora naturaleza...

Mas *la abstinencia* solo se te impone *allí* donde la indomable avidez de tus impulsos pudiera *acarrear desgracia* para ti o para otros.

Es necesaria *la abstinencia* frente a todo *vicio*, ya que este rápidamente *impediría* y, finalmente, *ahogaría* tu elevado anhelo hacia el Espíritu.

Evita *todo aquello* que pudiera *dañarte* a ti o a otros.

Evita igualmente todo *pensamiento* de desamor.

Ámate a ti mismo, pues, si *no puedes amarte a ti mismo*, *poco de bueno* le harás a tu «prójimo», si es que realmente lo «amas» *como a ti mismo*.

Sigue tu *propio camino*, pero deja también a otros recorrer *el suyo*, aun cuando *sus* metas se encuentren *distantes detrás de ti*.

Tú no sabes cuándo le llegará la hora al otro, y *no tienes derecho* a molestarlo en su sueño *antes* de su hora...

No podrías, en todo caso, *«despertarlo»*, pues *nadie escapa al sueño antes de que le llegue su hora*.

Si, en cambio, su hora está *próxima*, entonces *él mismo* te pedirá enseñanza.

Solo entonces *debes dársela*.

Solo entonces, los *Radiantes de la Luz Primordial* estarán con su fuerza *a tu lado* y *apoyarán eficazmente* tu ayuda.

Tú no estás llamado a guiar desde el Espíritu hacia el Espíritu, y quienes *son llamados* a ello *jamás obligarán* a otros a confiarse a su dirección.

Sigue en alegre silencio tu camino hacia ti mismo.

Tu camino hacia ti mismo te conducirá, en el reino de tu alma, hacia tu *consejero espiritual*, y *él*, en ti, te orientará hasta lograr tu más elevada meta...

Tu camino hacia ti mismo es tu camino hacia Dios.

Jamás podrás llegar a Dios, si no lo encuentras, *tal cual Él es, en ti mismo*.

Pero ahora te diré algunas palabras más que te permitirán reconocer el obrar del reino espiritual sobre la Tierra y algunas otras cosas ocultas, si tú, con buena voluntad, *deseas reconocer lo espiritual*.

Quiero colgar algunas coronas de flores en las paredes de tu hogar.

Coronas de aquellas flores que encontré en mis caminos más elevados y, al final de mi último sendero, en mi floreciente jardín.

No me deshojes las coronas y deja cada flor *allí* donde *yo* la he colocado.

De lo contrario, no podrás comprender en su pureza *la única gran Realidad*, la que todas las palabras de este libro te vienen anunciando...

Entonces no podrás *interpretar el secreto* que aquí se devela en silentes palabras: el secreto *de la vida divina* dentro del ser humano, el sublime misterio del *Dios Viviente*.

EIN SOF

«Ein Sof»⁸, «lo que es de sí mismo», es «Espíritu» que lo abarca *todo* en sí.

Las fuerzas del universo son «causas» de muchos «efectos», y ello los ha llevado a buscar una causa primera.

Sin embargo, *jamás ha existido una «causa original»*, según su concepción.

Eternamente, «Dios» se crea a sí mismo a partir del caos de los elementos del Ser.

Nada es aquí «causa» ni «efecto».

Solo la libre y consciente *voluntad* del Espíritu se crea *a sí misma, para sí misma, hacia «Dios»*.

Los elementos del Ser actúan caóticamente allí donde, siendo expulsados *del Ser primordial*, se manifiestan como las fuerzas más profundas y prolíficas de la *naturaleza primordial*.

Allí actúan de manera compulsiva e instintiva, *sin consciencia de sí mismos* en su acción.

Allí aún se encuentran *separados* y cada uno de ellos solo se impone *a sí mismo*.

De tal autoafirmación de lo separado surge el *polo* y el *contrapolo*, y con ello la *atracción* que, en el transcurso de un inconmensurablemente largo tiempo terrenal, deviene en *concentración*...

En el alma del ser humano, la *unificación* de todos los elementos del Ser primordial será nuevamente *realidad*, cuando la *voluntad humana* aspire a ello.

Lo que en tu corazón brama y apremia hacia la *expresión*, lo que continuamente te moviliza y te mantiene inquieto, ese persistente anhelo de tener que *alcanzar* algo, reconoce en él el efecto de aquellas *fuerzas del Ser primordial* que, nuevamente, y ahora determinadas individualmente, desean *unificarse* en ti.

⁸ N. del T.: Ein Sof (del hebreo אין סוף): Literalmente "sin fin" o infinito. Se refiere a la Divinidad en su estado puro, absoluto y previo a cualquier manifestación o comprensión humana.

Aún en estos elementos, que se revelan en *ti en la forma elevada que tu consciencia necesita*, como *fuerzas de tu alma*, muchas voluntades se empujan hacia ti...

Aún no *dispones* de la voluntad *dominante*, aquella que sabe *unificar* todas las demás voluntades en sí misma.

Todo lo que, *hacia afuera*, en ti dice «Yo», y lo que en *tu interior* sientes como «Yo», sigue siendo, en la mayoría de las veces, una de las *muchas* voluntades que deben unirse *en la luz de la chispa espiritual de tu ser consciente*...

Solo en el ser *consciente* puede la consciencia divina *revelarse* nuevamente en los elementos del Ser primordial.

Desde la aterradora agitación de la naturaleza *primordial*, tanto *en lo invisible como en lo visible*, hasta la *unificación en la consciencia de un ser humano* de la Tierra —y existen *muchas «Tierras»*— el camino de los elementos del Ser primordial conduce *nuevamente* hacia *lo alto*, hacia un «nuevo» *ser consciente de Dios*.

Lo que tú, sin embargo, contemplas *desde afuera* y denominas «*fuerzas de la naturaleza*», no es más que el *efecto*, el *reflejo* y el *testimonio de la mutua influencia* de los elementos del Ser primordial, pero *de ninguna manera* son *idénticos* a ellos mismos.

Lo que tú llamas la «*realidad*» del universo visible e invisible *es solo «real» en tanto* representa únicamente el efecto producido por *los elementos del Ser primordial*, manifestado en *diferentes etapas de formación*.

El universo «*es*», en tanto «*son*» *los elementos del Ser primordial*, pero no «*desde sí mismo*».

Aún hablan de un «Dios» como el «*creador*» de *todas las cosas*, que «*creó*» y «*conserva*» un mundo infinito en su propio honor.

No obstante, *tal* representación de Dios y tal explicación de la existencia del mundo solo pudieron ser *excusables* en *tiempos remotos*, cuando aún nada se conocía de todo aquello que *hoy* se evidencia en la

manifestación de los elementos del Ser primordial y que ciertamente debería ser motivo para borrar de sus *pensamientos* esas antiguas representaciones.

De todas formas, si desean *seguir conservándolas*, es tanto una *insensatez* como una *blasfemia*.

«Dios» es solo *el creador de sí mismo* en todo lo que «es», y todo lo verdaderamente «existente» es *ser de su Ser*.

«Dios» es únicamente el engendrador *de sí mismo y no*, según su concepción, el creador *de los seres humanos ni de las cosas*.

Las fuerzas formadoras de todos los soles y mundos *son formas del Espíritu —elementos del Ser primordial— que se experimentan en el tiempo y en el espacio*. Así, dentro de estos límites, se generan fenómenos, solo *transitoriamente*, como *manifestaciones temporales*, siempre *condicionadas* por el espacio...

Sin embargo, los *elementos del Ser primordial* siempre son *expulsados de él* y siempre *regresan a él*.

Así ha sido desde la eternidad y así seguirá siéndolo.

Permanentemente *se evidencia* el efecto cambiante de los elementos del Ser primordial, a veces promoviendo *la manifestación*, otras veces *la destrucción* de la manifestación.

No obstante, *ellos mismos «son»* de eternidad en eternidad *sin importar cómo cambien su forma de acción* y no son «accionados» *por nadie...*

Jamás hubo un «comienzo» y nunca podrá tener un *fin* esta *vida eterna*.

Todo el vasto universo, colmado de formas, con toda su visibilidad y con lo que para ti es invisible, no es más que *el ondulante espejo de un «mar» eterno y espiritual*, del cual se eleva, con fuerza propia, la nube luminosa de la *Divinidad*.

«Dios» condiciona al universo, y el universo condiciona a «Dios».

El «*perpetuum mobile*» que *sabios* y *necios* anhelaron *idear* ya existe, y no puede ser «ideado» de nuevo...

Todos aquellos que han anhelado «idearlo» solo intuían el Ser del inconmensurable «Todo», si bien reducido a proporciones diminutas, el Ser de aquello que «es» de sí mismo, sin «principio» y sin «fin», la «Vida» eterna, en el ciclo del Ser.

DE LA BÚSQUEDA DE DIOS

Tú aún buscas a un Dios *en distancias sin límites*.

Atiende lo que te digo:

Mientras tu Dios no «nazca» en ti, así como tú en Él, no lo encontrarás en ninguna parte.

Antes de que *tu* Dios haya «nacido» *en ti*, harás estremecer *en vano* todos los espacios infinitos con tu grito más profundo hacia Dios...

Se te ha dicho que el ser humano *es* un «Dios» velado, y que solo debe alcanzar el conocimiento de sí mismo para *encontrarse como* «Dios» por toda la eternidad.

Quienes así te hablaron se encontraban ciertamente *mucho más lejos* de Dios de lo que suponían.

Tú no eres Dios; sin embargo, *solo en ti* sobre esta Tierra puede *conformarse* tu Dios, y *entonces* te encontrarás tan *unido* a Él como *la palabra y el significado* están unidos *en la canción*.

Entonces, *nada podrá separarte jamás* de tu Dios.

Por toda la eternidad, Él estará «vivo» *en ti*.

Por ello, ya *no busques más* a Dios *en las interminables distancias*, *ni tampoco en un mundo inaccesible en lo alto, por encima de todas las estrellas*.

Mientras aún *busques* a Dios, *tu Dios no se ha «conformado»* en ti.

Una vez que haya «nacido» en ti, ya no lo *podrás* buscar más.

Nada puede ser *menos necesario* que la «*búsqueda de Dios*».

Más bien, trata *de encontrar en ti el camino* por el cual tu Dios pueda *salirte al encuentro*.

Trata pues, *de disponer* todo en ti, para que *tu Dios pueda unirse a ti*.

Observa: la *voluntad* del eterno Espíritu que abarca todo te «*quiere*» y «*vive*» en ti, para que un día *Él mismo* pueda «nacer» en ti como *tu Dios*.

Que el «*Adviento*», *la época de la preparación*, sea desde ahora en tu alma, pues mira, tú eres «*Belén*», y en ti debe manifestarse tu rey, que puede *redimirte*, el *único* que puede *redimirte*.

DE LA ACCIÓN Y EL OBRAR

Debes ser *activo* y *obrar* en tu camino dondequiera que encuentres en ti la *fuerza* y el *talento* para actuar y obrar.

Cuando un día *estés unido con tu Dios dentro de ti*, toda tu vida será solo *acción* y *obra*; sí, *tú mismo* serás solo acción y obra.

«**Dios**» es un *fuego* *viviente*.

En Él, todo lo que *se estanca* y *se pudre* pasivamente es *consumido*.

La *voluntad del Espíritu* no puede «nacer» en ti como *tu Dios* si no te mantienes *activo*, como si ya *estuvieras unificado* con Él...

Tu Dios será un *Dios de fuerza* y *atreimiento*, y no un *demonio* de débiles *deseos* ni *temores* que te consumen.

Que tu amor encuentre, a toda hora, un *obrar activo*, tal como el *Espíritu se recrea eternamente* a sí mismo en una *acción continua*.

¿Cómo esperas *unirte a tu Dios*, mientras tu amor se *aleja* de Él?

Solo puedes llegar a *ti mismo en tu Dios* si estás dispuesto a unirte a Él *actuando*, ya que *el Dios Viviente* no es un Dios de *soñadores* ni de *fantasiosos*.

Solo en almas *despiertas* puede Él «nacer»...

Su *Luz es demasiado brillante* para que *almas crepusculares* pudieran soportarla alguna vez.

Une las fuerzas de tu alma para una acción elevada.

Completa todo lo que *puedas abarcar* aquí en la Tierra y *actúa* en la *medida de tus posibilidades*.

Así, *un día*, liberado del *temor*, podrás *encontrar* a *tu Dios* en ti, a *tu Dios Viviente*.

Tú no estarías en la vida si la «vida» no actuara en ti como «acción» del *Espíritu*...

Solo es «eterna» tu vida en la medida en que toda «acción» del Espíritu eterno es *eterna*, tal como *Él mismo* lo es.

Sin embargo, *en el tiempo eres manifestación temporal de este mundo terrenal*, y, por ello, es *tu deber terrenal*, aquí en lo temporal, *obrar lo temporal*, así como tú mismo eres obrado en lo eterno, eternamente por lo eterno.

Solo en un continuo *obrar* puedes considerarte *probado* y *preparado* a través de la *acción*, como te lo exige la elevada orientación, para que *tu Dios* pueda «nacer» en ti mismo.

DE LA SANTIDAD Y EL PECADO

Aquellos que realmente *tuvieron conocimiento* de las últimas cosas siempre *despreciaron* con una sonrisa al «santo» en su *vanidad y falsa humildad*. Sin embargo, también supieron distinguir entre los vanidosos dechados de virtud y *las verdaderas grandes almas*, que a veces se han proclamado «santas».

Ellos quieren encontrar seres humanos *orgullosos*, que sepan vivir con la cabeza *alta*, *no pobres mendigos postrados ante las puertas de la divina gloria*, *no miserables almas penitentes*.

Quieren encontrar seres humanos capaces de transformar la vida *en una obra de arte*, *no a quienes se someten a la vida como la bestia de carga bajo su yugo*.

No es digno de conseguir el premio del vencedor aquel cuya *culpa y pecado* puedan apartarlo de su camino.

Quien quiera alcanzar *la gran victoria* no debe preocuparse por que *el polvo del día a día ensucie su vestimenta...*

Quien esté continuamente empeñado en *limpiarse las manchas de su abrigo*, muy pronto *habrá perdido de vista su más elevado objetivo...*

Ciertamente, no aconsejo a nadie revolcarse en el lodo, pero todo aquel que desee llegar *a la meta* debe *despreocuparse del polvo cotidiano y de las pequeñas manchas* que recubren sus ropas durante el camino.

Tu pie quedará siempre pegado en el mismo lugar y jamás tendrás confianza en tu paso si permites que los *errores*, que nunca *podrás* evitar por completo, *perturben* tu camino.

El «santo», en cambio, es como aquel ser humano que se seccionó los tendones a sí mismo y ahora yace sobre el camino *como un inválido*; sin embargo, *sueña* con los ojos abiertos *que vuela*.

Ah, cuánto *prefiero verte* caminando apesadumbrado, cargado hasta los hombros de *culpa* y *pecado*, que verte en peligro de convertirte en aquel «santo».

Todo lo mejor de tu fuerza se te irá perdiendo si pretendes imitar al «santo» y sobre todo, si tratas de mantenerte «libre de todo error»...

No *podrás* utilizar tus fuerzas si tu preocupación constante es *evitar todo error*, pues dondequiera que estés verdaderamente *activo*, siempre caerás, *sin quererlo*, en *el error* y *el pecado*.

Así, igual que el polvo del mármol en el taller del *escultor* no disminuye en nada el valor de *su escultura*, tu «Yo», al que tratas de dar forma a partir de la «*piedra bruta*», de ninguna manera *perderá valor* por el «*polvo*» y el «*casco*» que quedan esparcidos alrededor, hasta que tu nítida forma quede finalmente esculpida.

Olvidate del «*polvo*» y el «*casco*» del taller, y piensa siempre solo en la «*obra*» que debes crear a partir de tu propia existencia, hacia la belleza sublime y la eternidad.

Y si has *caído profundamente* donde *no querías caer*, *levántate* rápidamente y olvida que alguna vez caíste.

Pero, incluso cuando *tu voluntad* te haya derribado, no debes tener otra preocupación *que levantarte de inmediato*.

Es *inútil* tu «*remordimiento*» después de la caída, mas tu enérgico *levantarte* puede ayudarte a adquirir *una seguridad permanente* que te enseñará a *evitar una nueva caída*...

Verdaderamente, avanza mejor *el* que encuentra en sí mismo *la fuerza para levantarse tras la caída* que *aquel* que, en continua pusilanimidad, quiere *evitar* cuidadosamente todo traspíe.

No hay nada que pueda perjudicarte en tu camino, excepto el *temor* a las fuerzas contraproducentes de la *culpa* y, a su vez, estas *fuerzas paralizantes* nacerán *exclusivamente de tu temor*.

Continúa entonces tu camino *con amor y libre de temor*, pero que tu amor nunca socave las fuerzas necesarias para resistir.

Sé siempre *bondadoso* con *todo* lo viviente, pero recuerda que «*bondad*» para con el tigre significa un *disparo certero*, porque lo que debes *destruir* no debes hacerlo *sufrir*.

Libre ha de ser también tu *bondad* y tu *amor*, o se convertirán en una *carga*.

Solo es libre *quien se libera por sí mismo*.

Ningún «Dios» externo, tal como lo imaginas por encima de las estrellas, podrá jamás liberarte.

Sin embargo, *si te ayudas a ti mismo, también tu Dios te ayudará*, tu Dios que en ti mismo querrá algún día «nacer».

Tú mismo te has creado tus *fantasmas*, y *solo tú mismo* podrás *destruirlos*.

Aún consideras muchas cosas como «*culpa*» y «*pecado*», cuando en realidad *no* merecen tal desprecio, mientras que otras las tomas *a la ligera*, viéndolas incluso como tu «*virtud*», aunque son una *tentación* que te conduce a la *perdición*...

Jamás debes *buscar* la «*tentación*», pero tampoco debes, como el «*santo*», *cautivar* tu ojo para que vea *únicamente* la «*tentación*» por doquier.

Ve por tu camino con la cabeza *alta* y sabe que siempre estarás protegido *de la mejor manera*, siempre que confíes *en ti mismo*.

Ninguna «caída» ni «falta» podrá entonces impedir tu paso, hasta que, un día, fortalecido con la fuerza del Espíritu, *alcances tu objetivo*, que se encuentra *en ti mismo*.

No obstante, te prevengo y te aconsejo:

Mejor busca la culpa y el pecado, pero cuídate del deseo de alcanzar la «santidad».

EL MUNDO «OCULTO»

En las palabras de este libro, hasta aquí se ha hablado casi exclusivamente de *aquello* «invisible» que es *tu alma*, y que se despliega en las *fuerzas de tu alma*, así como también del elevado *mundo espiritual* del cual *procedes* y al cual deberás *regresar* si deseas llegar a *Dios* y hallar la *paz* que el mundo exterior no puede darte.

Resta, sin embargo, hablar acerca de *otro* «invisible»: un invisible que te envuelve *externamente*, al igual que *todas* las cosas y formas *materiales visibles*...

Este «invisible» es una *parte* muy poco conocida de este *mundo físico*, y, al mismo tiempo, es la parte incomparablemente *mayor*...

A través de este «invisible» debe avanzar primero *el guía espiritual*, como por un puente, si desea llegar a *ti*, ya que aún *no eres capaz* de percibirlo *desde la unidad de tus fuerzas del alma*, tal como *más tarde* lo reconocerás *en Dios*.

Por ahora, él solo puede alcanzar tu *interior* a través de esta «*invisibilidad externa*».

En todas las épocas ha habido personas que *reconocieron* con total certeza este «*invisible exterior*».

Tal conocimiento no tenía, ni tiene, *valor alguno* para alcanzar *su más elevado objetivo*.

Ellos «ven» *más* que otros, así como, cuando tú miras a través de un *telescopio*, puedes ver los «anillos» y las «lunas» de los distantes planetas, mientras que quien solo observa a simple vista no percibe más que un punto luminoso...

Su «visión» está vinculada a un *órgano físico* que, en el ser humano contemporáneo, rara vez presenta una «capacidad de desarrollo» suficiente como para ser utilizada.

En *tiempos remotos*, este *órgano* estaba a menudo mucho *más* desarrollado, y también en las generaciones *venideras* se volverá a desplegar, una vez que logren asegurarse de que ya no les será *perjudicial*...

La evolución de tales órganos físicos, *no necesarios* para la vida cotidiana, sigue el patrón de un *movimiento ondulante*, con períodos de mayor y menor intensidad dentro de la especie humana.

Así también se apaga la capacidad de reconocer con certeza lo invisible de este mundo *físico*, frecuentemente hasta el último vestigio, para luego reaparecer en otras épocas.

Se trata de *órganos rudimentarios del ser humano de los tiempos primordiales*, que solo serán beneficiosos para *quienes estén espiritualmente preparados para utilizar correctamente* la facultad que con ellos se otorga.

Los seres humanos en quienes el órgano para la *percepción* de lo «invisible externo» está *completamente desarrollado* poseen, por lo tanto, también fuerzas del alma más «*experimentadas*», que ya estaban activas en muchos seres humanos de épocas anteriores.

Donde este «*poder de ver*» en el mundo invisible físico se vincula al mismo tiempo con el anhelo de un *conocimiento superior*, allí aquel que esté dotado de tal poder no caerá en el *error* en esa parte invisible del mundo terrenal, sino que encontrará *consejeros bondadosos y auxiliares atentos* del Reino del *Espíritu*, quienes le *facilitarán* la *comprensión* de lo que percibe.

Si ha logrado «*despertar*» completamente, es posible que también obtenga, a través de «*despiertos*» *más elevados*, *poder sobre las fuerzas* de este mundo invisible, con el fin de *contribuir* al plan de desarrollo de la humanidad terrenal, tal como ha sido impulsado durante milenios por los Radiantes de la Luz Primordial.

La mayoría de las veces, son pocos los «*conocedores de lo invisible*» que resultan «*utilizables*» para tal propósito.

No obstante, es deseable que todo ser humano que, de una u otra manera, perciba en sí mismo, ya sea débil o intensamente, el órgano para el conocimiento de lo invisible físico, lo examine con sumo cuidado y, sobre todo, lo preserve de cualquier mal uso...

Tal vez, bajo un cultivo adecuado, algún germen podría desarrollarse de manera provechosa.

Se necesitan muchos «*obreros en la viña*», y la humanidad actual ganaría mucho si pudieran resurgir de ella auxiliares y maestros *experimentados* que supieran caminar también en lo *invisible* de este mundo físico *por caminos seguros...*

No es el «*experimento*» mediante médiums y sonámbulos lo que aporta claridad, sino la *experiencia propia* de los *orgánicamente capacitados*.

Con todo respeto hacia el afán de investigación científica, pero a través de los llamados experimentos «metapsíquicos», tal como lo indica su nombre, se parte de *premisas falsas* y *prejuicios erróneos*, invocando únicamente *las fuerzas parásitas* de lo físico invisible.

Estas «fuerzas parásitas» de la parte invisible del mundo físico son seres que, según *las apariencias*, se asemejan a las fuerzas que componen el *alma*, pero de ninguna manera deben *confundirse* con «las fuerzas del alma».

Sería una confusión *similar* a comparar *las muecas de los monos* tras los barrotes de su jaula con el ingenioso *arte interpretativo de los grandes actores humanos* sobre el escenario...

Los seres de la parte invisible del mundo físico, con los cuales uno trata durante los llamados experimentos «metapsíquicos» —como cuando, en un ambiente solemne, se cree establecer contacto con *almas humanas* difuntas— no están exentos de algún tipo de «*consciencia*» y, a menudo, «*saben*» *más que aquellos que los interrogan*. Sin embargo, estos seres son solo conscientes *de sí mismos* de una forma oscura y crepuscular, de modo que no podrían, según el concepto humano, ser moralmente juzgados, ya que, en cada caso, se hacen pasar *por aquello que se cree ver en ellos* o por lo que se *cree* poder encontrar en ellos.

Ellos quieren, antes que nada, encontrar una *confirmación de su existencia* y, para lograrlo, están dispuestos *a todo* lo que no supere su poder; pero van más allá y buscan incluso *aparentar* tener poder allí donde este *no alcanza...*

No los ata *ninguna «obligación»* ni *ninguna «consciencia»*.

Tu *caída* les proporciona el *mismo* placer que tu *ascenso*, pues encuentran la *confirmación* de su *existencia* en tí, a través de su *influencia* sobre tu *persona*.

Pobre de aquel ser humano a quien estos seres ya «poseen».

Le chuparán la médula de la vida como vampiros, puesto que deben «alimentarse» de sus fuerzas si han de estar a su servicio.

Si él mismo no puede *sacudírselos de encima*, será *esclavo* de sus oscuros impulsos hasta que su propia alma «perezca», pues sus fuerzas *se irán desprendiendo* poco a poco. Después de esto, una vez que el cuerpo terreno se acueste para dormir su último sueño, su consciencia pasada será *destruida*, siendo esa la única «muerte» *verdadera*, porque es *eterna*, y la única que realmente puede amenazar al ser humano.

Pocos son los seres humanos que *conocen* con *certeza* la naturaleza, preñada de engaño, de estos seres, a los cuales *difícilmente se puede denominar*, pues en el mundo visible *no* existe ninguna *imagen comparable*.

Son estos seres invisibles por medio de cuyas fuerzas el *faquir* produce sus «*milagros*» —y quienes *no los conocen* se asombran ante él cada vez que uno de los *genuinos*, encadenado al submundo, se manifiesta...

Estos seres «pueden» *muchas cosas* que *jamás* le serían posibles al ser humano sobre la Tierra, mientras actúe solo con sus *propias* fuerzas.

Ellos «ven» tus *pensamientos mejor de lo que tú mismo puedas conocerlos* y pueden hacer aparecer ante tus ojos, *en forma visible*, tus *más ocultas imaginaciones*...

Ellos pueden, de manera transitoria, *construir formas y sustancias tan aprehensibles como cualquier otra cosa terrena*, como cualquier sustancia que te sea conocida, ya que son los activos e invisibles tejedores de la conformación física que enlazan toda manifestación visible con *hilos invisibles*...

Pueden envolverse *en formas humanas* que fueron de individuos que hace ya mucho tiempo dejaron de vivir sobre la Tierra, pues *cada* forma que alguna vez «*existió*» en ella se conserva en el ámbito de estos seres, así como —aunque la comparación sea inexacta— dicha forma puede asemejarse a una matriz galvánica de la cual, en cualquier momento, se puede obtener un nuevo vaciado.

En *realidad*, esta «matriz» es *una finísima e invisible formación*, un sistema de laminillas que representa la réplica matemáticamente exacta de todas las formas internas y externas que en otro tiempo conformaran un cuerpo humano.

Esta formación, que normalmente se encuentra retraída sobre sí misma en un estrecho espacio, es, en cierto modo y bajo determinadas condiciones, «rellenada» con las fuerzas físicas que usualmente nutren el cuerpo terrenal del «*médium*».

El «*médium*» debe permanecer, durante el tiempo que dure tal manifestación, en ese estado de inconsciencia que se conoce como «trance».

El cuerpo ficticio formado es, durante su muy breve tiempo de manifestación, incluso en el caso más favorable, el campo de acción del *alma animal* del «*médium*» *en estado de* inconsciencia. Esta alma animal se encuentra, al mismo tiempo, retenida en una especie de hipnosis por los seres invisibles del mundo físico, que se manifiestan a través del cuerpo ficticio generado.

Que un fantasma de este tipo pueda hablar e incluso llegar a imitar la voz de su difunto modelo original no es, en absoluto, más asombroso que la capacidad de hablar de un ser humano encarnado en su forma normal. Esto se debe a que, durante el tiempo que dure su existencia, todos los órganos necesarios para su funcionamiento se encuentran reproducidos en el cuerpo ficticio de manera física, exactamente igual a como estaban en su modelo original, incluyendo cualquier deformación u otras deficiencias.

No será necesario insistir aquí en que *esta forma remanente en el físico invisible* no tiene *ya nada* que ver con el ser humano que alguna vez la determinó, del mismo modo que la piel desprendida de la serpiente no tiene relación alguna con el reptil que se ha librado de ella.

No *por nada* he abordado aquí ciertos fenómenos *cuya sola exposición*, por sí misma, me resulta *desagradable*.

Es que quisiera verte en condiciones de poder *juzgar* por *ti mismo* fenómenos que pueden *llegar a desconcertarte*.

No debes dejarte *engañar* por la ignorancia cuando lo asombroso pueda acontecer ante ti.

No es necesario evaluar como «peligro» lo *engañoso* que puedas enfrentar en los ámbitos aquí mencionados...

Solo *lo auténtico* de este tipo encierra un *verdadero* peligro.

Te prevengo aquí por razones fundadas.

También *en ti* esos seres pueden olfatear *una presa*, si alguna vez llegas a conocer los efectos que producen...

Lamentablemente, ellos encuentran *con demasiada frecuencia* una presa *entre aquellos* que, en lugar de avanzar por su elevado camino hacia la *unificación de las fuerzas del alma* y hacia su *Dios*, intentan obtener *fuerzas «ocultas»* sin haber alcanzado previamente el grado de comprensión necesario. Este grado es indispensable para que *un verdadero unificado en el Espíritu*, entre sus hermanos mortales, pueda enseñarles, *tras largos años de rigurosa preparación*, a *dominar* a los seres aquí mencionados y sus inquietantes fuerzas.

Incluso entonces, todo aquel que, sin necesidad alguna, los *excite* y los *utilice*, se encuentra en peligro constante. Y ninguno de aquellos que alguna vez tuvieron que aprender a vencer este reino del físico invisible para probar sus fuerzas permanecerá en él *más tiempo del estrictamente necesario*, que *la amarga imposición de una «tarea»* le exija.

EL TEMPLO ESCONDIDO

Todos aquellos que hayan comenzado o vayan a comenzar el camino hacia las alturas que he mostrado en este libro, se encontrarán de inmediato en su interior en una *conexión* íntima entre sí, aunque en el mundo exterior los separen miles de millas...

Tal «contacto» se efectúa de manera dual:

Primero, a través de una recíproca atracción de las radiaciones generadas involuntaria e inconscientemente por centros de voluntad humana *determinados en sí mismos*, en forma de «remolinos» de radiaciones en ciertas *elevadas* regiones del *físico invisible*, que ponen allí en contacto *a todo lo afín*.

Luego, *a través de la influencia directa* de las *fuerzas del alma*, que solo requieren la *alineación* de las *tendencias de voluntad* que en ellas se encuentran para estar de inmediato, independiente del tiempo y el espacio, conectadas entre sí.

Pero es un rasgo humano querer también *en el mundo exterior* reconocerse y estar cerca tan pronto como uno se siente vinculado al otro por una actitud similar hacia *la misma meta*...

A muchos les *fortalece* también el *valor* y la *fe* cuando en el «camino» pueden cada tanto *conversar* con sus compañeros de viaje...

Y hay, además, razones de índole *más elevada* que frecuentemente hacen deseable un *contacto personal cercano*.

El camino hacia la vida espiritual se abrirá, la mayoría de las veces, *con mayor facilidad* cuando dos personas que lo hayan iniciado se encuentren *también* unidas *en lo externo* y así puedan recorrerlo *juntas*.

Por eso, todo aquel que haya obtenido la *facultad* y la *fuerza* para enseñar estas cosas deberá recordar la palabra del elevado Maestro de Nazaret:

«Porque donde dos o tres se reúnen en mi *nombre*, allí estoy yo *en medio de ellos*»⁹.

⁹ Cf. «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mateo 18:20, RVR).

Pero que nunca sean *más* de «dos o tres» los que se reúnan cada vez *para compartir sus experiencias del alma a través de la palabra hablada*.

Por buenas razones se exige *este pequeño número*.

Por lo tanto, todo grupo *mayor* relacionado espiritualmente *solo* podrá lograr una acción beneficiosa cuando, en lo que respecta al *intercambio oral sobre la experiencia del alma*, se *articule* entre sí como *una múltiple «dualidad o trinidad»*. Y *cada «célula»* conformada por dos o tres debe originarse siempre a partir *del más nítido sentimiento de afinidad personal*, de modo que, *sin* necesidad de un «juramento» especial, su *indestructibilidad* quede *asegurada* desde el principio.

No obstante, los buscadores no deberán *jamás* formarse como una «congregación», pues ninguna congregación es posible *sin la imposición de un credo y nada tolera menos* el desarrollo del alma que cualquier *imposición* externa.

Toda «congregación» solo engendra el cortejo fúnebre de su difunto credo.

Mientras la fe *sea* viviente y actuante, tolera por un tiempo limitado la enfermedad que corroe a una «congregación creyente», pero luego se marchita, como una flor que se arquea sobre sí misma y *se derrumba*. Y aquellos que intenten mantenerla *viva* como «congregación» habrán cavado *su propia tumba*.

Mas será *de enorme utilidad* para muchos si, ya sea individualmente o en conexión con grupos de la misma orientación, *siempre reunidos en «células» de dos o tres*, pueden *hablar entre sí* sobre aquellas cosas que *experimenten* u *observen* en su camino hacia la Luz.

Entonces, según las circunstancias, estos reunidos de dos o tres deberían juntarse *en lo posible siempre a la misma hora* para compartir entre sí sus vivencias internas.

Ciertamente, no existen en las más hondas profundidades del Espíritu razones que pudieran justificar una «prohibición» que impida que *muchas* de estas *células de dos o tres miembros* permanezcan *unidas externamente*. Esto, siempre y cuando tal unión no degenera en la «*formación de una congregación*», con su *imposición de credos y sus artículos de fe*. Solo entonces la unión *externa* *cortaría* la unión interna.

No obstante, ya sea que desees recorrer tu camino *a solas* o *acompañado de uno o dos compañeros*, has de saber siempre que *un Templo oculto* te une con *todos* aquellos que como tú ya han iniciado su camino.

Los Radiantes de la Luz Primordial son los verdaderos «*sacerdotes*» de este Templo y *todo* buscador que sigue su «*camino*» dentro de sí está bajo su segura *conducción*, aunque todavía *carezca* de luz propia en su interior y *no* reconozca aún la mano que lo guía...

Aquí no se te exige *ninguna fe* en una *ayuda* que *no* puedas *comprobar* por ti mismo.

Nosotros *solo* te pedimos: *fe en ti mismo*, porque es *indispensable* en tu camino...

Si has conquistado *esta fe* y *la sigues conquistando* a lo largo del *camino*, entonces muy pronto *sentirás la verdad* de mis palabras dentro de ti.

Los descubridores de nuevos continentes *creían* en sus corazones *encontrar* las tierras buscadas más allá de los vastos mares, y finalmente *encontraron* aquello en lo que creían.

Así, igualmente has de *creer* que llevas en ti *las fuerzas* que algún día te habilitarán en este mundo para *experimentar* asombrado, *en tu interior*, las sagradas maravillas del *Templo oculto*...

Te es, pues, necesario *creer* en tus propias fuerzas, porque tu fe tiene el poder de *desatarlas* en ti mismo, pero también de *encadenarlas*...

Si antes no te has creído *capaz*, difícilmente lo *lograrás* después.

Así también permanecerás inalcanzable a toda *ayuda* del *Templo invisible* hasta el día en que encuentres en ti la *fe* sólida como una roca *que te hará saber que llevas en ti las fuerzas* para *alcanzar* esa ayuda.

KARMA

En ambos reinos de este mundo físico —el visible y el invisible— todo *acto* conlleva sus *consecuencias*, tanto *visibles* como *invisibles*.

Cada *impulso de voluntad*, cada *pensamiento* y cada *palabra* debe considerarse aquí como un «*acto*».

Quedarás *atado* a las *consecuencias* de tu acto hasta que hayas *unificado* las fuerzas de tu *alma* y, con ellas, te hayas unido a *Dios*.

Solo entonces podrás *anular las consecuencias* de tus actos en tanto desees anularlas.

En tiempos inmemoriales, *estuviste unido* a tu Dios como «ser humano» puramente *espiritual* en configuración *espiritual*, *integrado* a la *vida universal* del «Espíritu» esencial y *sustancial*.

Y también, en aquel entonces, todos los vastos reinos de la parte *invisible* del mundo físico —un *inconmensurable* territorio del universo— te estaban abiertos a *tu voluntad activa*, y tú eras su *soberano*.

Se te abrió un campo de acción que se extendía desde lo *espiritual más puro* hasta las formaciones *cada vez más densas*.

Así, llegaste hasta el límite donde lo físico *invisible* se condensa hasta lo *físico visible*.

Pudiste ver en acción *los aterradores poderes del eterno Caos* —*las fuerzas de repercusión de la absoluta, rígida y densa «Nada»*— y sucumbiste a *su rencor contra todo lo «existente»*...

Pero nunca habrías sucumbido a ellas si de antemano, en el delirio de tu poder, *no hubieras renegado de tu Dios*.

Así, te volviste *indefenso* y perdiste tu más alto *poder*.

Entonces, *fuiste* presa de las fuerzas inferiores que existen en la región de los efectos de repercusión de la «Nada» absoluta. Estas fuerzas buscan, en permanente «*enemistad*», *aniquilar* todo, transformando *según la «Nada»* todo lo que, desde las esferas del *Ser* eterno y puro, penetra en ellas, «cayendo» en su tenebrosa zona de influencia.

También las fuerzas que antes podías *dominar*, y con las que habías *doblegado* fácilmente a los, para ti, poderes «enemigos», hasta el punto de transformarlos en *sumisos servidores* de tu voluntad, se te hicieron *demasiado grandes, demasiado poderosas*...

Así, sobrevino en ti el *temor* ante tus *propias fuerzas*, que antes *dominabas*, y del *temor* hacia ellas, anhelaste una *nueva y diferente* vida en los reinos de la *tangibilidad material*: los reinos de este universo, comprensibles a través de los sentidos *físicos*, que *ocultan* esos atemorizantes poderes a todo aquel que no quiebre la barrera aquí trazada.

Tu *voluntad* había caído desde la alta *Luz* y ahora *quería* ir contigo *al mundo de la materia física*...

Te encontrabas en tu hogar, en el «*mundo de las causas*», mas tu *temor* te impulsó fuera de él al «*mundo de los efectos*».

Esta es *la verdad* de las leyendas que hablan acerca de un «*paraíso*» y de la «*caída*» del ser humano a causa de una «*caída en el pecado*».

Antes de esta caída, ya te habías creado tu propio «*karma*», tal como el Oriente llama *al árbol genealógico causal* del destino de cada ser humano, *según el «grado» de tu «alejamiento» de tu Dios* —la «*medida*» de tu arrogancia— al querer verte a ti mismo como un «*Dios*».

«*Eritis sicut Deus...*»¹⁰.

¹⁰ Cf. «...seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal» (Génesis 3:5, RVR).

La época en la que debías nacer en este mundo terrenal, *la línea de descendencia* a través de la cual esto ocurrió, así como *los caminos del destino de tu vida en la Tierra*, los determinaste *tú mismo* cuando, siendo un *soberano en el mundo del Espíritu por la fuerza de tu Dios*, te transformaste en un *esclavo de las potencias inferiores*, en un mundo donde cada *acto* tiene —y *deberá tener*— su «*consecuencia*». Este mundo no es más que un *reflejo* de la acción, sin poseer dentro de su propio espacio la fuerza para romper, por intención, la cadena del suceder.

El hecho de que hayas nacido aquí, en *este planeta*, también es consecuencia de la naturaleza de tu acto *primordial en la zona de los forzados efectos*, pues, en verdad, existen *incontables* planetas habitados por «seres humanos» de aspecto *externo* similar al nuestro, en el *inconmensurable* espacio. Así, bien pudo haber sucedido que te hubieras encontrado en tu cuerpo animal en alguno de esos *otros mundos*.

Todos los seres humanos que habitan en los planetas de otros sistemas solares «cayeron» de la luminosidad del *mismo* modo que tú.

Entre tus lejanos compañeros materialmente corporizados, los hay *mucho más felices* y, también, profundamente *más infelices*...

Naturalmente, no debes imaginarlos *en formas monstruosas*, pues la forma del cuerpo humano terrenal *no ha surgido por un acto arbitrario únicamente en nuestro* pequeño satélite solar, sino que ha sido determinada por leyes objetivas que rigen *en todo* el inconmensurable universo físico y que, en última instancia, son de origen *espiritual*...

La «*caída*» del espíritu humano desde el puro mundo espiritual hacia la zona de acción de la absoluta «Nada» no ocurrió solo en tiempos remotos, sino que sucede perpetuamente, desde la eternidad y por toda la eternidad. Así, como el cosmos físico, en su constante devenir y desvanecimiento, perdura y perdurará *como un Todo eterno, junto con el Reino del Espíritu eterno*, como su «*más externa contrarreacción*»...

Sin embargo, siempre existen algunos pocos seres humanos nacidos del Espíritu que *no* sucumben a la «*caída*» y que *no* «*pierden*» a su Dios dentro de sí.

Ya te hablé de ellos como los «*Ancianos*» o los elevados «*Padres*» de los Radiantes de la Luz Primordial. Has de saber aquí lo que también podría decirte tu propia *intuición*, que el esfuerzo espiritual de estos seres no caídos, así como la educación de sus «Hijos» y «Hermanos», para la *redención* de aquellos que se han *enredado en la animalidad* y *caído* del círculo luminoso del mundo del Espíritu, no se reduce *únicamente* a nuestra humanidad terrenal...

En *todos* los planetas habitados del inconmensurable universo pueden encontrarse estos auxiliares, que han permanecido en la vida consciente del Espíritu sustancial. Para *cada* uno de esos mundos educan a los respectivos caídos —sus «Hijos» y «Hermanos» espirituales— y también aquí, sobre esta Tierra, buscan *alcanzarte* y aspiran a liberarte de tus penurias.

Tu objetivo no es, de ningún modo, ser uno de sus «Hijos» y «Hermanos», pues, para ello sería ahora *demasiado tarde*. Tal aptitud solo se adquiere mediante *un impulso de libre voluntad* de cada uno, *inmediatamente después de la caída*, requiriendo, además, *miles de años* de «educación» y una cantidad similar de *contención antes de la incorporación* en un cuerpo humano terrenal.

A ti no se te exige ninguna otra cosa, excepto que hoy, en este día en la Tierra, llegues a reconocer *de dónde has provenido* y a dónde puedes *regresar*.

Aquí se te quiere mostrar el «camino» que te conduzca hacia ese regreso.

Se te quiere guiar de regreso a *tu Dios*, para que puedas *unirte* nuevamente a Él.

Por muy bajo que hayas caído, las fuerzas que, desde su forma caótica hasta su *más elevada* manifestación, conforman incesantemente a la divinidad misma, están actuando en ti de una forma muy elevada...

Aún quedaba en ti una «chispa» de consciencia espiritual, aunque no fusionada aún con tu consciencia cerebral, permaneciendo oculta como un elevado guía de esas fuerzas y también como tu «consciencia»...

Jamás podrás perder esa «chispa», por muy profundo que caigas en tu vida terrenal.

Y, aunque en tu *alma* estés «muerto», ella permanecerá oculta en ti hasta que exhales tu último suspiro...

Ella es también, y *solamente* ella, la que *conoce* tu «karma»...

Tú puedes *mejorar* o *empeorar* ese «karma», pero no puedes *extinguirlo*, *no antes* de que hayas *unificado* las *muchas* voluntades en ti que aún actúan caóticamente en tu alma.

Cuando todas se *unan* en la chispa de luz de consciencia *espiritual*, que en ti es tu verdadero, sustancial y *eterno* «espíritu humano», entonces de *Espíritu* «nacerá» tu *Dios* en ti. Solo entonces estarás finalmente *liberado* de tu «karma», de *las consecuencias de tu acto primordial*, como un *ser humano* regresado a *la vida eterna en el Espíritu*.

Dichoso tú si logras esto ya aquí, en la Tierra.

Pero si *no* lo alcanzas aquí, *tampoco* hallarás tu «paz» tras *abandonar este cuerpo terrenal*, si antes no has encontrado *en ti mismo* esa paz *en tu Dios*, *consciente* de las fuerzas de tu alma *unificadas bajo una sola voluntad*...

«Allá», sin embargo, podría prolongarse *bastante* tiempo antes de que te encuentres nuevamente preparado, ya que *no podrás* modificar *más* tu «karma» *ni* mejorarlo, *y de ninguna manera* experimentarás la luz del *Espíritu* dentro de ti *hasta que la última consecuencia de tu acto primordial* se haya *agotado*.

La sabiduría de la India previene al ser humano *de crearse un «nuevo karma»*, y tal advertencia es, sin duda, *el fruto del verdadero conocimiento*.

Debes saber, sin embargo, que la advertencia pretende únicamente prevenirte de un «karma» *desfavorable*.

No podrás encontrar tu *redención* en el Reino del Espíritu sustancial hasta que el último impulso *arraigado en lo terrenal*, que alguna vez provino de ti, se haya agotado.

Busca, entonces, con todas tus fuerzas *unirte a tu Dios durante tu vida terrenal*, para poder, por *su* fuerza, *cortar* la cadena de tu «karma» y no quedar más *atado* a ella por milenios...

GUERRA Y PAZ

Quien haya reconocido una vez las fuerzas formadoras de este mundo fenoménico de la materia física, *en su tremendo poder y en la inconcebible simplicidad* de sus inexorables impulsos, pierde de inmediato la *ilusión superficial*, como si el universo visible solo manifestara *«la armonía del Espíritu»*.

Observa a la *avispa icneumon*, que debe poner sus huevos *en el cuerpo viviente de la oruga*, para que las pequeñas avispas lleguen a la vida a través de la muerte agónica de la oruga, y así quedarás *curado* para siempre de tales engañosas creencias.

El mundo de los sentidos es *el efecto* de la fuerza espiritual primordial en el mundo *espiritual*.

Pero para establecerse como *mundo espiritual* en una *manifestación* espiritual, la única y eterna fuerza primordial del Espíritu debe *reflejarse en sí misma* en infinitos *aspectos*. Y, resurgida en cada uno de tales aspectos como un *elemento* del Ser primordial, se *afirma* en cada uno de ellos de tal manera que *cada* elemento busca manifestarse *únicamente a sí mismo*, de modo que *todos los demás* elementos del Ser primordial le resulten *formas vacías*, pues él mismo *solo* se reconoce *en sí mismo* como fuerza primordial.

Cada aspecto de la fuerza espiritual primordial —cada *«elemento del Ser primordial»*— deviene, por consiguiente, la *causa* de que también la manifestación de su *impacto* en la región *física* reciba el impulso de vivir *solo para sí misma* y de utilizar todas las demás formas de manifestación para conservar su propia existencia.

Cada elemento del Ser primordial encarna la fuerza primordial de manera entera e *indivisible*, siendo la causa tanto de la forma *más baja* como de la *más elevada* manifestación en su *impacto*.

Así ocurre también que toda fuerza *física*, toda forma de manifestación *física*, busca *afirmarse* como si *solo* deseara *su propia* existencia, sin reconocer *ninguna otra*.

La diminuta *célula* se afirma *solo a sí misma*, aunque temporalmente se vea *forzada*, junto a mil millones de su especie, a estar al servicio de una voluntad formadora *más elevada*, para la cual su existencia *solo* tiene valor *mientras* la *precise* y la *consume* para su *propio* mantenimiento.

El universo que percibimos a través de nuestros sentidos físicos constituye *el polo opuesto más extremo* de la realidad espiritual.

La «*vida*» misma del Espíritu *condiciona* las infinitamente variadas formas *espirituales en su dimensión* —*los elementos del Ser primordial*— cuya *manifestación*, a su vez, finalmente *condiciona*, por así decirlo, la forma «solidificada» de manifestación *física*: la fuerza espiritual infinitamente «*expandida*», en un estado de *rigidez* y *relativa impotencia*, *encadenada en las formas rígidamente determinadas...*

Desde esta forma de *expansión* y *consiguiente rigidez*, *en un estado de extrema tensión*, completamente ajeno a su naturaleza, esas fuerzas espirituales *se elevan*, sin embargo, como consecuencia de la más poderosa atracción desde la región del Ser espiritual *más elevado*, hacia nuevas formas, *menos densas* y *rígidas*. A través de incontables transformaciones, se van liberando cada vez más de la tensión de la expansión y, finalmente, se sienten arrebatadas hacia lo alto, regresando *a su estado original en la más profunda vida del Espíritu...*

Lo que somos capaces de *percibir a través de nuestros sentidos físicos* no son las formas de estado de los elementos del Ser primordial, sino solamente los *resultados del accionar de sus fuerzas...*

Sin embargo, los *elementos del Ser primordial* nos son *interiormente* perceptibles en una forma de estado *muy elevada*, como nuestras «*fuerzas*» del «*alma*»...

Esta es la *eterna* circulación de la «*Vida*», *renovándose* eternamente en el *Espíritu* sustancial, «*existente*» en sí mismo.

Transformándose en «*alimento*» para sí mismo, el Espíritu desciende así en sí mismo, para elevarse nuevamente y conformarse en su más elevada esencia, liberada de toda rívida tensión.

Solo a través de esta «*eterna Vida*» puede «*Dios*» conformarse en el Espíritu, *en el «ser humano» espiritual.*

Si no existieran ni la *hierba* del camino ni el *gusano* que roe las raíces del pasto, tampoco existirías *tú*, ni *el Espíritu*, ni *Dios* en el *Espíritu*.

Si no existiera el *microbio* que, quizá mañana, podría comenzar a *destruir* tu cuerpo, tampoco existirían *tu cuerpo*, *tu alma* ni *la chispa espiritual* que se experimenta a sí misma en ti.

Tampoco existiría, entonces, la *voluntad* del Espíritu, que una vez *estuvo* configurada en *tu* espíritu como *tu Dios* y que ahora quiere *nuevamente* «nacer» en ti como tu Dios.

Y aunque las fuerzas del universo físico se desencadenan furiosamente unas contra otras en su afán de autoafirmación, la naturaleza, en verdad, no conoce ningún «odio».

Es insensato comparar el odio humano con el instinto de los animales que procuran exterminar a otros, pues ellos —como *toda* forma en cuya *manifestación* están presentes los elementos del Ser primordial— solo buscan afirmarse *a sí mismos*.

El «odio», por el contrario, es una desesperada manifestación de *impotencia humana*.

Solo al atribuir la forma de sentir *humana* al mundo animal se pueden explicar, bajo el nombre de «odio», ciertas manifestaciones del impulso agresivo de los animales irritados. Así, resulta evidente que quien crea encontrar entre los animales el mismo sentimiento que el ser humano llama «odio» está equivocado.

El ser humano ha llevado el *odio* hasta incluso los ámbitos *invisibles* del mundo físico, pues hasta sus más terribles *enemigos* en el plano físico invisible *son incapaces* de sentir ese sentimiento de *odio*, ya que su hostilidad hacia el ser humano tiene su origen en motivos *esencialmente muy diferentes*...

Los *más terribles* demonios en el físico invisible fueron, antaño, *seres humanos terrenos* que, a través de su vida terrenal, *se «sentenciaron» a sí mismos*.

Tan alto se habían elevado espiritualmente otrora, tan profundo han caído ahora por debajo de los más deplorables de los seres humanos.

Pueden transcurrir eones hasta que finalmente lleguen a su *aniquilamiento*, pero antes buscarán *arrastrar hacia abajo*, hacia sí mismos, todo lo que su *odio* pueda alcanzar...

Solo a causa de la sensación de su *impotencia*, son estos invisibles *autosentenciados* incitados a su horripilante odio.

El poder, sin embargo, es la más noble *vencedora* del odio...

El poderoso, que es *consciente* de su poder, *lo ama*, y el poder lo convierte también, paulatinamente, en alguien que *ama*.

Pero el amor no *tolera* ningún odio.

Cuanto más despierte la humanidad en sus agrupaciones individuales, que se llaman «pueblos» y «naciones», a la consciencia de su *poder espiritual*, tanto más desaparecerá el odio. Quien es consciente de su poder no *envidia* el poder de ningún otro. No obstante, la *envidia* es, con demasiada frecuencia, la *incitadora* infernal del odio...

Todas *las guerras* tienen al *odio* como padre, y quien *no sepa odiar*, de *nada* sirve para la guerra.

Aún exclaman: «¡Guerra a la guerra!», pero yo les aconsejo que griten mejor:

«¡*Que el odio sea desde hoy despreciado!*»

Solo cuando *el odio* llegue a ser despreciable, llegará también la época que les enseñe a despreciar *la guerra*.

Solo cuando sea *despreciable* todo aquel que pretenda decidir —*por medio del asesinato masivo de seres humanos*— lo que es *argumento y contraargumento* ante la razón de los justos, *solo entonces* podrá el ser humano de la Tierra vanagloriarse, con derecho, de su «*dignidad humana*».

Naturalmente, en las opiniones de los seres humanos siempre habrá *contraposiciones*, pues en ellas también se enfrenta una *voluntad* contra *otra*, y *cada* voluntad busca afirmarse *a sí misma*.

Mas la voluntad en el espíritu humano también está capacitada para *reconocerse* en *la* voluntad *ajena*, lo que permite al ser humano buscar conscientemente la *reconciliación*, la cual protege la *paz* mediante *la disciplina de la voluntad*. Así, esta no solo se querrá *a sí misma*, sino también la voluntad del *otro*.

Hasta que *cada uno* haya *vencido* el *odio* en sí mismo, este camino de la disciplina de la voluntad seguirá siendo transitable para la humanidad *solo por cortos trechos*.

Las consecuencias serán siempre nuevas *guerras*, *hasta que la última huella de odio ya no encuentre morada en el corazón humano*.

Cualquier *otro* impulso para hacer la guerra puede ser *superado* con buena voluntad, pero las olas del *odio* arrastran incluso a las mejores voluntades hacia sus remolinos y abismos...

Oposiciones y competiciones entre argumento y contraargumento desarrollan toda clase de fuerzas e impulsan la corriente de la vida, pero ciertamente no deben conducir a la *guerra*, tal como el *vencedor de un juego* no necesita *aniquilar* a su adversario vencido.

Pero cada ser humano que intenta vencer el *odio* dentro de sí mismo emprende, con esta tarea, la única guerra *«justa»*, la guerra que un día *hará imposibles* las *guerras del asesinato humano*.

No obstante, *ni siquiera* la superación definitiva de las guerras asesinas por parte del espíritu humano logrará que las fuerzas contrarias activas en toda la naturaleza física se unan en una *misma dirección* de anhelo, pues tal unión sería la *destrucción de todo este universo externo*...

El reino de la *«eterna paz»*, que tantos seres humanos nobles han anhelado profundamente a lo largo de las épocas, nos será finalmente otorgado solo *tras* esta vida terrenal, cuando nos encontremos nuevamente en aquella *Luz que, en sí misma, une todo lo que una vez estuvo eternamente unificado con ella*.

LA UNIDAD DE LAS RELIGIONES

En el *núcleo* de *todas* las enseñanzas religiosas del mundo se encuentra *la verdad última*, si bien este núcleo, frecuentemente, conlleva extrañas envolturas...

Es *inútil, vanidoso e insignificante* discutir sobre cuál de ellas refleja la verdad en su estado *más puro*.

Quien sepa *retirar* cuidadosamente todas las envolturas, encontrará, al final, en *todas* las verdaderas «religiones», la gran enseñanza *del eterno espíritu humano*, que una vez estuvo *unido con su Dios* y que *de Él cayó cuando, en su «Yo», se desprendió de su Dios*.

Se le anuncia un «camino» que lo conducirá *de nuevo hacia lo alto*, para *reunirse* finalmente con su Dios, en sí mismo, en su propio «Yo».

Mas dado que esta enseñanza es demasiado *espiritual* y demasiado *simple* para que el ser humano, sumido en un complejo culto sensorial, pueda comprenderla fácilmente, él mismo comenzó a agregar, en torno a esa última y más profunda verdad y enseñanza de salvación, las más extrañas plantas trepadoras. Así, debido a tantas de estas, repletas de frutos de presuntuosa importancia, finalmente ya no supo *distinguir la verdadera enseñanza misma*.

Sin embargo, él aún *presiente* que, *detrás* de ellas y sus frutos pomposos, alguna vez se manifestó *la verdad*. Por ello, sigue adherido, con pertinaz obstinación, a lo que él suele llamar «*su fe*», aferrándose a todas esas *enredaderas*, mediante las cuales *encubrió* la verdad en otro tiempo, permitiendo que ellas la *cubrieran* por completo...

En muchas de las elevadas enseñanzas de antiguas religiones, siempre se encontrará, velada de diversas formas, una reiterada referencia a ciertos *espíritus humanos* que *no* sucumbieron a la caída en la oscuridad, y que, de algún modo, obran en esta Tierra como elevados *auxiliares* de sus hermanos en la oscuridad, con el fin de *liberarlos* de su encadenamiento al animal terreno...

Las antiguas leyendas religiosas cuentan cómo estos auxiliares espirituales se manifestaron, de vez en cuando, *de forma visible* a sus hermanos, o cómo eligieron, entre los «justos», a sus enviados, quienes, *a su vez*, debían difundir la «*Luz*» en su entorno terrenal entre aquellos que se angustiaban en la oscuridad...

Frecuentemente se escuchan palabras acerca de *un santuario en las altas montañas*, del *Monte de Salvación* y de las «*santas*» *montañas*, desde donde provendría la *ayuda*...

Ciertamente, es posible encontrar tales palabras y otras de gran significado en los libros sagrados de todas las antiguas religiones, pero ya *no se entiende* lo que nos quieren decir. Se las toma *como alegóricas formas de expresión* o, en el mejor de los casos, como conceptos *simbólicos*. Así, *lo evidente*, al ser interpretado, se convierte en un *error* autogenerado.

Mas la sabiduría de todas las antiguas religiones provenía *originalmente* solo de la enseñanza dada al ser humano *a través de sus elevados Hermanos, espiritualmente permanecidos* en la eterna «*Luz*»...

Sus «*Hijos*» y «*Hermanos*» en el Espíritu, elegidos entre los seres humanos terrenales, han tratado, por lo tanto, de captar *la única verdad en las más diversas formas*, a fin de poder acercar la «*Luz*» *de la manera más adecuada* a cada tipo particular del ser humano...

Su fuerza auxiliadora ha *sostenido* todas estas proclamaciones...

Aquí se desvela, entonces, la *única* «*fente primordial*» de la cual provienen *todas* las antiguas y genuinas religiones de la humanidad terrenal.

Pero, ¿dónde están los *maestros actuales* de estas religiones que aún *saben* lo que están diciendo con las palabras de los antiguos textos?

Sin embargo, también *hoy*, como en tiempos antiguos, viven en esta Tierra los elevados *auxiliares espirituales* —nuestros Hermanos no caídos— *formados en el Espíritu, en sustancia espiritual eterna*. También en la actualidad, como en tiempos remotos, inician en las cosas del acontecer espiritual y en la última verdad primordial a aquellos que, tras su caída desde la Luz, se muestran dispuestos a llegar a ser sus futuros «*Hijos*» y «*Hermanos*» en visibilidad manifiesta...

El ser humano ha caído *demasiado profundamente* para que, *sin niveles intermedios*, pueda ser *alcanzado* por los más elevados y nunca caídos auxiliares espirituales.

Por ello, preparan a *los* espíritus humanos para que, después del nacimiento terreno, encarnados en el cuerpo físico, puedan constituir dicho «peldaño intermedio»...

En ellos y *a través* de ellos obran los *más elevados* auxiliares, para que la humanidad de esta Tierra nunca quede sin su ayuda.

Nunca ha existido *una* época en la que tales auxiliares, obrando como Hermanos en cuerpo terreno, *no* hayan estado presentes.

En todos los pueblos se les ha podido encontrar.

Quien tenga oídos para oír, percibirá palabras iluminadas de todas las épocas, palabras que la «carne y la sangre» no habrían podido revelar...

Quien quiera llegar a la verdad, que *escuche* tales palabras.

Ellas le señalarán más de un secreto y le descubrirán velos que aún ocultan a su conocimiento la última verdad.

Se necesita solo poca perspicacia para distinguir a los falsos profetas que vociferan en las plazas públicas y que, por cierto, tienen tan poco que decir, de los silenciosos realizadores, los Hermanos de los Radiantes de la Luz Primordial.

Allí donde se erija una *nueva secta*, que también pueda llamarse orgullosamente una nueva «*religión*», sobre alguna antigua ruina de un templo, ciertamente *no* se debe imaginar que *los Radiantes de la Luz Primordial* estén ocultos detrás de tales quehaceres.

Mucho más probable es creer que los príncipes del abismo, que reinan en lo invisible de este mundo físico, los siervos y vasallos del «Príncipe de la Oscuridad», inspiraron tales sectas, aunque se predique vanidosamente el «*amor*» y resuenen, a lo lejos, «grandes» palabras llenas de énfasis.

Lo que los *Realizadores de la Luz* tienen para brindarles, dado que *apenas* logren *salvarse* de las «religiones» y de todo cuanto así se denomina, ciertamente no se les presenta hoy como una «*nueva religión*».

Mas es la *misma verdad* la que yace latente en el núcleo más profundo de las *antiguas y genuinas* religiones.

Aquí, solo se les desprenden las *cáscaras* de este núcleo y se les muestra aquello que, desde hace tiempo, *ya no saben interpretar* como una «religión». Se les presentan *nuevas imágenes, claras y fácilmente interpretables, adecuadas* tanto para la época actual como para *las venideras*, de modo que puedan inclinarse nuevamente con reverencia ante lo que todas las genuinas religiones *encierran en sí mismas*.

La verdad «*desnuda*» tampoco podría ser mostrada por ningún Radiante de la Luz Primordial.

La deben develar *por sí mismos*, en el silencio, *en su interior*.

Solo *en sí mismos* puede manifestarse el más elevado de los milagros.

Solo en el propio «Yo» pueden *volver a encontrar* lo que *perdieron antes* de su vida mortal en la Tierra.

No son solo los *animales* mejor dotados de inteligencia en esta Tierra, como se consideran según su naturaleza externa y su historia.

En su interior se esconde algo mucho *más profundo y elevado*.

Están acostumbrados a referirse *a sí mismos* mediante la palabrita «Yo».

Sin embargo, aún no saben *qué es ese «Yo»* porque el «Yo» es *infinito y vivenciable en incontables niveles del ser despierto...*

En cada uno de estos «niveles», se percibe, por toda la eternidad, siempre un nuevo y más elevado nivel de experiencia, por encima de sí mismo...

Cada «nivel» de esta clase cuenta con incontables niveles, descendiendo hacia abajo, hacia las profundidades más profundas...

Pero todavía viven como los animales, que no llevan el «Yo» dentro de sí, aunque sus vidas estén adornadas con «ciencia» y «arte», y su existencia esté abundantemente saturada de placer.

Cuando algún día lleguen a reconocerse a sí mismos, recordarán con horror y estremecimiento los días que hoy viven con inocencia y ligereza, como si tal existencia abarcara las formas más elevadas de vida a las que podrían aspirar...

LA VOLUNTAD HACIA LA LUZ

Sé que muchos de los que lean estas palabras se encuentran con una realidad que les parece *completamente ajena* y que, seguramente, perturba su propia visión del mundo, *formada* con ingenuidad o *asumida* con obstinación como verdadera, de modo tal que rechazan con desdén lo que aquí se les alcanza, «no totalmente por casualidad».

Los que inamistosamente se enfrentan a ella, *difícilmente podrán impedir* que la *realidad permanezca* tal como *es*, como siempre *ha sido* y como tendrá que *ser*.

Que nadie se engañe.

Aquí no habla un iluso que narra sus extasiados sueños.

Aquí no habla un poeta que pretende describir su visión.

Lo que aquí se ofrece es una *guía* segura, y cada palabra está fundamentada en la más profunda *realidad*.

Quien, hasta ahora, *no* haya podido *reconocer* esta realidad, puede *aprender* a reconocerla, pues aquí se le muestra el «camino» hacia un conocimiento que abarca y sobrepasa ampliamente todo otro «conocimiento».

Mas cada uno hará bien en contar, desde el principio, con que los *aspectos primordiales* del acontecer espiritual, iluminados en este libro desde diferentes ángulos, son *realidades* —mucho «más reales» que *todo* aquello que el lenguaje cotidiano llama «real»— y que ejercen su acción de manera *permanente*, aunque el ser humano de la Tierra *no* sepa aún nada de ellos, e incluso cuando *no* quiera reconocer su acción...

Ciertamente, algunos que ahora oyen hablar aquí de estas cosas sacarán también *la conclusión* de que quien aprende a conocer la «realidad» *en sí mismo* se beneficiará. Entonces, no quedarán dudas de que lo que él antes llamó su «visión del mundo» no era más que una *imagen engañosa*, aunque le haya *parecido* muy «verdadera», pues confiaba en la *apariencia externa*, incluso cuando creyó que los reflejos de su *pensamiento* estaban *iluminados* desde *lo más profundo* de él.

«*Detención es retroceso*», dice un proverbio, pero en verdad, la detención es mucho peor que el retroceso, ya que el retroceder también puede conducir hacia nuevos valores, algo que jamás alcanza quien es demasiado cómodo o demasiado obstinado como para renunciar a su «punto de vista» en favor de la búsqueda espiritual.

Pero quien teme al *retroceso* también tiene motivos para mirar el *progreso* con *cierto recelo*...

No existe un progreso ilimitado aquí en la Tierra.

Todo desarrollo humano está sometido a *la ley del movimiento oscilatorio*.

Los seres humanos de la actualidad han *perdido* mucho saber y habilidad que, en tiempos pasados, sus lejanos antepasados consideraban «*imperdibles*», y allí donde aquellos antecesores sabían y podían hacer *muy poco*, hoy en día se ha alcanzado un *alto grado* de conocimiento y capacidad.

Lo único que la naturaleza no tolera es el detenimiento.

«¡Oh, si fueras frío o caliente! Pero ya que eres tibio, te escupiré de mi boca»¹¹.

Así ha hablado la «ley» eterna a lo largo de todas las épocas, y aún hoy no ha modificado sus palabras...

Quien espiritualmente permanece en la oscuridad aún no ha despertado *la voluntad* hacia la Luz.

Bien podría «*desear*» estar en la Luz, de la que oye hablar a otros, pero aún no lo *quiere* de verdad.

En cuanto realmente *lo quiera*, habrá *comenzado a andar* por el «camino» que conduce a la Luz.

Si la luz del Espíritu es un «*valor*» para ti, por el que decides aplicar *toda tu fuerza*, entonces, *sin duda*, un día podrás *acercarte* a la luz.

¹¹ Cf. «Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca» (Apocalipsis 3:15-16, RVR).

Mientras tu ojo espiritual siga cubierto por un espeso manto, es imposible que puedas «ver».

Únicamente tu *voluntad*, no tu «*deseo*», puede *apartar* este espeso manto.

Si llevas en ti la *voluntad hacia la luz*, ciertamente *llegarás* a la luz, no importa si te acercas a ella como una persona de fría precaución o como un ser ardiente y enardecido.

Un querer *a medias* no te llevará hasta la meta.

No existe, en todos los espacios del universo, ni por encima de todas las estrellas, *un Dios externo* accesible a ti, que pueda oír tus inútiles ruegos...

Tienes que *querer* ayudarte *a ti mismo* si quieres que *tu Dios*, que solamente *en ti mismo* te es accesible, te envíe una *ayuda* elevada, de acuerdo con el orden primordial establecido *en Él*.

En tu «Yo» está contenido todo el *Ser*, y todo *parecer* lo creas únicamente para ti, inconscientemente, *a partir de las fuerzas* de tu «Yo».

Tú mismo *te separaste* de tu Dios *antes* de tu existencia terrena, cuando dejaste de *reconocerlo* en tu «Yo», pues te buscabas *a ti mismo* allí donde solo *tu Dios* podía ser encontrado...

Así, «Dios» devino para ti en un «otro», y tú le fuiste «*extraño*».

Ahora divides en tu imaginación tu «Yo», y te parece que hay en ti un «Yo» más «*alto*» y otro más «*bajo*», porque aún no conoces *la totalidad* de tu indivisible, inseparable y único «Yo».

Pero no existe en ti *ningún Yo* «*más elevado*» ni «*más bajo*», sino que en tu *único «Yo»* se oculta *toda la infinitud*, abarcando tanto *la profundidad más honda* como *la altura más alta* del mundo espiritual...

Tú mismo debes elegir —y aquí, tú «*eliges*» solo a través de la *acción*— *lo que deseas* que se *revele* en tu «Yo»...

En tu propia infinitud, en el centro del Ser abarcado por tu «Yo», «nacerá» de nuevo *tu Dios*.

Incluso entonces, lo percibirás *al principio* como *otro* ser, hasta que finalmente reconozcas que Él *te abarca a ti mismo en todo tu indivisible «Yo»*.

LAS ELEVADAS FUERZAS DEL CONOCER

Creen en el «progreso» y no reparan en que, a lo sumo, dan vueltas en círculo.

Inquietos, se esfuerzan por *deshilacharlo* todo, por *desmenuzarlo* todo, por *desarticularlo* todo, y ciertamente no se puede negar que, de este modo, han adquirido algún conocimiento. Así, les parece seguro que su hacer los llevará, algún día, a la solución de todos los enigmas de esta naturaleza perceptible por los sentidos.

Sin embargo, todo lo deshilachado seguirá deshilachándose indefinidamente, todo lo desmenuzado seguirá desmenuzándose hasta el infinito, y siempre descubrirán, nuevamente, que aquello que creyeron haber desarticulado hasta la última partícula, aún puede desarticularse en partes más pequeñas...

Y allí queda establecido el límite de su investigación, solo a causa de la incapacidad terrenal de *continuar* deshilachando, desmenuzando y desarticulando.

La presión por tener que terminar condiciona los resultados de su investigación.

Sé bien lo que la humanidad *le debe* a este modo de investigación, y está muy lejos de mi intención menospreciar su manera de pensar...

Pero también veo *el lado oscuro* de este tipo de investigar, y cómo se dejan *deslumbrar* por los resultados de su investigación, lo que, a su vez, los aleja cada vez más de *una forma diferente* y, por cierto, *más importante*, de investigar...

A su manera, ciertamente han *descubierto* cosas dignas de asombro e *inventado* cosas dignas de admiración.

Esto, sin embargo, no debería seducirlos a una supuesta *creencia superior*, la de que algún día podrán alcanzar el conocimiento de aquellos ámbitos que *se burlan, por toda la eternidad, de la posibilidad de toda descomposición mecánica y que no pueden ser aprehendidos por ningún instrumento.*

Cuando, finalmente, las partículas más pequeñas de una forma física llegaron a ser también aprehensibles, se conquistó, por cierto, la posibilidad de que la inteligencia sacara sus conclusiones de hechos mecánicos.

De este modo, se puede, por último, llegar a encontrar, descubrir e inventar cosas significativas para nuestra vida terrenal.

Pero la esencia más *primordial* de la forma, tal como ha sido descifrada, les *ha permanecido tan ajena* como antes.

Todo reconocimiento a su trabajo y a los resultados que han logrado. Solo que, a la «*cosa en sí*», no se han *acercado*, aun cuando reconozcan toda la materia visible en sus más pequeñas *partículas* y su maravilloso ordenamiento, aun cuando *conozcan toda la forma de acción* de estas partículas y aprendan a *dirigir* sus fuerzas de tal manera que puedan activarlas según su voluntad..

No es bajo el microscopio donde se encuentra «la cosa en sí», y jamás un telescopio les revelará lo que «*mantiene unida en sí*» a una lejana formación cósmica.

El impulso de investigar les es innato y reclama satisfacción.

Mas han confiado el trabajo de investigación únicamente a *lo más sutil del «animal»* en sí mismos, dejando desatendidas, en penumbra y sin desarrollar, *las elevadas fuerzas del alma* que podrían estar aquí a su disposición ...

Así, el «animal más sutil» construye su vehículo de pensamiento y sus visibles instrumentos, con el fin de *extender* el pensar y investigar hasta el infinito. No obstante, los resultados solo conducen a nuevas *preguntas* y finalmente quedan desorientados, detenidos ante ellas.

Ciertamente, en *tiempos antiguos* hubo quienes consideraban su *forma* de investigar como una *necedad* y que, con las fuerzas más elevadas y unificadas de su alma, resolvieron, *sin sus aparatos*, los últimos y más profundos interrogantes.

Ellos llegaron al fondo de todas las causas, mientras que hoy *solo se amplía la superficie*.

Saben hablar inteligentemente de todas las cosas, de *cómo* son tal como se muestran, del *porqué* de que una vez se *produce* su efecto, y otra vez *fracasa*, y de muchas otras cosas más; pero jamás penetran hasta las últimas causas.

Lo que llaman «causas» es, en realidad, nada más que los *efectos* de *causas* anteriores, ya que *detrás de ellas* yacen las verdaderas *causas*, que ninguno conoce por experiencia...

Si aprendieran a *dominar las fuerzas del alma* desde su «Yo», tal como *quieren* ser dominadas, estas *también* les iluminarían *las últimas causas*, ya que ambas son de la *misma naturaleza*, aunque *no* se manifiesten de la *misma manera*...

Esta clase de «causas» se hace evidente solo en *aquellos* que ya saben utilizar las fuerzas del alma, mientras que *sus* comprobaciones son, al menos, *más fáciles* de lograr, aunque *solo* sean comprensibles *para quien* haya incorporado las condiciones sobre las cuales descansan sus demostraciones.

Cada *fuerza* se *desarrolla* únicamente a través de la *dedicación*.

Si no *aprenden* a utilizar desde el principio sus *fuerzas del alma* en las cosas pequeñas, jamás se fortalecerán lo suficiente como para que puedan manifestarles sus elevadas maravillas.

Aquí hay mucho por comprender, y ciertamente valdría la pena que un ser humano dedicara a ello toda su vida, aunque se prolongara cien años en la Tierra...

Pero primero deben llegar a ser *sencillos*, tal como lo son las últimas cosas, antes de que lo más simple se les *revele*...

Se han vuelto *demasiado complicados* en su pensamiento como para que, *sin* «volver a aprender», puedan *captar* lo *real* en su sentido más profundo.

Aquí espero que la experiencia terrena, accesible a todos, les ofrezca enseñanza:

Muchas cosas les parecieron, no hace mucho, una «*confusa superstición*», hasta que su propio proceso de investigación les permitió reconocer que dicha superstición se basaba en una *comprensión* que antes les era *inaccesible*, mientras que mentes *de pensamiento muy sencillo* supieron cómo *alcanzarla*.

Cada uno tendrá a su disposición suficientes ejemplos, por lo que puedo prescindir de mencionarlos aquí.

Así también, hoy en día, existen muchas cosas ocultas en las *leyendas*, los *mitos*, las creencias populares e incluso en algunas de las «*supersticiones*» más extendidas, que, en épocas *venideras*, saldrán a la luz *como el conocimiento más maduro*.

Que aún hoy *no* sea reconocido *por aquellos* que lo buscan «científicamente» por *caminos completamente diferentes* se debe a la *enorme complejidad* de nuestro pensamiento «profesional» común. Este pensamiento *no quiere* conformarse más con conceptos *simples*, porque *no puede* disponerse a ello sin olvidar la *mayor* parte de su educación previa, aunque esta haya tenido lugar solo en una «*escuela primaria*».

Así, muchas cosas están a menudo como «*selladas*» para la investigación externa, y solo *con gran esfuerzo* se llega a conocer *algo de ellas*.

Pero a las *fuerzas del alma*, mientras estén suficientemente *desarrolladas*, *nada* de esto puede permanecerles *oculto*.

Está en su mano que, en días *venideros*, sus nietos tengan que *doblegarse* ante hechos que *podrían* reconocer ahora, o legarles un saber que *no necesiten corregir* previamente...

Todo conocimiento verdadero, *oculto en la leyenda y la superstición*, procedía *en su origen* de seres humanos que sabían *utilizar* las fuerzas de su *alma*. Sin embargo, la oscuridad interna de aquellos que les siguieron *les impidió concebir* lo que les había sido dado, de modo que la *verdad* primordial pronto quedó completamente cubierta por una agreste maleza de fantasía confusa, y ahora apenas puede separarse de la planta trepadora en su forma pura.

En cambio, la búsqueda perseverante y llena de confianza en el alma abrirá al buscador la *misma fuente* de la que otrora bebieron *los sabios de épocas antiguas*. Así, de inmediato *poseerá* con toda claridad lo que, bajo la maraña de la superstición, apenas es reconocible, pero que le resultará plenamente comprensible gracias a *su propio* conocimiento.

Sin embargo, sin una búsqueda perseverante en el propio *interior*, realizada con el *mismo* valor y la *misma* constancia con los que hoy aún buscan hacia *afuera*, *jamás* se les *revelará* lo que esas fuerzas ocultas *en sus almas* pueden llegar a hacer.

Son los depositarios de elevadas «*fuerzas milagrosas*», *mientras* se empeñan en lo externo solo por un miserable lucro.

Las elevadas fuerzas del conocer, a las que aquí trato de orientar el sentido, están en *cada* ser humano, sin embargo, duermen un sueño profundo hasta que el dueño las *despierte* y las *unifique con su voluntad*...

La mayoría de los seres humanos se preparan para el último sueño, sin haber *sospechado* jamás los *tesoros* que su alma les ofrecía...

Dichoso aquel que sepa despertar a tiempo esas fuerzas del conocer dentro de sí mismo.

Encontrará ya aquí, en la Tierra, su verdadera vida y reconocerá aquí, en lo mortal, su inmortalidad.

¿Acaso no es esta la verdadera finalidad de toda instrucción espiritual? ¿De qué serviría hablar aquí de lo *espiritual*, que nos está eternamente reservado, si estuviera tan alejado de la capacidad vivencial del ser humano en la Tierra que no pudiera ser aprehendido durante su vida terrena?

Solo *aquello* que ya hemos *vivido* aquí, *en lo terrenal*, podrá guiarnos y anunciarnos una *nueva* vida cuando, algún día, dejemos atrás esta existencia terrenal.

DE LA MUERTE

Ahora nos encontramos ante el oscuro pórtico por el cual los seres humanos deberán cruzar cuando abandonen definitivamente la Tierra.

Mucho te fue *prometido*, y con mucho se te *amenazó* acerca de lo que podrías encontrar detrás de este pórtico.

¿No sé a *cuál* de estas enseñanzas brindas tu fe?

Pero todas, obligadas por la experiencia cotidiana, coinciden en un punto. Nunca podrás regresar *en tu cuerpo terreno* una vez que lo hayas abandonado.

Muchos te dicen que *regresarías* en un *nuevo* cuerpo en un *tiempo posterior*, e idearon maravillosas «reglas» según las cuales se determinaría el *momento* de tu regreso a un cuerpo terreno.

Otros te dan *por aniquilado para siempre* con la muerte de tu cuerpo terreno, ya que solo confían en la *apariencia visual* que, tras la muerte de un ser humano, les muestra un rígido «*cadáver*», y fuera de eso, *nada* les permite deducir que ese ser humano, de alguna manera, *estuviera con vida*.

Ambas formas de creencia son erróneas.

Tú mismo difícilmente regresarás, mas nadie sabe cuántas de las *fuerzas de tu alma* habrás *unificado contigo* hasta ese entonces, ni cuántas serás capaz de *conservar* una vez que te separes de esta existencia terrenal.

Las fuerzas que no hayas *unificado* hasta aquí deberás *abandonarlas*, al igual que el cuerpo de esta Tierra. Y así como las fuerzas desprendidas de la forma temporal de este cuerpo terreno se transforman luego en *otras* formas de vida, las *fuerzas del alma* que dejes atrás buscarán otro campo de acción en otro ser humano.

También en ti obran actualmente muchas fuerzas del alma que, otrora, actuaban en *otros* seres humanos *antes* de tu vida terrenal.

Así se podría distinguir a los seres humanos con razón como los «*de alma más joven*» y los «*de alma más anciana*», según el tiempo que sus fuerzas del alma hayan actuado en seres humanos anteriores...

Entre los seres humanos actuales que viven simultáneamente en la Tierra y cuentan con la misma cantidad de años desde su nacimiento terrenal, hay muchos con fuerzas del alma más «*jóvenes*» que las que les son propias de la gran mayoría, e igualmente hay no pocos con fuerzas del alma mucho más «*ancianas*»...

A estos casos especiales se los podrá reconocer *en la vida externa*, cuando la persona en cuestión siente de manera sorprendentemente *distinta* a la mayoría de sus congéneres y contemporáneos. En cierto modo, «*sale*» de su época y muestra, ya sea inclinaciones que habrían correspondido a *una época recién concluida*, o bien aquellas que buscan manifestarse conforme a *una época cultural muy remota*. Lo cual no excluye que *ambas* formas, durante su *vida terrenal*, busquen expresarse *conforme a su propio tiempo* y sepan transmitirle sus *valores*, a menudo *elevados* ...

La abundancia de las fuerzas que conforman tu «alma» cambia continuamente mientras vivas en el cuerpo terreno.

Ora son *más*, ora *menos*, las fuerzas del alma que actúan en ti...

Apenas podrás dejar de recibir, durante este tiempo terreno, una «*herencia*» de algunas de las fuerzas del alma de un ser humano al que sientas como «*cercano al alma*», tras su muerte. Porque son *extraordinariamente escasos aquellos* que han logrado «trasladar» todas las fuerzas del alma *unificadas dentro de sí, y ellos mismos, unidos con su Dios, a su vida post-terrenal*...

La mayoría de los que «mueren en la Tierra» dejan tras sí una cuantiosa «herencia».

Para el ojo *espiritual*, tu «alma» es *una «nube» luminosa y viviente*, formada por *incontables «puntos» radiantes* que representan tus *fuerzas* del alma. Esta nube de luz se *encuentra en continua transformación* mientras vivas en la Tierra...

Mas no es *la poderosa abundancia* de tus fuerzas del alma lo que constituye la «riqueza» de tu alma, sino *la unificación* de las fuerzas del alma activas en tu «Yo», en tu *voluntad* gestada por el Espíritu.

Tú habrás de conservar como *una propiedad permanente solo aquellas* fuerzas del alma que hayas logrado *unificar* en ti cuando llegue la hora de despedirte de esta vida terrena...

Si no te has *unificado* con tu Dios *aquí en la Tierra*, entonces *tampoco* estarás unido con Él *después de la muerte de tu cuerpo terrenal*.

Vivirás entonces como un «Yo» en el Espíritu universal, *en tu forma espiritual sustancial*, y, de acuerdo con lo que hayas logrado obtener para ti de lo *espiritual* durante la vida en el cuerpo terrenal, así estará configurada esa forma, y en ella tendrás poder para manifestarte...

Bajo una elevada orientación, seguirás avanzando en tu «camino» hasta que un día *tu Dios* pueda conformarse en ti...

Pero entonces, el tiempo hasta esa reunificación te parecerá como una «eternidad», ya que también en la existencia espiritual, *libre del cuerpo terrenal*, existe algo correspondiente a lo que aquí es la percepción del espacio y del tiempo...

Te faltará entonces el poder para seguir *modificando*, de acuerdo con tu voluntad, el alcance y el número de las fuerzas restantes de tu alma, y solo a través de sus posibilidades de manifestación te será posible toda *vivencia* espiritual...

Entonces tendrás que conformarte *eternamente* con aquello que, durante tu vida terrena, lograste *unificar* en cuanto a las fuerzas del alma...

Un «Yo» humano que entró en la vida del *Espíritu* para consumir en él su «camino» hacia *Dios*, *por muy pobre que sea en fuerzas del alma*, jamás sentirá siquiera la más leve «añoranza» por regresar a la *vida corporal terrena*, sin importar lo que haya tenido que dejar atrás...

No obstante, *existe* un tal regreso modificado, pero solo en tres casos especiales:

Para *aquellos* que deben soportarlo *como consecuencia de su accionar perjudicial* en el cuerpo terreno...

Para aquellos que *impidieron* que su cuerpo terreno siguiera viviendo y continuara experimentando, suponiendo que, a través de la muerte, podrían sustraerse a un suplicio que les parecía intolerable o de cualquier otro sufrimiento...

Y, finalmente, para aquellos cuya vida terrenal fue *demasiado corta* como para haber unificado alguna fuerza del alma en su voluntad, lo que les habría impedido alcanzar la *vivencia* espiritual, si no se les hubiera dado la posibilidad de obtener fuerzas del alma una *segunda vez*, posibilidad que solo la *vida terrenal* puede ofrecerles...

El mismo argumento es decisivo también para *las dos primeras categorías*, donde un «Yo», llegado el caso, no hubiera logrado *unificar* en sí *ningún tipo* de fuerzas del alma durante una vida terrenal *suficientemente larga*, debido a que *lo animal* de su portador en la Tierra *asfixió* tal voluntad. O un «Yo» que *abandonó* todas sus fuerzas del alma ya unificadas en sí, en el momento en que sucumbió a la *compulsión mental* de tener que *aniquilar* a su portador terreno, como el organismo de automanifestación que le había sido otorgado para ese tiempo...

A los seres humanos para quienes he escrito estas enseñanzas, debe bastarles ahora saber que, *solo por propia culpa*, podrían verse obligados a soportar una *segunda vez* las aflicciones de la vida en el cuerpo animal, expuesto a todas las fuerzas e influencias de este mundo material...

Sin embargo, los espíritus humanos que, debido a inexorables leyes físicas, perdieron *prematuramente su organismo de automanifestación terrena*, lo recibieron *una segunda vez*. Y, aunque *esto*, como consecuencia de dichas leyes físicas, hubiera sido *inútil*, e incluso si lo hubieran adquirido *varias veces* —siendo también válido para *las dos primeras categorías*— comenzarán a intuir, cada uno, todo lo que la vida terrena significa para el «regreso» del espíritu humano una vez «caído», y lo percibirán en su corazón, *llenos de gratitud*, como el necesario efecto de *Amor* que *abarca* todo lo espiritual, aun cuando haya *caído muy profundamente*...

Que todo aquel que lea estas palabras pueda guardarlas en su corazón, y que aprenda, cada vez más, a reconocer que *su existencia terrena* le otorga el *poder* extraordinario de *determinar por sí mismo su futuro destino*.

Cómo debe ser utilizada correctamente esa fuerza está indicado en este libro.

Que nadie se preocupe por aquellos que han muerto en la Tierra y que se «trasladaron» *sin* haber logrado, en su vida terrenal, que *su Dios* «naciera» en ellos, *sin* haber podido *unirse con su Dios* a través de las fuerzas de alma unificadas en su «Yo».

También a ellos los abarca verdaderamente el *Amor* eterno.

Ellos encuentran en *todos* aquellos que alguna vez *alcanzaron* la unificación con su Dios a sus más fieles ayudantes, pues todas las fuerzas del alma «están conectadas» entre sí en el Reino del Espíritu sustancial. Y lo que los unificados en Dios *lograron* ya en la Tierra, y lo que *logran* en el Espíritu, esas fuerzas continúan «dirigiendo» también hacia aquellos en quienes su Dios *aún no* ha «nacido» en el «Yo».

Pero, al mismo tiempo, esta ayuda es guiada por *aquellos que nunca han caído*, los que, en el Reino del Espíritu, conducen *de regreso a la Luz primordial* a los espíritus humanos una vez caídos, igual que aquí sobre la Tierra, siempre que encuentren *voluntad* para el regreso...

Haz esfuerzos *para alcanzar* ya aquí en la Tierra *tu más elevada meta*, pero no te angusties por *aquellos que no* han podido lograrlo aquí.

Pero también puedes ofrecerles *tu ayuda* si los recuerdas *lleno de un amor viviente*.

Todos ellos estarán algún día *unidos contigo en su Dios*...

En ti, unificado con tu Dios, estarás un día conscientemente unido a todos aquellos que puedas abarcar con tu amor.

DEL ESPÍRITU

Viven en un mundo donde lo «espiritual» es visto como una actividad intelectual.

Lo que este mundo entiende por «Espíritu» tiene que ver con lo *conceptual*, el *pensamiento* o, incluso, con la *virtuosidad* de establecer, mediante chispazos de consciencia, sorprendentes relaciones entre lo diverso.

Para el «Espíritu» que ilumina el mundo *como una realidad sustancial*, todo aquello que los seres humanos de estos tiempos *denominan* «espíritu» no es más que una simple herramienta de conocimiento terrenal, demasiado terrenal...

El mundo en el que viven solo conoce la «herramienta» del Espíritu y, al poseerla, cree poseer también al «Espíritu» mismo.

Así fue como el «espíritu del mundo» les deslumbró el «ojo del alma».

Les será muy difícil *resistirse* a quien ahora los *domina* y los lleva adonde quiera.

El Espíritu, que vive consciente de sí mismo en su propia luz, no es algo nebuloso ni algo que se pueda percibir solo por medio de una fe simple.

Él no es solo tan «real» como un árbol, una piedra, una montaña o un rayo que cae desde la nube en las alturas, sino que, además, nuestro concepto terrenal de la «realidad» *solo* puede alcanzar su *correspondencia total en Él*, algo que no se encuentra aquí en la Tierra...

Si ya ningún objeto de la realidad *relativa* es modificado *en sí mismo* por la *imaginación* de un cerebro humano, ¿cómo pueden suponer que la realidad *absoluta* pueda transformarse según su propia ilusión?

Las imágenes de su imaginación no rozan ni siquiera la más pequeña cosa terrena *en el fondo de su existencia*. De igual manera, *el Espíritu de la Eternidad* no se deja afectar en absoluto por aquello que pretenden *denominar* «espíritu», en tanto no puedan *comprender en sí mismos* su *existencia sustancial*...

Quizá *hoy en esta hora* crean reconocer la veracidad de mis palabras, pero *mañana* los seducirá de nuevo el «espíritu» *de este mundo*.

Hoy querrán *huir* de él en busca del *verdadero* Espíritu, pero temo que *mañana* quedarán nuevamente cegados por el «*espíritu*» *de los cerebros*.

Hoy creerán *vislumbrar* algo sobre la existencia del *Espíritu sustancial*, pero *mañana* les invadirá otra vez el *desaliento* y la *duda*, y renunciarán al esfuerzo de buscar aquello que hoy creyeron casi «alcanzable».

Siempre han actuado así cuando alguien les ha hablado del Espíritu, alguien que *tenía derecho* a hablar *del Espíritu que ilumina el universo*, pues vivió en Él y, por lo tanto, pudo dar testimonio a partir de *su propia experiencia*.

¿Mas habrá *acaso* quienes estén *realmente dispuestos* a consagrar todas sus fuerzas para, algún día, *experimentar por sí mismos la realidad* de la cual hablo, en su indescriptible, elevada y poderosa *simplicidad*?

A *ellos* quiero dirigirme, pues solo a *ellos* podrán ser de utilidad mis palabras.

A quienes están decididos a darle al «espíritu» de los cerebros *solo* lo que *le corresponde*, con el fin de que no les engañe más respecto *al conocimiento del eterno Espíritu sustancial*, les digo una vez más, para que lo graben en su corazón:

El Espíritu no es algo pensado.

El Espíritu no es la fuerza del pensamiento.

El Espíritu es luz viviente, sustancial, que existe por sí misma.

Todas las inmensidades están llenas de ese Espíritu y todo vive de Él, pero el ser humano no puede encontrarlo en ninguna parte, excepto *en sí mismo*.

Él *es y vive* en su interior, *consciente* de sí, así como en toda la inmensidad del Todo, *consciente de sí mismo*.

No se encuentra *solamente en sus cerebros*, ni *únicamente en sus «corazones»*.

Aunque el cuerpo del ser humano sea de naturaleza *animal*, esconde misteriosamente un organismo *espiritual...*

El ser humano es un *«templo»* del Espíritu, y *en cada uno de sus miembros*, como *en cada órgano interno*, se encuentra *un santuario sagrado sobre un altar invisible...*

Por lo tanto, hasta que no se perciban *a sí mismos en todo el cuerpo*, desde los pies hasta la coronilla, jamás podrán percibir *el Espíritu*, ni lograrán *unificarse con su Dios*.

Este sentirse a sí mismo por todo el cuerpo, que alberga en su interior un santuario del Espíritu, debe ser su tarea preferencial, y ya está implícito en todo lo que he dicho hasta ahora, aunque desde *otra perspectiva*.

Aquí quiero hablar *específicamente* de ello.

Deben esforzarse por *ser conscientes*, no solo en el *cerebro*, ni solo en el *«corazón»*.

La *consciencia* habita en su interior, desde *lo más íntimo* hasta *lo más externo* de su cuerpo, e incluso en cada una de sus *células*, mas todavía no está unificada con la *consciencia de sí mismos...*

Pero si lo *desean* y permanecen *firmes* en su empeño, entonces podrán, poco a poco, encontrar en cada parte de su cuerpo terrenal la consciencia que le corresponde y unificarla con la consciencia de su Yo, de modo que ya *no* sabrán solo un poco sobre sí mismos *en la cabeza*, y, allí, solo a *través del cerebro*.

No obstante, cuidense de no irritar ni sobreexcitar sus *nervios*, pues *esta* clase de «consciencia» por todo su cuerpo ya la conocen *demasiado bien*.

Quien, después de cada avance en el camino, no se haya vuelto emocionalmente *más sereno y claro*, no está en el camino *correcto*.

Si desean alcanzar la meta, entonces, *en completa quietud del cuerpo, del alma, de los nervios y de los pensamientos*, deben esforzarse por sentirse en cada átomo de su cuerpo, desde su alma, como «*alma*» de ese átomo, a fin *de unirse con la fuerza primordial del alma*, que *en él y con él* les ha sido dada...

No es necesario realizar «ejercicios» especiales, ni aquí son útiles ni necesarios los esfuerzos compulsivos.

Si, en un *sentir* relajado *por todo el cuerpo*, se dedican, tan frecuentemente como estén dispuestos y el tiempo lo permita, a obtener sin interrupciones tales percepciones, después de semanas o meses, los primeros frutos se manifestarán.

Pero no olviden que solo deben aprender a sentirse *a sí mismos* en cada órgano del cuerpo, y *no al órgano como tal*.

Cuando logren «*sentirse a sí mismos*» desde adentro y desde afuera, de abajo hacia arriba, se asombrarán y, con gratitud y gran alegría, experimentarán lo que *realmente* es esta vida terrena, que hasta hoy aún les parece tan «incompleta»...

Con ello, todo su cuerpo experimentará una *renovación* inesperada...

Aquel a quien *le falte* algún órgano de su cuerpo debe saber que cada órgano existe en una sustancia *espiritual*, incluso si nunca *ha existido* externamente, y que, de la misma manera, cada órgano *permanece* en forma *espiritual*, aunque haya sido *separado* externamente del cuerpo.

En el «cuerpo» *espiritual*, no existe mutilación alguna.

En su «cuerpo» *espiritual*, cada ser humano es un centro convergente de toda belleza, la cual puede transmitir a su «*alma*», en la que el cuerpo espiritual *se «vivencia»*. Aquellos que «ven» en el Espíritu solo perciben lo que *ha sido formado a través de las fuerzas del alma*, y no alguna carencia del cuerpo físico causada por la influencia *material*.

Al haber llegado a este punto, al percibirse a sí mismos *como un todo en la totalidad* del cuerpo, sabrán también *honrar* verdaderamente al cuerpo como lo externo del «Templo», que encierra el misterio sagrado de la vida espiritual, velado a toda percepción física, tal como *solo el espíritu humano puede alcanzar y experimentar* en su regreso a la Luz de la cual una vez se separó...

Aunque, antes de ello, debe mostrarse que el alma ya ha alcanzado tal madurez que permita al «anciano» Hermano espiritual, quien la percibe, ofrecerse a ella como guía y conductor.

Sin él, difícilmente alguno alcanzaría *en esta vida terrenal la consciencia en el Espíritu que lo abarca todo*, aunque se percibe conscientemente el «cuerpo» del espíritu en el cuerpo terrenal.

Ninguno de sus esfuerzos es en vano, pero el *premio de la victoria* solo se les concederá una vez que hayan *completado el elevado camino*, el cual solo es *accesible* bajo una *conducción interna y espiritual*...

Sin embargo, mucho también estará al alcance por la propia *perseverancia*.

Apenas hayan aprendido a sentir, a través de todo su cuerpo terrenal, el *cuerpo* espiritual, comenzarán, sin necesidad de una voluntad determinada, a «*respirar*» el Espíritu en sí mismos y en el universo. Y con ello, muchos experimentaron tal alegría, suficiente para permanecer por largo tiempo en ese estado, reconociendo que aún no estaban maduros para una experiencia *más elevada*...

Acepten, por lo tanto, sin preocupaciones, lo que se les ofrece y confíen en la *ley del Espíritu*, que no conoce *arbitrariedad* alguna y siempre obra *lo mejor para cada ser*.

El camino hacia lo «*más interno del Oriente*» se encuentra extendido y transitable ante sus ojos, y será *su voluntad consciente* la que determine si pronto se les verá en él...

Las tierras de «lo más interno del Oriente» contienen *muchas* moradas, y a todo buscador serio se le concederá *su* propia morada allí, jamás la de *otro*...

Aquí prevalecen leyes del acontecer, no menos determinadas que en el mundo externo.

Tampoco ningún *Radiante de la Luz Primordial* puede doblegarlas.

Él solo conoce su manera y su obrar, y toda su aspiración consiste en guiar a la humanidad, que, en su momento, sostiene el globo terráqueo como algún día a las futuras generaciones, hacia su *felicidad*, hacia su *más elevada* meta.

Para ello sirve su anunciación.

Para ello, *la ley espiritual* le ayuda, a la cual *sirve* con todas sus fuerzas...

Él obra desde el *Espíritu*, que es el *Ser primordial*, y obra únicamente *desde la fuerza* del Espíritu.

Desde el eterno Espíritu sustancial, «*Dios*» se forma, como un «destilado» del Espíritu, en cada ser humano, quien, con fervor, aspira a su Dios, esperando pacientemente el día en que se encuentre preparado de tal modo que su «Dios» pueda «nacer» en él mismo.

Dios es Espíritu, pero *la más elevada autoformación del Espíritu*.

Formándose a sí mismo, de sí mismo, la forma más elevada del Ser del Espíritu se revela como «*Dios*».

LA SENDA DE LA PERFECCIÓN

Elige, oh buscador, *ya para tus primeros pasos* la senda *de la verdadera luz*. De lo contrario, un día te dejarás fácilmente seducir para transitar la terrible senda de *la tornasolada serpiente*, una vez que hayas alcanzado el pie de la «gran montaña». Si bien se puede llegar hasta allí, aunque con dificultad, por otros *sinuosos senderos*, es mejor seguir la senda que *los Radiantes de la Luz Primordial* han trazado a través del desierto.

Tú *puedes* elegir, *desde el principio*, esta senda de la verdadera luz, una vez que, con tu gran y pura voluntad sepas *apartar todos los bajos «deseos»*.

¿*Pero podrás «elegir» aún «la noble senda de la sabiduría»*, que te conduzca hasta las altas y luminosas cimas, *cuando*, cargado de «deseos», veas ante ti al final del camino a través del desierto las escarpadas rocas y, jadeante, avizores la última meta?

Sabe que, entonces, la luz de la verdad se presenta ante el ojo de tu alma *solo como un lejano resplandor* en medio de la niebla, y que luego la elevada senda hacia esa luz te parecerá «*infinita*».

Al lado, en cambio, la «senda de la equivocación» conduce hacia una trémula y brillante luz, *bien próxima*.

Esta «luz», en cambio, es *el engañoso resplandor de la «serpiente»*, cuyo cuerpo, *de muchos colores tornasolados*, abarca el globo terráqueo...

Pobre de ti, si quedas a su merced.

Ella te atraerá mediante seductores e ininterrumpidos espasmos provenientes de los destellos de las escamas de su cabeza, y cuando, deseoso de saber, te encuentres lo suficientemente cerca de su dominio, te convertirás en su presa.

¿**P**uedes tú, amigo mío, percibir la *verdad* que ahora quiere acercarse a ti, velada como símbolo?

Bien para ti, si aprendes a «*interpretar*» verdaderamente los símbolos.

Ellos te dirán *profundas verdades*.

Verdades que, de lo contrario, deberían permanecer en su mayor parte *indecibles*.

Verdades que jamás se mostrarían *en su desnudez*.

No obstante, quiero intentar llegar *también a aquellos* a quienes los símbolos aún les resultan «oscuros».

Entonces escucha estas *otras* palabras, pero comprende que ellas aluden a *la misma verdad*.

Cuando tú, oh buscador, percibas por primera vez en ti el impulso de levantar el velo detrás del cual sientes la verdad, entonces siempre tendrás cerca un «guía» de ese mundo de Luz, que ha de ser tu hogar eterno.

Sentirás la cercanía de ese guía sin saber con certeza *qué* es lo que mueve tu sentimiento...

Involuntariamente, *seguirás* al guía.

Entonces estarás en la «senda» que te conducirá a través del «desierto»...

El «desierto» está formado por los granos de arena que el conocimiento ilusorio de los cerebros humanos ha creado.

Desde hace milenios.

En medio de ese «desierto», elevados maestros —experimentados constructores de caminos— construyeron un sólido terraplén sobre el cual se puede transitar con seguridad...

A su alrededor reposan las siempre cambiantes dunas del conocimiento intelectual, variando continuamente en sus contornos, base incierta bajo el pie que las pisa...

Sin embargo, la senda sobre el terraplén creada por los «Radiantes» para las almas humanas es de *roca*.

Allí sientes *seguridad*.

Con valor, avanzas.

Durante largo tiempo deberás avanzar pacientemente hasta llegar al lugar decisivo donde el terraplén rocoso, atravesando las arenas del «desierto», alcanza la «gran montaña» y con ello su final...

Ahora debes *decidirte*, pues ante ti se encuentran *dos* senderos, que al principio no sabrás diferenciar debidamente.

Pronto querrás confiarte a uno, pronto a otro.

Uno conduce hacia las *cimas* —*el otro*, hacia los *barrancos abismales* y las *profundidades ocultas* de la montaña...

Solo tú tienes la *elección* de hacia dónde quieres dirigirte.

Seguramente podrás *distinguir* de inmediato *el sendero que conduce hacia las cimas del otro*, que lleva a los *abismos*, si tus pies ya estaban *acostumbrados* a sentir, *previamente*, la «roca» firme, pues, el sendero hacia el submundo es *resbaladizo* y *carece de apoyo para tus pies*...

Ya por el camino sobre el terraplén rocoso, realidades invisibles buscarán manifestarte su presencia.

Pero aún no podrás distinguir quién es el *conductor* de esas fuerzas cuyo accionar sí reconoces.

Aún crees que detrás de *todas* las fuerzas invisibles yace una *misma voluntad*.

Sabe que los *bajos* reinos de lo invisible también tienen sus *bajos conductores*.

Sabe que el mar y la tierra no están tan claramente separados como las bajas e inaprehensibles fuerzas terrenales que, creando y destruyendo, sostienen invisiblemente el «*mundo de la materia*», frente a los elevados poderes del Espíritu *en la más elevada luz*.

Los conductores en los *bajos* e invisibles reinos son los más terribles *enemigos* de tu alma.

No es que su voluntad quiera *dañar* tu alma, como la voluntad llena de odio de los condenados a la destrucción, quienes, una vez seres humanos plenos del más elevado saber, sucumbieron *nuevamente* a la «caída» en la oscuridad; sino que, únicamente a través *de las fuerzas de atracción*, a las cuales difícilmente podrás resistir, a menos que fuerzas espirituales elevadas te *aislen* eficazmente de ellas.

Cuando te acerques a regiones donde experimentes la influencia de los *bajos* conductores, entonces se verá *quién eres tú*.

Si buscas únicamente *la más elevada y eterna claridad*, el guía, que ciertamente es el conductor de *las fuerzas más elevadas del Espíritu*, podrá protegerte y aislarte.

Bajo tal protección, sabrás elegir con seguridad la senda que te conducirá al más puro *conocimiento de la Luz*.

Entonces accederás *a la vida en la eterna luz de las altas cimas del Espíritu*.

Pero si tu objetivo era adquirir conocimiento *en las artes menores*, si solo deseabas investigar «*lo oculto*» para *dar nuevas fuerzas a tus deseos como siervos*, entonces *escaparás* inadvertidamente de la mano del guía...

Abandonado a tus débiles fuerzas, serás presa de las fuerzas de atracción que actúan sobre ti desde las regiones de los *bajos* conductores, en los oscuros abismos del eterno nacimiento de la materia.

Podrías, tal vez, obtener «*fuerzas ocultas*», especialmente si sabes practicar una estricta abstinencia sexual y te alimentas solo de vegetales, pero *¡pobre de ti y de todos los que te sigan* cuando hayas alcanzado tales fuerzas!

Esos *bajos* conductores son los «*creadores del fundamento*» y los *destructores de todo lo* que intenta *elevarse libremente por encima* de él.

No te imagines que puedan enseñarte los secretos de la creación, como lo esperan ciertos insensatos «aprendices de brujo».

Ellos se apoderarán con voracidad de *tu voluntad*, pues toda fuerza en el cosmos invisible necesita *agentes humanos* si busca alcanzar e influir sobre las *voluntades humanas encarnadas*. Y tú solo les servirás como *destructor*, aunque creas que estás *construyendo*.

Los *altos* conductores, al igual que los *bajos*, no pueden alcanzar el alma de los seres humanos terrenales con su accionar, a menos que *voluntades humanas encarnadas* les tiendan «puentes» para ello...

¿Quizá comprendas aquí lo que significa la enseñanza del «Hijo de Dios», quien debía «convertirse en *ser humano*» para poder «*redimir*» a sus hermanos humanos?

El modo de obrar de las fuerzas espirituales, ya sean sus efectos generados y su carácter determinado por los *más elevados* o por los *más bajos* conductores del reino invisible, no conoce impedimento *alguno en cuanto a tiempo o espacio*.

Hoy en día, una vez generadas y determinadas, las fuerzas continúan obrando en el mundo del alma humana, tanto a través de los *altos* como de los *bajos* conductores, aunque tales fuerzas, *hace ya muchos siglos* o incluso *milenios*, encontraron el camino hacia los corazones humanos a través de un agente humano...

Donde alguno de ellos haya vivido o viva, la fuerza espiritual que ha actuado a través de él alcanzará a *todos* los que vibren en una frecuencia similar, aunque tales personas vivan en el otro lado del globo terráqueo o no nazcan hasta una futura generación...

Un indicador seguro de una *elevada* conducción espiritual consiste en que las fuerzas espirituales activadas operan solo bajo una cuidadosa observancia de la *libertad* del individuo, al igual que en el ser humano que les sirve de «puente», perfeccionándole para ser el libre *propietario* de las fuerzas que actúan a través de él.

Del mismo modo, siempre se puede reconocer a los *bajos* conductores, ya que todo su accionar busca *retener* al impresionable, de manera que se convierta en *esclavo* de ellos, aunque se le mantenga en la *ilusión* de que es «el amo» de las fuerzas que, impulsadas por ellos mismos, se activan...

El fin de aquel que les sirve de «puente» es la disolución en una tormentosa noche.

En cambio, aquellos que son «puentes» *de los altos conductores espirituales* constituyen una eterna Comunidad real *de la luz* en el Espíritu, pues en cada uno de ellos se encendió una «*estrella*», formada por la más pura fuerza luminosa del Espíritu, que ilumina eternamente las almas de los seres humanos en la Tierra...

Una enseñanza pretenciosa e imprudente suele inducir a creer que el ser humano se desarrolla elevándose continuamente *a lo largo de incontables vidas terrenas*. Afirma también que los «puentes», que *se construyen a sí mismos* para que los más altos conductores espirituales lleguen a la humanidad, no son más que individuos que ya han vivido incontables veces en la Tierra y que solo ahora han alcanzado *el desarrollo hacia la meta más elevada*, una meta que, según esta enseñanza, *todo* ser humano debería alcanzar algún día.

No creas en tales palabras insensatas.

De lo contrario, podrías convertirte demasiado fácilmente *en víctima de una ilusión* y, en lugar de ser un supuesto «futuro maestro», acabarías siendo un pobre y engañado esclavo de tu propia vanidad.

No a *todo* ser humano se le impone la carga que *solo los pocos* deben llevar, aquellos que, poco después de su caída desde la Luz, llenos de compasión por sus compañeros caídos, se han ofrecido a ser ayudantes de los altos conductores espirituales, como «puentes» que se construyen a sí mismos, al servicio del amor eterno...

Solo aquel que ya era maestro constructor de puentes *en el Espíritu*, mucho *antes* de su encarnación en el cuerpo terrenal, puede aprobar el examen de «maestro» aquí...

Conscientemente, entonces, será «puente» y maestro constructor de puentes como ser humano de la Tierra, solo el día que se le permita aproximarse a la luminosa Comunidad de sus Hermanos espirituales, como alguien que *también, aquí en lo terrenal, haya aprobado* su «examen de maestro».

Así, el «Hijo» de los altos «Padres» espirituales se ha transformado en su «Hermano» espiritual admitido, en un *Radiante de la Luz primordial...*

Pero cualquier ser humano, sin importar quién sea, puede ser «iluminado» en la luz del Espíritu, en la eterna libertad, incluso si recibe la luz como un planeta que gira alrededor de un sol.

En el Reino de la Luz, nadie «envidia» al otro su campo de acción, el cual *el único y eterno «Maestro» de toda Maestría* le confió...

Todo aquel que acceda a esa región es *un ser perfeccionado*, libre en sí mismo, y sabe que la perfección solo le fue accesible según *su propia forma*.

Solo es consecuencia de tu *desconocimiento* terrenal cuando te esfuerzas por alcanzar una forma de perfección espiritual que *no* corresponde a tu *propia* individualidad...

¿De qué *te serviría* alcanzar un tipo de perfección reservado *para otro*?

Aunque encontraras la forma *más elevada* de perfección a la que un ser humano pudiera aspirar, y *no fuera la tuya*, te habrías esforzado *en vano* por alcanzarla...

Únicamente perfeccionando *aquello* que solo *a ti* te es dado, únicamente perfeccionándote *a ti mismo*, lograrás alcanzar un día aquella eterna Luz desde la cual *brillarás* para siempre.

DE LA VIDA ETERNA

Quiero hablar de la «Luz» viviente: de la *eterna e inmortal «Vida»* que fluye a través de toda existencia humana.

Quiero mostrarles *la luz de los corazones* que vive en cada uno y puede *iluminarles*.

Quienes han querido alcanzar el *sentido* de la vida han transitado como «*buscadores*» por caminos de *error* durante demasiado tiempo.

Es tiempo de ser «*halladores*» si confían en la palabra de quien ha hallado.

Son reyes que no conocen su reino.

En sí mismos está este «reino», que el ojo *inútilmente* trata de divisar mientras lo busquen *afuera*.

Preguntan sin tener respuesta y, sin embargo, siempre vuelven a preguntar: «¿*Dónde está la Tierra que nos fue prometida?*»

«¿Es para nosotros *el fin* una vez que *aquí* concluya todo, o nuestra propia existencia puede *continuar viviendo después* de ese fin?»

Aquellos que, *en su tiempo*, hicieron las mismas preguntas están vivos en su «reino» interior y podrían darles *respuesta* si no se hubieran vuelto *sordos* por el ruido del mundo externo.

Su propia alma es el «reino de los espíritus» que vivirán eternamente *con y en cada uno*.

El ser humano abarca toda la infinitud...

Y todo lo que fue, lo que es y lo que será vive en él...

«*La omnipresencia*» es su verdadero *ser*, pero aún permanecen atados al «*existir*» y *presentes* solo donde *esperan encontrar* el porvenir que *nunca* llegará.

Aún creen que el Reino de la Paz es un país lejano, distante como las estrellas, aunque vive *en su interior...*

Todo aquel que *alcanza* ese reino en sí mismo será, por toda la eternidad, «rey» de ese reino.

Así como allí *encontrarán* a todos los seres humanos, en su eterna vida espiritual, del mismo modo allí serán *encontrados* por todos los que *hayan alcanzado* este reino.

Es *un único* reino de los espíritus, pero a *cada uno* de los innumerables que lo ha encontrado en sí mismo le «*pertenece*» este reino como un *dominio* indiviso. *Cada uno* es un «rey» de ese reino sin impedimentos, y su reino es «*eterno*», igual que si él, de entre todos los innumerables, fuera el *único* «rey» de ese reino, que cada cual posee solo como el reino de *su alma...*

No podrán alcanzar el reino de los espíritus *fuera de sí mismos*.

Solamente en su interior podrán *alcanzarlo*.

Si pretenden buscar «*afuera*», *quedarán* a merced del engaño, pues todo lo que puedan encontrar fuera del *eterno mundo del «Yo» más interno* no es más que una efímera «imagen», una experiencia *momentánea*, similar a esta vida terrenal limitada por la muerte...

Allí donde el alma se encuentra *en sí misma*, unificada en el «Yo» y conducida por él, se hallará el «reino» que durará eternamente.

Allí *no* existe el *engaño*.

Allí la «eternidad» es *propiedad*.

Solo el «Yo» es el poseedor ilimitado de este «reino».

Los «reyes» de este reino son *infinitos en número*, y *todo aquel* que ha llegado a ser «rey de su reino» está *unido* en sí mismo *con los demás* que aquí legítimamente portan su corona; es el *uno*, en el cual reinan *todos*...

No separados, sino unidos, uno en el otro conviven todos los que aquí viven *eternamente*.

Así como en la Tierra se puede decir de las personas que «viven» plenamente su vida cuando la disfrutan activamente, ya sea para bien o para mal, así también, en el mundo del Espíritu, todo «vivir» es un *hacer*, y «vida» no es simplemente *un estado del ser*.

Aquí, la «vida» es la «luz», desde donde *brilla* el espíritu humano, desde donde él «vive».

Están «*entrelazados*» con el eterno mundo de los espíritus, y a su través —aun sin saberlo— fluye toda «*vida*» de los espíritus eternos.

Pero, en lo que respecta a su «Yo», aún percibiéndose como una «*proyección de la mente*», sienten que son seres *distintos y aislados*.

«*Lo viviente*», sin embargo, está siempre *unido a toda* la vida.

No existe en la Tierra, ni en todo el Universo, ni en el Espíritu, nada que tenga «*vida*» o que pueda «*vivir*» *solo por sí mismo*.

Cada «*ser individual*» es, en última instancia, *todo el Ser*.

Aunque *no esté capacitado para reconocerlo*.

Un *ser individual* solo puede alcanzar la «*salvación*» cuando se experimenta en el *ser universal, liberado* de todo *otro* «ser individual».

Solo encontrarán la «salvación» cuando aprendan a percibir en su propio «Yo» —en el «Yo» que será suyo para siempre— que *todo otro* «Yo», *unificado* en sí mismo, solo se da en este, su «Yo», que se da *a sí mismo* eternamente.

En su «Yo» eterno, todo es «vida», y solo en esta vida encontrarán a los verdaderos «eternos», los que viven eternamente.

Hace mucho tiempo ya los *habrían encontrado*, si no los hubieran buscado, obstinados y cegados, *siempre allí* donde *jamás* podrán ser hallados.

Inútilmente buscan penetrar en los reinos *invisibles* de este *mundo exterior*.

Es más probable que uno de aquellos que vive en lo *eterno* «aparezca» *visiblemente* ante su vista a plena luz del día, antes que hallarlo en lo *invisible* del plano físico...

Deben sumergirse en las profundidades *de aquello* que es «eterno» *en sí mismos*, si desean unificarse conscientemente con *aquellos* que ya se encuentran *en la Vida eterna*.

EN EL ESTE HABITA LA LUZ

Solo unos pocos en el «Oeste» intuyen *la verdad* cuando oyen hablar de los «*Sabios Hombres del Este*», de los cuales cuentan antiguas tradiciones en los silenciosos círculos de buscadores dignos de la verdad. Y, entre aquellos que aquí *intuyen* vagamente de qué se trata, *solo unos pocos* pueden *librarse de las ideas erróneas* cuando intentan dar *forma visual* a su «presentimiento».

En el Este, en el corazón de Asia, el filo del intelecto se aguzó al máximo.

Pero también aquí, desde hace milenios, estuvieron los grandes, aquellos que, *más allá* de todo pensamiento, hallaron *el camino claro hacia la verdad*; la verdad que no es otra cosa que *la Realidad absoluta* y que nada tiene que ver con las representaciones especulativas del pensamiento, en las cuales comúnmente se cree poseer lo que se *denomina* «verdad».

Bajo una elevada conducción, los primeros de los «*Hermanos sobre la Tierra*» hallaron el camino y la meta...

Desde entonces, ellos y sus sucesores instruyen a los buscadores que se encuentran «*maduros*» en el *Espíritu y a través del Espíritu*.

Han levantado alrededor de su círculo «*el sagrado muro protector del silencio*», y *solo* quien sea reconocido en el Espíritu como «*maduro*» encontrará «*entrada*» hacia ellos, preparado para ser *un conocedor en el Espíritu*.

Ellos saben que sus dones solo son de utilidad para quienes han llegado al final de su esfuerzo por el «camino».

Sin embargo, a todos envían, y han enviado a lo largo de todas las épocas, desde su centro, *maestros auxiliares*...

Tanto en el Oeste como en el Este, siempre ha habido tales «*Hermanos activos*».

Ninguna señal externa permite reconocer a los miembros de la elevada unión.

Solo ellos son capaces de reconocer a quien pertenece a ellos.

Su naturaleza espiritual permanece profundamente oculta a los ojos de los seres humanos.

Ninguno de los mencionados aquí jamás intentará formar *una comunidad* a su alrededor.

Ninguno ha fundado ni «patrocinado» tales comunidades.

Lo que en el mundo ha surgido como «comunidad», así como lo que se ha basado en la palabra de los «Hermanos sobre la Tierra» e incluso en sus elevados «Padres» en la Luz, siempre ha sido *obra de almas aún inmaduras*, que, debido a *un desarrollo prematuro* de los sentidos internos, estaban capacitadas *para entrever* fragmentos de saber desde el círculo del más interno «Oriente», como oyentes que escuchan a escondidas, sin ser capaces de *interpretar* adecuadamente lo que oyeron.

Solo muy contadas veces uno de los Hermanos se ha presentado ante sus semejantes en el engranaje del mundo externo mediante una declaración categórica de su identidad espiritual, y para todo aquel que lo ha hecho, este paso ha resultado un amargo sacrificio...

Donde tales sacrificios no sean estrictamente *necesarios*, deben ser evitados.

De allí proviene el ocultamiento desde el cual los «Sabios Hombres del Este» obran.

De allí proviene el silencio en el que cada miembro de este círculo se envuelve, salvo cuando su misión le exige *dar a conocer*, ya sea mediante un eufemismo simbólico o con palabras más claras, su identidad espiritual, la cual, en verdad, *no es fácil* de reconocer...

La elevada Comunidad de los Radiantes, de la que habla la antiquísima tradición de los dignos buscadores de la verdad, así como de los «Sabios Hombres del Este», está conectada únicamente por medio de la *ley espiritual*.

Sus miembros no hacen votos de ascetismo, ni están sujetos a los juramentos de «órdenes» religiosas o seculares.

El desarrollo de las fuerzas espirituales no depende de tales factores.

Sin embargo, lo que exige la «ley» a la que estas fuerzas obedecen es *mucho más* que el ascetismo más riguroso y la vida de penitencia más severa...

Se deberán abandonar muchas concepciones que, aunque basadas en premisas correctas, solo conciernen a las fuerzas *inferiores* del ser humano cuando se desea comprender qué es realmente un «iniciado» de esta unión.

Todo aquel que *lo sea*, los reconocerá, *imperturbable* ante las concepciones erróneas que puedan tener sobre su naturaleza.

Su «enseñanza» tampoco se transmitirá mediante palabras al oído externo, aun cuando pudieran llegar a conocerlo «personalmente».

Las transmisiones dadas por un unido al Espíritu, en el idioma de su país, no constituyen su «enseñanza»...

Ellos deben ser solo una «referencia» para que lo encuentren a él, o lo que de su naturaleza es, *en lo más profundo de su ser*.

Pero incluso sus palabras externas deben ser *sentidas*, no «explicadas», ni desarmadas por el pensamiento.

No obstante, si pueden llegar a ser sus «discípulos», entonces él les «hablará» *en sus propios corazones*...

Él *jamás* tratará de obnubilar los sentidos mediante la exacerbación de un sofocante éxtasis, por el contrario, les abrirá, *junto a* los sentidos *terrenales*, nuevos sentidos *espirituales*.

Primeramente percibirán su «enseñanza» sin saber si se trata del amigo y guía de su alma, o si es su propio ser el que «habla» en su interior.

Mas un sentir certero, claro y nuevo que acompaña su «enseñar» pronto les «hablará» en su interior con una voz «consagrada», *mediante una claridad interna inmediata*, sin palabras del lenguaje oral. Esta recepción, *a menudo inesperada e insospechada*, de una iluminación clara e interna sobre lo

espiritual —que *irradia todo* lo que, por costumbre, nos aporta «claridad» el *pensamiento* lógico— será siempre una señal segura que atestigua un verdadero «enseñar» espiritual...

La «enseñanza» espiritual no es un «querer convencer», sino *el inmediato esclarecimiento* de aquello que antes estaba en la oscuridad.

Un *hermano* humano «habla» en su interior de tal modo que *no necesita enviar al oído del cuerpo la onda sonora del aire* cuando quiere alcanzar —«enseñando»— corazones receptivos y abiertos que confían en él...

Quizá, al principio, no puedan llegar a «entender» todo lo que acontezca de este modo, aunque algo será *reconocido* con absoluta claridad, sin poder *analizarlo mediante el pensamiento*.

En estos casos, manténganse *tranquilos* y no «se rompan la cabeza» con el esclarecimiento recibido.

Aprendan, sobre todo, *a distinguir* la voz que «habla» de las falsas «voces» que provienen de su alterada fantasía.

Permanezcan sobrios y quietos, como si observaran *algo ya conocido desde hace mucho tiempo* en su interior.

Al principio de «la conducción», la voz del «que enseña» se escucha muy tenue, como un suave pensamiento o a una sensación apenas perceptible.

No obstante, el guía en el Espíritu no pronuncia «palabra» alguna en su «idioma» espiritual de la que no se desprenda una «sensación» muy precisa y particular *de certeza*, difícil de describir, pero que, con toda seguridad, es rápidamente reconocible por quien haya experimentado, aunque solo una vez, esa sensación.

Ningún «pensamiento» propio, por elevado que sea, podría jamás producir ese «sentir» que *el Espíritu* genera, *en el cual y a través del cual* obra el instructor *espiritual*...

Cuanto más crezca la *seguridad* con la que aprendan a *distinguir* su «voz» de todo lo que *no* es de su naturaleza, más clara podrá ella «hablar» en su interior.

Entonces, un día, llegará «*la gran hora*», en la que incluso su *última y silenciosa duda* les habrá *abandonado*.

No sean impacientes si *no* logran alcanzar *enseguida* el primero de los objetivos internos.

No saben si ya están lo suficientemente «*maduros*» como para recibir la «enseñanza» con provecho, y aquí *solo el «instructor»* carga con la responsabilidad de todo lo que imparte...

A algunos les llega la certeza *antes*, a otros *más tarde*; sin embargo, llegará *con toda seguridad* si, con calma, se confían a aquel que los «*guía*» desde el Espíritu.

No olviden tampoco que la verdadera «sabiduría» es el *conocimiento directo de la realidad*, y que los instructores de la auténtica sabiduría enseñan solamente a partir de esa *realidad*, la cual, en verdad, *no es lo más complejo* que existe, sino *la esencia misma* de la simplicidad.

Existen *fuerzas del pensamiento* que continuamente intentan *engañar*, ya que ellas mismas solo *subsisten* del engaño...

El instructor *espiritual* está *lejos* de sus regiones.

Él tampoco les transmitirá nada que no provenga del *Espíritu*, del *alma* y de la *eternidad*.

A través de él, reconocerán *quiénes son en verdad* y qué significa, *en esencia*, el ser humano «en sí» dentro del cosmos.

Si *confían* en aquel que les «enseña» en su interior, se *volverán* tan seguros como *él mismo* es seguro.

Él, el seguro, les confiará su *propia* seguridad.

Nunca deben formular *preguntas* internas *antes* de que llegue «*la gran hora de la certeza*».

De lo contrario, si lo hicieran, seguramente sucumbirían ante las *engañosas fuerzas* del pensamiento.

Tampoco tengan imágenes preconcebidas sobre la forma o el tipo de persona en la que habita su instructor espiritual aquí en la Tierra. Y si *conocen* a alguien unido al Espíritu, no deben asumir de inmediato que esa persona sea necesariamente *su* instructor.

No necesitan saber *quién*, del círculo de *los Radiantes de la Luz Primordial*, les enseña espiritualmente, y quienes lo *saben* no se los dirán...

Dominen su *fantasía*, para que no les conduzca, con los ojos bien abiertos, *por la correa de erróneos ensueños*.

La vida externa del instructor espiritual es de su *propia* incumbencia, y no desea que se confunda *el Espíritu* desde el que obra con *su apariencia terrenal*.

Él no quiere que sus «alumnos» rindan veneración a la «*personalidad*», la cual solo le corresponde *a la fuerza del Espíritu* desde la que esta actúa.

Él «enseña» únicamente la «*sabiduría*» que se llama «*verdad*», y que se le revela *en realidades* al «alumno»...

Él la «enseña» solo *en el Espíritu*, mediante la *fuerza* del Espíritu.

Pero todo aquel autorizado a enseñar de esta manera es consciente, y a la vez profundamente sensible, de que solo *la imperfección de la representación* de la eterna realidad se manifiesta *como obra del ser humano*. Y todo Radiante de la Luz Primordial, muy pronto, «quemará» en el eterno altar —al cual sirve como uno de los sacerdotes elegidos— el homenaje que pudiera rendirse *a su personalidad terrena*.

FE, TALISMÁN E ÍDOLO

Sencillos, como el fondo primordial, son los últimos misterios de la naturaleza.

No separes, por la arbitrariedad de tus pensamientos, aquello que nace *de una misma raíz*, y así, *por doquier*, encontrarás las *mismas* leyes...

Te han enseñado a construir un *segundo* mundo, un mundo sin fondo ni causa, y a esta construcción de lo *no existente* desde la *nada* tus maestros la llamaron «fe».

Pero aquí no me refiero a *ese* tipo de «fe» cuando hablo *acerca de la fe*.

Nada de *esa* fe es necesaria para la salvación de tu alma.

Nosotros solo queremos abrir tu sensibilidad a *una fuerza eterna* que vive en ti y que, *en un movimiento constante y vivo*, crea continuamente, abarcando las fuerzas de tu *voluntad* y dándoles forma para la acción.

La fe es una *fuerza creadora* en el Espíritu.

La fe crea la *forma* a través de la cual *se determina* el obrar de tu voluntad.

La fe es la *forma de obrar de la voluntad*.

No puedes realmente *querer* sin *creer*, pues una voluntad *sin forma* es una fuerza *dispersa* que, como tal, se *desperdiciará* sin efecto alguno.

No obstante, apenas logres, a través de tu *fe*, darle *una forma sólida* a tu voluntad, esta se convertirá en *una fuerza poderosa*. Transformará incluso a los eslabones aparentemente firmemente ensamblados de los acontecimientos externos, de tal manera que, como la cera, se *modificarán* según la *forma de tu fe*...

Tu alma languidece mientras *no tengas fe* y, en su urgencia, te seducirá incluso hacia la *superstición*.

La «*vida*» de tu alma es *voluntad*, y *toda voluntad pretende adquirir su forma sólida*, por la cual pueda llegar a *manifestarse*.

Solo entonces, cuando *sientas* lo que *realmente* es la «*fe*», *podrás* verdaderamente creer...

Tu *fe* es la maqueta de acuerdo con la cual se va conformando el maleable mineral de tu destino.

Tu *fe* necesita de una *libertad* absoluta.

Solo tú mismo eres la norma de tu *fe*.

Como imagen a semejanza tuya, tu *fe* formará a tu *Dios*, así como formó a tus *ídolos*...

Increado es lo divino en su *insondable* Ser...

Solo *formado* te será *sondable*.

Se te *revelará en ti*, solamente en *tu propia* forma.

Por ello, no puedes mostrar *tu Dios a tu hermano*, ya que él *no podrá contemplar a tu Dios por toda la eternidad*...

Él ve la *misma divinidad*, pero creada de acuerdo con *su propia* imagen...

Tú crees aún poder *seducir* a tu hermano hacia *tu Dios*, pero si él *se dejara* seducir, entonces adorará «*una imagen*» y se *alejará de su Dios*.

Infinitamente diverso se revela el *Uno*, y pobre de aquellos que quieran disputar por *una sola de sus* formas.

En el mismo instante en que, sin el menor pudor, *develes* a otro ser humano tu imagen interna de *tu Dios*, habrás *perdido* a tu Dios.

No creas que, entre los miles que se congregan alrededor de *uno* de los muy loables *nombres de Dios*, haya solo *dos* auténticos creyentes que crean lo *mismo* en este nombre.

La fe misma puede servirse de *cualquier* nombre, de un dios o de un diablo...

La fuerza formadora de la fe, que determina tu *voluntad*, es la única causa de todo *efecto «mágico»*.

La magia «*blanca*» y «*negra*» están fundadas *en la misma fuerza*.

Así como la fuerza elemental de la naturaleza, que el relámpago te anuncia, está al servicio del ser humano, en cuanto él sepa *contenerla en la forma apropiada*, tal como se deja atraer y retener en los metales y recipientes, así también la fuerza de la *voluntad*, que a través de la fe encontró su formación, se deja *contener en los objetos materiales*...

En todos los cultos y en todos los pueblos, encuentras la fe en cosas «consagradas», a las cuales les son propias elevadas fuerzas.

Te *burlas* de esta fe y la llamas «*superstición*».

Si con ello solo piensas en las *fábulas* que se entrelazan alrededor de tales objetos, como una planta invasora, *entonces* estás *en lo cierto*, pero cuídate de despreciar la *realidad* que aquí se encuentra velada.

Cada objeto que has «*cargado*» con tu bien conformada voluntad, por medio de la fe, es un «*talismán*». Y los *efectos* de tales «*talismanes*» *los has experimentado frecuentemente*, aun cuando nunca hayas tomado consciencia de cuál era *la causa* de dicho efecto, ni en sueños hubieras imaginado *que tú mismo te habías rodeado de «talismanes»*...

El objeto, ciertamente, es solo el *portador* y el *conservador* de una *fuerza*, *en sí misma libre*, que *ahora es retenida en él*.

Esa fuerza no le pertenece al portador.

Tu *fe* conformó y direccionó tu *fuerza volitiva*, la mayoría de las veces *sin* tu entendimiento, hacia aquel «*portador*», que la *conserva* hasta que se haya extinguido.

Sin embargo, tu *nueva fe* «*carga*» *nuevamente* al «*talismán*», aun cuando *no* lo consideres como tal...

Cada objeto que utilizas para *lograr* esto o aquello, aunque no sea *necesariamente imprescindible* para tu quehacer, es un «*talismán*», aun cuando, «*esclarecido*», te burles de lo «*supersticioso*» y escuches a personas que hacen uso de los mismos objetos, totalmente conscientes y convencidas de su permanente efecto.

Tú eres solo *irreflexivo*, mientras que ellos «*saben*».

Similares son los *ídolos*.

El fetiche en la vivienda de un primitivo, al igual que la elevada *imagen de culto dedicada a Atenea*.

La imagen del santo en la alta catedral, así como la «*imagen de misericordia*» de la antigua iglesia monástica.

Todas ellas son «*portadoras*» de *fuerzas volitivas* concentradas de *muchos* seres humanos, que, *a través de la fe*, *formaron su voluntad* y supieron *depositarla en la obra de arte*, e incluso en los *humildes restos materiales*, ya sean genuinos o espurios, de un ser humano «*santo*».

La *fe* de aquellos que *rezan* ante esos objetos es lo que «*desata*» *nuevamente* las fuerzas contenidas en ellos.

Por ello, *nadie* puede *desatar* tales fuerzas si *no cree* en ellas, pues solo la *fe* genera la alta *tensión* de tus corrientes volitivas, que *obliga* a estas fuerzas volitivas, acumuladas y bien *formadas* por la *fe* de otras voluntades, a confluir en *tu voluntad*, y, unificadas con ella, a actuar *conforme a tu deseo*.

Nosotros, por cierto, no queremos seducirte para que utilices los «talismanes» de todos los cultos.

Tampoco queremos aconsejarte que debas comprobar por ti mismo la elevada fuerza de las «imágenes» de los «dioses» o de la «misericordia». Sin embargo, debes dejarlas *libres* de tu *degradación*, si realmente deseas reconocer *la ley* por la cual merecen toda veneración.

Solo debes reconocer esta «ley» y lo que ella te ofrece en posibilidades, poniéndola *al servicio* de tu vida.

No siempre te encuentras con las *mismas* fuerzas de voluntad, pero, si en los momentos de *fortalecimiento* logras crearte *portadores* para la conservación de tus fuerzas, entonces, en el momento del *debilitamiento*, experimentarás en ti mismo verdaderos «milagros»...

Cada uno de esos objetos que amas *utilizar*, o que te *rodean* día a día, puede convertirse para ti en *portador* y *fortalecedor* de tus *fuerzas volitivas*. Y en aquellas horas en que *no* te encuentres *en tu mejor momento*, podrás «desatar» las *fuerzas* que *necesites*, a partir del portador creado por ti...

Sin embargo, *los objetos de elevada belleza* son *especialmente* apropiados como portadores.

Lo que debe *su existencia* a una *fuerza formativa elevada*, *conservará* mejor para ti tu *propia* fuerza formada.

Rodéate de *tales* objetos, que a diario, en las horas apropiadas, *sueles* cargar y recargar con la fuerza volitiva que *necesites* en los momentos de debilidad.

Porta siempre *contigo* tales objetos y llévalos a donde te dirijas.

Ten *fe* en que *puedes transferir lo mejor de tu fuerza* a esos objetos, y que podrás obtenerla de ellos nuevamente tan pronto la *necesites*.

Verdaderamente, *tal fe no es «superstición»*.

Aún no sospechas cuán «*reales*» son tus fuerzas volitivas, ni *qué poder* tienes en tus manos, una vez que aprendas a «*formar*» tu *voluntad* a través de la fe.

Sin embargo, no destruyas tu fe con vanas reflexiones sobre *cómo* podría «explicarse» esto psicológicamente.

Si alguien te habla aquí de una «*autosugestión*», *no te dejes engañar*.

Mediante tales palabras, *nada* queda «aclarado».

Solo se introduce una nueva *palabra*, pero el *efecto* que descansa sobre *fuerzas* elevadas *no puede*, por cierto, *ser explicado* de esa manera.

La naturaleza actúa *según sus leyes inherentes*, y no espera que tú logres «*aclarar*» su accionar.

Así como *nosotros* vemos las cosas, lo comprenderás a través de estas, mis palabras.

Si decimos *la verdad*, solo podrás comprobarlo cuando *tú mismo* intentes hacer la *prueba*.

LA MAGIA DE LAS PALABRAS

Sabe, oh buscador, que para cada época son necesarias *diferentes* fuerzas «mágicas», y no te dejes confundir si no siempre observas los *mismos* efectos de esas fuerzas milagrosas.

Los que deben «ordenar» lo que hay que ordenar encauzan la «corriente» en *aquellos* canales que fertilizan la tierra donde la *sequedad es mayor*...

En consecuencia, no debes esperar en *estos* días *otro* efecto «mágico» que no sea la «magia» de la *palabra*.

La *palabra*, concebida en su sentido «mágico», es *la más alta* de las fuerzas «mágicas»...

Vendrán tiempos en los que, solo mediante la fuerza de la *palabra*, se llevarán a cabo cosas que se acercan al «milagro»...

Verdaderamente, *se obrarán «milagros» mediante la palabra*.

«Milagros» *mucho más maravillosos* que todo aquello que, en los viejos tiempos, *llamaban «milagros»*.

Vendrán días en los cuales se sabrá, *por medio de la palabra*, cómo poner en marcha obras que hoy requieren miles de manos y enormes máquinas...

Aún están muy lejos los seres humanos de esos tiempos venideros.

Aún no se sabe «pronunciar» la palabra.

Sin embargo, la palabra ya comienza a agitarse en esta oscura época, pues la vía del ser humano ha llegado al umbral de uno de esos «iluminados recintos» que, a veces, también brindan esperanza en lo más oscuro de la noche...

Mira a tu alrededor, no importa hacia dónde dirijas la mirada, verás el poder mágico de *la palabra*, tanto en sus precursores como en sus *distorsiones*.

Esto demuestra al ser humano que la palabra, en realidad, está capacitada para ser *algo más* que solo un medio de comprensión entre un cerebro y otro.

Si eres sabio, entonces atenderás a tales señales.

Atiende a la palabra.

Te han enseñado durante mucho tiempo a *despreciarla*.

Solo deberías buscar profundizar en su *sentido*.

Así, te han acostumbrado, más que nada, a querer «*entender*», y con ello has perdido el don más valioso del corazón: tu único «sentido» *espiritual oculto*, la facultad de *sentir* las cosas...

Si deseas *recuperar* esta facultad espiritual, prepárate entonces para *comprender* las palabras no solo por su «contenido», sino también para buscar siempre *sentir* las palabras, su sonido y su forma.

Mira, es una *ley* y no la arbitrariedad lo que permite que las palabras sean fuerzas mágicas, lo que unió la *más alta de las fuerzas «mágicas»* a la *forma de la palabra* y a los *elementos que la componen*, de modo que existen palabras —*palabras de lenguas humanas*— que podrían *mover una montaña*, si la fuerza contenida en ellas fuera *liberada*...

Existen palabras ante las cuales tu «entendimiento» se inclina *sin poder* y, aun así, no puedes pronunciarlas sin que ellas formen *tu alma* «mágicamente», aunque de ningún modo sepas «hablarlas» de la manera en que podrían *liberar todo su poder desde sí mismas*...

Podría contarte cosas extrañas sobre tales palabras, pero te resultaría imposible *creerme*.

Serás *creyente* aquí solo a través de la *experiencia*.

Piensa, amigo mío, *que todo en el cosmos tiene su ritmo y su número*.

Toda «magia» está fundada en el *ritmo* y el *número*.

Aquel que pueda *discernir* estos dos ya posee *por sí mismo* la «llave» que abre esta puerta...

No escribo para *él*.

Tampoco hay peligro alguno en que uno de ellos llegue a ver estas palabras.

Son tan *pocos* los que han encontrado la «llave», y estos pocos leen en *un único y eterno libro*, cuyas «palabras» son *vida* y cuyas «frases» son *acción*.

Tampoco podré «*explicarte*» jamás el *ritmo* y el *número* del cosmos.

Solo pretendo enseñarte a atender a la *palabra*, por medio de la cual podrías encontrar, *en ella*, aquello que en estos tiempos es *imposible* hallar en otras formas.

Atiende lo suficiente a la *palabra*, y en breve diferenciarás lo *verdadero* de lo *falso* en lo que respecta a *las cosas del Espíritu*.

Toda sabiduría espiritual avanza hacia ti *al ritmo de la eternidad*.

Toda última cosa porta *números cósmicos* en la cinta frontal, cuando estos surgen en el ropaje de la *palabra*.

Los que suponen que el «*sentido*» de un libro «sagrado», de un libro escrito por un «*conocedor*», te descubrirá lo *último* suyo, lo más *profundo* e *inaudito*, se equivocan *mucho*...

Puede ser que el «*sentido*» te ilumine las profundidades del fondo eterno, pues las *últimas* cosas y *su más recóndito* secreto deberás «*sentirlo*» a partir *del tipo, la forma, el sonido y el valor* de las *palabras*...

No creas que, siquiera *uno* de los que dominaron el «ritmo y el número», alguna vez fue *indiferente* al modo en que dispuso sus palabras.

Puede que los *poetas* solo aspiren a la *belleza*; los *profetas*, en cambio, dan a las palabras una resonancia *eterna*.

El «*profeta*» también se reconoce *cuando es poeta*; y en el *poeta*, «*el profeta*» no puede permanecer oculto, aunque esté escondido tras las palabras poéticas.

Si quieres aprender a *sentir* las palabras, entonces *cada* palabra en tu idioma puede ser la que te enseñe.

Mas no busques el «*significado*» si deseas transitar por este camino.

El «*significado*» no permanece oculto por mucho tiempo, él mismo *desea* revelarse a ti.

«*Escucha*» en ti las palabras de las cuales quieres aprender.

Bien pronto las *habrás* de «escuchar», como si las hablara *otro*, y esta será la primera señal de que estás en el camino seguro para aprender a percibir en ti *el hablar mismo de las palabras*, pues la palabra tiene, verdaderamente, el poder *de hablar por sí misma...*

También *la palabra de la Eternidad* «se explica» *por sí misma*, una vez que aprendas a «escucharla» *en ti*.

Y aunque tu *entendimiento* pueda «entender» con agudeza, nunca debes mezclarlo con el hablar de la *palabra*.

Debes permitir que la *palabra de la Eternidad* viva en ti, pues así lo demuestra *su sabiduría última*.

Sin embargo, no creas que estás practicando *un juego* que te alegra el primer día, pero que luego abandonas por aburrimiento.

Si deseas que la enseñanza te sea realmente útil, debes practicarla *cada* día con perseverancia, hasta que llegue *el día* en que la palabra, en un sentir muy profundo, se experimente en ti *por sí misma...*

Entonces sabrás, por *experiencia*, lo que la palabra tiene que decir.

Entonces se te abrirán muchas puertas, ante las cuales ahora, sin acceso, sueles estar preguntando.

Entonces «entenderás» muchos libros que hoy aún te ocultan oscuros enigmas.

No te estoy diciendo demasiado...

Ve hacia la obra con determinación.

El *tiempo* es *propicio* para esta obra.

Puedes lograr *mucho* si, sin hacer preguntas, te *atreves un poco*.

Pero no olvides que *no estás practicando ningún juego ocioso*.

Solo tu *perseverancia* constante te llevará a la *victoria*.

UN LLAMADO DESDE HIMAVAT

Una añoranza recorre el mundo, un ardiente anhelo, y cada alma que no se ha endurecido por completo, capaz aún de germinar, se siente conmocionada.

En las corrientes de sangre humana caliente¹² se desvaneció aquel escepticismo cansado que, no hace mucho, parecía corresponder al «buen tono».

Nuevamente se «puede» creer en cosas que *no* son comprobables a través de «experimentos», y ya no habrá lugar para burlas cuando se reconozca que lo invisible nos *circunda* y *actúa* sobre nosotros, aun cuando *todavía no* lo hayamos descifrado...

El «milagro» quiere ser nuevamente realidad, y el reino de la fe amplía sus fronteras.

Seres humanos, como almas petrificadas, que permanecieron inmóviles frente a todo lo espiritual, se han convertido, bajo los atronadores martilleos de furiosos demonios deformados por la rabia, en verdaderos «vivientes», mientras que la masa de apáticos dormidos ya comienza a inquietarse.

Cada nuevo día los ve más cerca del despertar del alma...

Los despiertos exigirán respuestas de aquellos que los han mantenido dormidos durante tanto tiempo, y les darán la espalda con desprecio a esos «líderes» que intentan imponer «límites» beatos a sus preguntas, pues han fracasado en su propia capacidad de respuesta.

La humanidad se encuentra finalmente preparada para reconocerse *como parte de la Tierra...*

Ya no sueña con el Olimpo de los dioses, y se acerca el nuevo día en el que, probablemente por primera vez, percibirá en sí misma el sentido de las palabras que una vez le fueron dirigidas por quien habló con la autoridad de Dios:

«El reino de los cielos se ha *acercado*»¹³.

¹² N. del T.: Una referencia a la Primera Guerra Mundial. La primera y segunda edición de este libro en su versión original en alemán se publicaron en 1919 y 1927, respectivamente.

¹³ Cf. «Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 4:17, RVR).

Aquellos que se llaman «servidores» del Ungido se complacieron en levantar *una muralla*, tal como explicaban: «para *protección*» de aquellos que, según la palabra del elevado Maestro, llevan *dentro de sí* el Reino de los Cielos...

Individuos que nunca alcanzaron en sí mismos el «reino» tan claramente prometido aquí, se lanzaron, a causa de una supuesta autoridad mágica, que debió sancionar su ilusión de poder ante su propia consciencia, a dominar las almas de sus prójimos...

Ellos obstruyeron la puerta del cielo para sus prójimos, así como en ellos mismos estaba amurallada, *reformulando* con dedicación todo lo que guiaba hacia la *realidad*, hasta que solo quedaron *símbolos y fórmulas*, los cuales solo permiten *soñar* con el Reino de los Cielos, pues sabían muy bien que su presencia no era necesaria para *hallar* el «reino».

Insensatos son los que esperan que la muralla del encarcelamiento del alma *ceda* alguna vez al embate de las almas.

Demasiado firme es esta muralla, unida por el mortero de la avidez humana de poder.

Demasiados son los que *desean* sentir siempre la muralla a su alrededor, y a ninguno debería quitársele jamás.

Demasiado tiempo han estado *acostumbrados* a la esclavitud, y *perecerían* al encontrarse libres.

Es cierto que, a lo largo de milenios, *las fórmulas y los símbolos* que se erigen *ante* la muralla *cambiarán*, de modo que aquellos que viven cercados por ella no lleguen a tomar consciencia de su *cautiverio*. Pero *la muralla misma perdurará*, mientras sobre la Tierra exista la *avidéz de poder* en el ser humano, dispuesto a valerse del miedo en el alma del prójimo. Y contra ese bastión, *erigido firmemente sobre amenazas y promesas*, se estrellará todo aquel que quiera *derribarlo*, ya sea desde adentro o desde afuera, antes de que llegue su tiempo...

No obstante, *existe* una posibilidad de escapar de su rígida presión *sin* necesidad de derribar la muralla...

A aquellos que están *cerca del despertar*, les crecerán *alas* y *se elevarán* muy por encima del círculo de poder de las fuerzas que tan gustosamente les habrían mantenido en el sueño y la ilusión...

Vemos cercano el tiempo del despertar.

Nuestra tarea es *guiar* el vuelo de aquellos que se han elevado hacia la libertad, hasta que alcancen las alturas cubiertas de nieve, resplandecientes bajo el brillante sol del «*Himavat*», la «gran cordillera».

Sin embargo, será necesaria *mucha* ayuda, pues se avecina *un gran despertar*.

No queremos que *ninguno* de los que se elevan *se pierda* en su vuelo, ni que termine cayendo muerto por agotamiento en algún desierto...

Mas solo podemos *guiar el gran vuelo del conjunto* de los liberados, y aquellos que deseen ayudarnos deben *buscar a los desorientados*, para que, deslumbrados por objetivos *ilusorios*, no pierdan para siempre la *dirección* del vuelo.

A todos *los que desean ayudar desinteresadamente*, se les hace el llamado.

Quien *en su corazón* desee *comprometerse* con nosotros a *guiar de vuelta* a los extraviados, puede y le es dado ser nuestro *ayudante*.

Solo es necesaria una ayuda *sabia y afectuosa*, y nadie puede ser nuestro *ayudante* si se *impone* a los otros con su ayuda.

Ayudar de la manera correcta es *adelantarse* al extraviado en su vuelo, de modo que él, *sin necesidad de convencimientos*, encuentre nuevamente su verdadero rumbo a través de su *propio* entendimiento.

Puede que su ayuda pase «desapercibida», pero cada uno salda *una deuda que ha estado pendiente durante eones*, si tan solo *un alma* es guiada *hasta la meta* gracias a su auxilio.

Lejos de nosotros deben permanecer todos los que ofrecen su ayuda con énfasis, solo para elevarse en mérito y importancia *por encima de los demás*.

Lejos de nosotros deben permanecer también todos los *presuntuosos impertinentes*.

Quien desee ser ayudante aquí, debe estar libre de toda presunción.

Debe ofrecer su ayuda allí donde sea necesaria, sin hacer alarde de su intervención...

No queremos conocer su nombre ni saber de su auxilio.

Solo en el Reino del Espíritu se valorará el acto de ayuda, y solo en el *Espíritu* se «conocerá» al ayudante.

EUCARISTÍA

*Una y mil veces
se da el Uno,
el eterno Dador,
y aun así permanece siempre
poseedor de Sí Mismo.*

*Él no es divisible,
el Eterno Uno.*

*Cuando Él quiere darse,
se da totalmente.
Tan frecuente como
Él Mismo suele darse,
tan frecuente se ha dado
Él Mismo completamente,
y aun así permanece
posesión de Sí Mismo.
Ya que no solo una vez
se posee el Uno,
el eterno Dador,
a Sí Mismo.
Infinitamente el Uno
se posee a Sí Mismo
en diversidad infinita.*

*Así como Él es siempre
unido en Sí Mismo,
en diversidad infinita
siempre es Uno,
así nosotros, «Radiantes»,
en Su «Luz»,
somos todos unificados:
como Pluralidad, solo Uno.*

Gran Dador,
el origen de la Luz,
Tú Mismo eres «Luz».
Tú no conoces «pecado», excepto uno:
desatender
a Tu Voluntad,
que quiere en todo momento dar.
Tú solo quieres
manos abiertas,
corazones abiertos,
dispuestos a recibir;
manos
que alegremente tomen,
corazones
que reciban tu don en buena voluntad.

Tú le das al uno
y le das al otro
riqueza infinita,
y a *ninguno* le falta
el regalo del *otro*.

El que *Te ha reconocido,*
a Ti, Gran Dador,
nada sabe de *envidias*.
Más que la que él pueda soportar,
tienes *Tú* para regalarle,
y *jamás tendrá fin*
Tu riqueza eterna.
Aquel que nunca tiene *suficiente*
de Tus regalos,
Te es el máspreciado.
A él Tú le regalas
A Ti Mismo.

Verdaderamente,
Tú puedes regalar,
regalar *a todos*,
y jamás
serás *más pobre*
para *aquel*
que tu regalo
requiera.

Eterno.
Gran Dador.

EPÍLOGO

Hace ya nueve años se publicó por primera vez «*El Libro del Dios Viviente*». ¹⁴ Desde entonces, ha ganado innumerables amigos en todo el mundo, quienes se han mostrado agradecidos alumnos de sus enseñanzas.

Aquí se presenta, entonces, la *nueva edición*, resultado de *un nuevo escrito* ¹⁵.

El *contenido* de la primera edición permanece *inalterado*.

Sin embargo, en muchos pasajes se optó por una nueva *forma* de presentación, ya que gradualmente se evidenció que tal o cual palabra de la *primera* versión permitía una *interpretación* no intencionada.

Con el tiempo, también resultó ser un *esbozo demasiado conciso*, por lo que la *ampliación posterior* de lo presentado pareció la opción más adecuada. Finalmente, *cada palabra fue sometida a un nuevo examen para descartar cualquier posibilidad de malentendido*.

La armonía interna del conjunto exigió, además, un cambio *en la secuencia* de los capítulos y un reordenamiento de las frases que hiciera lo esencial más *fácil de retener visualmente*. Dado que en todos mis escritos «*hablo*» espiritualmente al lector, debo idear recursos tipográficos que puedan despertar en él la *resonancia interna* de las palabras.

Mi agradecimiento a todos los que me señalaron lo que *aún necesitaba ser aclarado*, ya que una frase se percibe de manera *diferente* cuando *se conoce, por experiencia propia*, lo que intenta comunicar, que cuando un alma, al carecer de esa experiencia, debe *recrear* lo comunicado en su imaginación.

Sin embargo, aquellos que creen necesitar recurrir a su sagacidad para descubrir en mis palabras ciertas «*contradicciones*» deberían considerar que, ciertamente, *a mí tampoco* me habría escapado aquello que a ellos les pareció un hallazgo tan importante.

¹⁴ N. del T.: El libro del Dios Viviente, Múnich: Editorial de los Libros Blancos, 1919.

¹⁵ N. del T.: El libro del Dios Viviente, Basilea-Leipzig: Editorial Kober, 1927.

Más provechoso sería que *resolvieran* por sí mismos lo que consideran «contradictorio», reconociendo que debí haber tenido mis buenos motivos para dejar, de vez en cuando, palabras con las que fácilmente se podría *construir* algo *aparentemente* contradictorio, hasta que se comprenda lo que debe ser comprendido...

Entonces quedaría explícitamente expresado que, a partir de ahora, considero *esta nueva edición ampliada preferible a la primera edición de este libro*, ya que esta *nueva* versión, respecto a la anterior, es comparable, en cierto modo, a una catedral completamente construida en todas sus partes, en contraste con su estado inacabado, cuando aún le faltaban los vitrales de colores y las estatuas en los altares...

Así, «*El Libro del Dios Viviente*», en su forma perfeccionada y con su nueva vestidura, ofrece un *enriquecimiento* aún mayor, incluso para aquellos que ya conocen su *primera* versión *desde hace tiempo*.

Que aquí se presenta un libro que la humanidad realmente *necesita* en estos días, lo atestiguan *miles de personas* agradecidas, quienes, a través de su contenido, han encontrado *fuerza y ayuda*...

Bendición, luz y certeza traerá a todos aquellos que sepan leerlo sin *prejuicios* y estén dispuestos a *asimilarlo dentro de sí mismos*.

A fines de otoño de 1927.

Bô Yin Râ

FIN